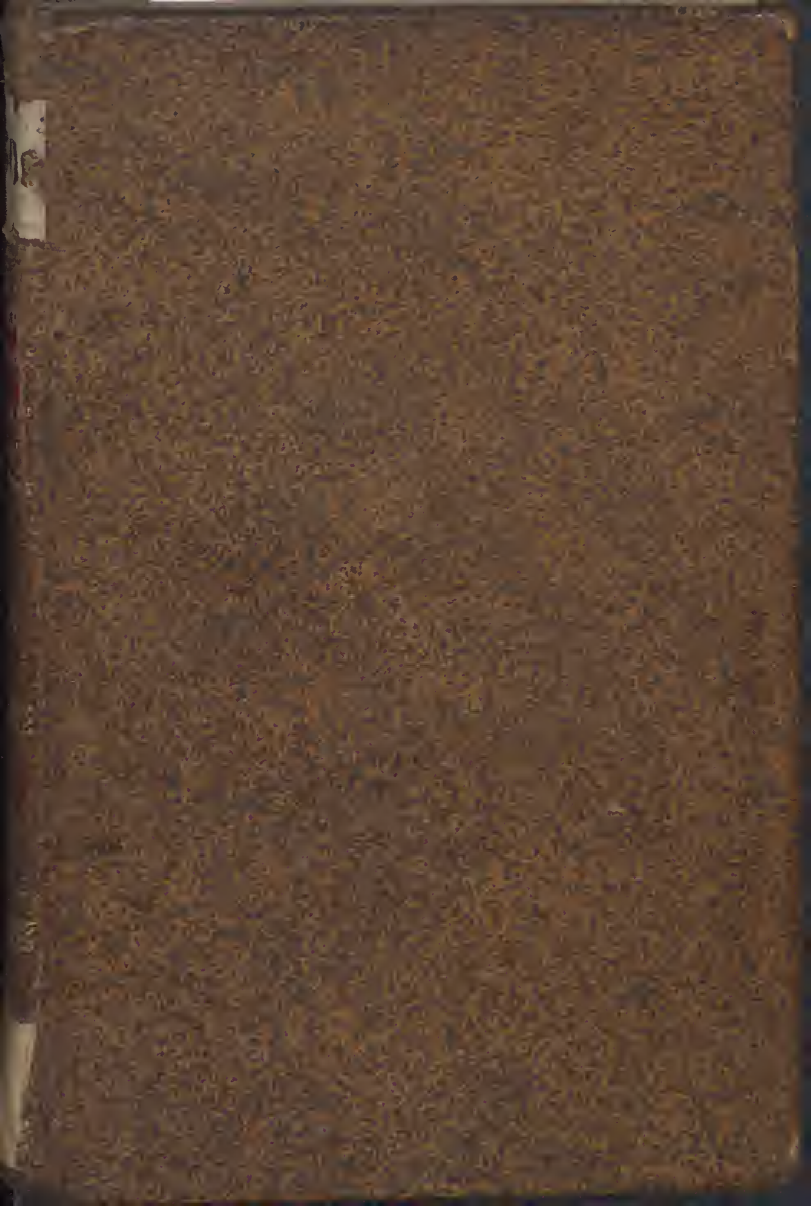
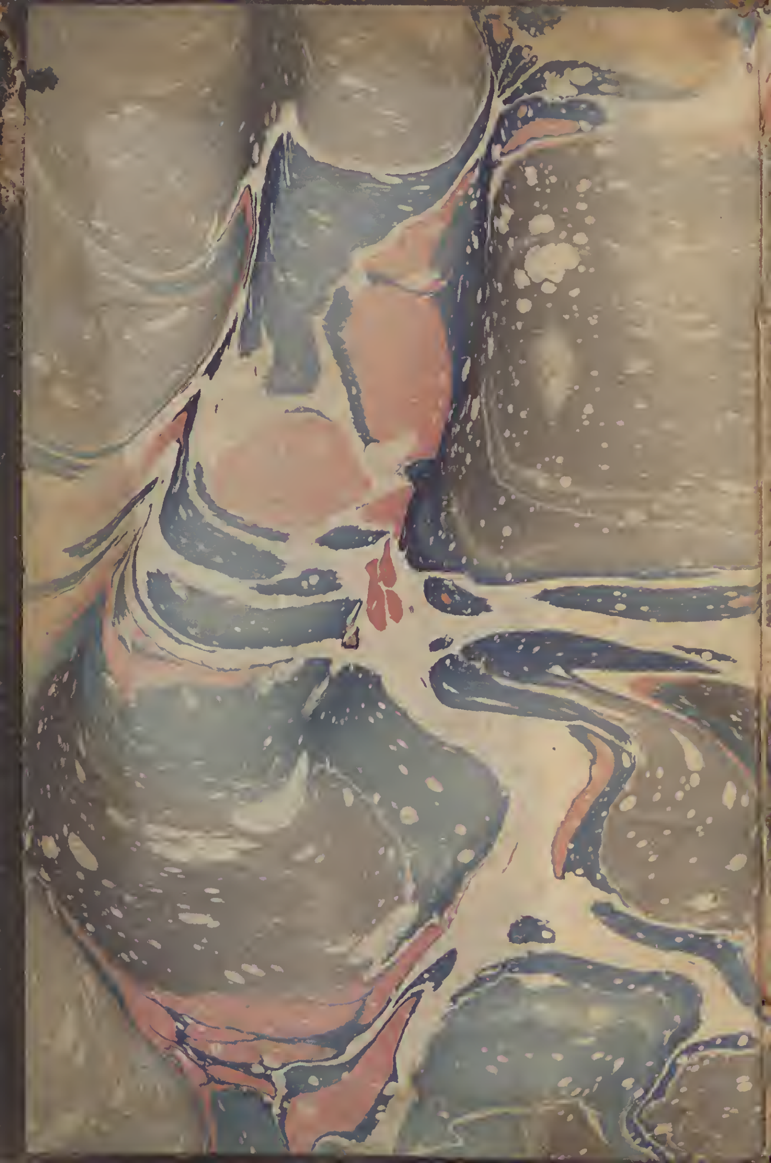
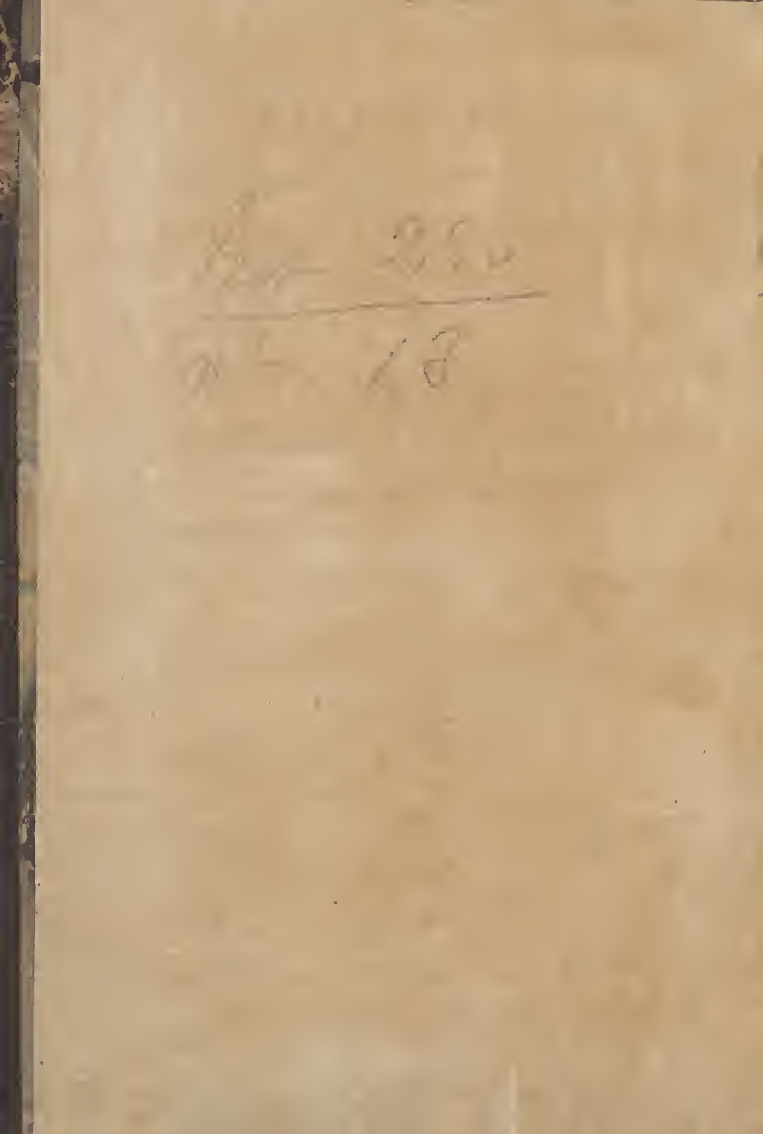








HOMOEOPATIA,

NUEVO SISTEMA EN MEDICINA,

SUS VENTAJAS Y PELIGROS,

ESCRITO EN FRANCES

POR EL

DOCTOR DURINGE,

Miembro de la Universidad de Gottinga, autor de una Monografía de la gota, y otra del reumatismo, &c.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

D. MANUEL CIRIACO ROLLAN,

Médico en esta córte.



MADRID:

Imprenta de la Real Compañía, 1836.

EL TRADUCTOR.

Cuando en este pais se propaga el nuevo sistema de medicina descubierto en Alemania por el doctor Samuel Hahnemann, llamado por él *la Homœopatía*, y empieza á hacer prosélitos á la par que adversarios, creo hacer un servicio á mis comprofesores con la publicacion de un escrito que tiene por objeto la verdadera é imparcial calificacion de aquel grande descubrimiento.

Tal es en mi concepto la obra escrita en frances por el Doctor

Duringe, cuyo título es: *De la Homœopatía, nuevo sistema en medicina, sus ventajas y peligros.* Este laborioso médico, mas bien *ecléctico* que partidario ni adversario del sistema de Hahnemann, se propone presentarle en su verdadero punto de vista, y manifestar la grande utilidad que puede traer á la ciencia. Los que mediten su obra decidirán hasta dónde ha llenado aquellos fines: entre tanto me he decidido á traducirla y darla á conocer á mis compañeros con la idea de fijar su opinion sobre una materia tan interesante.

Los que no hayan leido las obras del insigne Hahnemann, hallarán en este pequeño volúmen una exposicion general y com-

pendiosa de la Homœopatía, tal como la profesa su fundador, suficiente para conocerla. Los que ya instruidos en aquellas no se atrevan á practicarla por no bastarles la palabra de un hombre, aunque sea muy célebre, para introducir novedades en una ciencia de tanta responsabilidad, ó porque acostumbrados á combatir las enfermedades con dosis ordinarias de medicamentos, no pueden convencerse de la grande eficacia de las homœopáticas, encontrarán un ejemplo que seguir en las observaciones prácticas de curaciones prontas y radicales conseguidas por este método, con que Duringe enriquece su obra, y que prueban hasta la evidencia la cierta é indisputable fuerza de

éllas en casos en que se habian apurado sin fruto todos los recursos de la medicina racional; y los que seducidos por las pomposas promesas de la Homœopatía, y arrastrados por sus maravillosas curaciones, se declaran absolutos y exclusivos partidarios suyos, con desprecio de la medicina practicada hasta el dia, verán en este precioso escrito señalados y combatidos victoriosamente los defectos, errores, contradicciones, é inconsecuencias del sistema de Hahnemann: podrán aprovecharse de lo que tiene de útil y verdadero, y desechar lo falso y erróneo: distinguirán los casos y circunstancias en que debe emplearse este tratamiento con preferencia á los demas, quedando to-

dos persuadidos del lugar que la Homœopatía debe ocupar en la ciencia, y convencidos de que si como método especial de curacion la puede ser de grande utilidad, como sistema universal y exclusivo es inadmisible, y la acarrearia fatales consecuencias.

El objeto que me he propuesto en esta traduccion ha sido el adelanto de la ciencia en beneficio de la humanidad: si en algo lo consigo, quedaré satisfecho y recompensado.

EL AUTOR.

Estudios severos sobre la Homœopatía y una larga experiencia me han convencido de que este método puede ser útil á todo médico cualquiera que sea la doctrina que profese.

No soy partidario absoluto, ni tampoco adversario de la Homœopatía: la admito como método curativo, y la combato como doctrina, como sistema.

He meditado y comparado las obras de Hahnemann y de sus discípulos: he sometido sus doctrinas á una experiencia escrupulo-

sa: donde he encontrado la verdad, la he respetado; y donde la mentira, el error, la contradiccion, las he señalado vigorosamente.

Esta obra, de poca extension, escrita enmedio de numerosas preocupaciones; pero en la que cada asercion está apoyada en hechos, en pruebas irrefragables y auténticas, dará una idea general y compendiosa de este nuevo método, tal como le profesa Hahnemann. He querido instruir á los profesores y á los que no lo son, y preservar á unos y á otros ó de un desden desmerecido hácia un descubrimiento que puede ser de una poderosa utilidad para la ciencia, ó de una preocupacion ciega en favor de quimeras, cu-

ya propagacion, por efímera que sea, *puede acarrear consecuencias peligrosas.*

He promovido la cuestion, sin tener la presuncion de haberla apurado: me creeré feliz si he podido contribuir solamente á la edificacion general de la ciencia, respetando la verdad y combatiendo el error.

PRODROMO.

El hombre por su infatigable perseverancia ha arrancado ya á la naturaleza muchos secretos. Siempre ardiente, siempre insaciable se adelanta continuamente en la investigacion de lo desconocido; pero desde que fué colocado sobre la tierra para *nacer*, *sufrir y morir*, ninguna ciencia, ningun arte le ha costado mas trabajos, esfuerzos y estudio que la medicina. La experiencia de un siglo ha derribado la del que le ha precedido: se ha vuelto á tomar lo qúe habia sido abandonado, viniendo á parar al primer rudimento de la ciencia: en seguida nos hemos reducido á una triste confesion de impotencia, y últimamente nos hemos arrojado con mas fervor que nunca á la indagacion del grande arcano.

Sin embargo, como el dolor tiene siempre necesidad de consuelo en defecto de remedio, y el mal de alivio á falta de curacion, el hombre de esta ciencia, cuando ha llegado ya á cerrar algunas llagas, y á calmar

algunos dolores, continúa con mas valor su penosa tarea; pregunta lo pasado, consulta lo presente, y espera lo venidero con una curiosa ansiedad: dichoso si puede descubrir algun nuevo medio de aliviar las miserias humanas.

La Homœopatía es todavía en Alemania el objeto de una controversia violenta y encarnizada; creo sin embargo que su marcha continúa siendo allí progresiva. En Francia esta doctrina empieza á llamar la atencion de la ciencia; y es apenas conocida de los no facultativos. Hahnemann, su fundador, ha llamado al exámen y á la experiencia de ella. Yo he respondido á este llamamiento; y antes de dar un juicio sobre su nuevo sistema, he querido aprehender y conocer; me he conducido con un espíritu libre de toda prevencion, animado del único deseo de ser útil.

He adquirido convencimientos íntimos; creo, pues, poder hacer oir mi voz y llamar en mi ayuda los amigos de la ciencia: la veta es rica y hay lugar para mas de un trabajador. Si éllos llegan á los mismos resultados que yo, conocerán que como sistema *universal* y *general* la Homœopatia es inadmisible; pero como *método especial* y aplicado á un gran número de casos particulares, está llamada á ocupar un lugar importante en la terapéutica, y hacerse un rico y fecundo manantial de curaciones radicales.

Deseo ardientemente ver á otros profesores tomar parte en este trabajo médico: que hagan lo que yo; pongan manos á la obra y bien luego habrémos profundizado esta nueva doctrina. Separaremos lo verdadero de lo falso, y en breve habremos despojado á la Homœopatía de todos sus errores, y la habremos señalado el verdadero lugar que debe ocupar en la ciencia.

Hago votos porque la doctrina homœopática sea acogida en Francia con una severidad que no excluya la justicia; y no con aquel rencoroso encarnizamiento de que ha sido el objeto en otros paises, á lo menos por parte de un gran número de médicos.

Hemos sido mas indulgentes para con la doctrina de Brown, que hacia un uso tan terrible de los medicamentos heróicos, y para con los Broussistas que abusan tan monstruosamente de las sangrías.

El sistema de Hahnemann ¿ha producido jamas resultados tan desastrosos? ¿qué cosa mas inofensiva é inerte que el tratamiento homœopático aun en boca de sus adversarios? Si no quita siempre la enfermedad, al menos jamas se lleva al enfermo, y tiene el mérito de no hacer mal en donde ni él, ni otro pueden hacer bien.

Los primeros, por el contrario, dan explicaciones y significaciones diferentes á experiencias y observaciones conocidas mucho tiempo antes que éllos; y apoyandose sobre

ideas erróneas, han empleado métodos curativos de una violencia funesta y mortífera, y por esto han hecho tanto mal.

Hahnemann, siguiendo paso á paso á la naturaleza en su extravío del órden normal, formando ideas nuevas, ha preparado para lo sucesivo una fertil cosecha de experiencias desconocidas.

Por otra parte, las investigaciones y trabajos de toda la vida de un hombre nunca deben de ser tratadas con desden. Hay demasiada ilustracion entre los medicos dignos de este título para resistir al exámen y discusion de las miras y descubrimientos nuevos y atrevidos que pueden extender el dominio del árte. Sobre todo, en medicina es preciso no despreciar ni desdeñar ningun medio, sino despues de haberse asegurado bien de que no hay nada útil que sacar de él, porque si el fin es único, los medios son multiplicados; si el uno es mas largo, es alguna vez mas cierto; si el otro es mas pronto, es frecuentemente tambien mas peligroso: la quemadura se cura igualmente por el fuego que por el frio: lo esencial es saber discernir los casos y circunstancias: permítase pues á la ciencia toda la libertad de pensar, de ensayar y de ejecutar. Que los médicos estudien los efectos al pie de la cama de los enfermos, y el estudio de la Homœopatía será interesante y rico en resultados, sobre todo para los que miran los remedios

especificos como los agentes principales de curacion, porque esta es el arma mas poderosa de la Homœopatía. Por otra parte, creo que muy pocos adoptarán esta nueva doctrina como sistema universal, y á aquellos los compadezco, porque será que encuentren mas facil y cómodo llamar en socorro de su ignorancia ó su charlatanismo un método que los ahorra el estudio de todos los demas conocimientos indispensables para el arte de curar: estudio que consume la juventud y la vida entera de los médicos. Pero el que ha empleado muchos años en estudios especiales y severos, no renunciará tan pronto á los demas métodos á quienes ha debido numerosas curaciones; buscará y aprovechará con ansia todas las ocasiones de multiplicar sus experiencias, de aumentar sus medios de curacion, de ensanchar los límites de la ciencia, y en fin de enriquecer el grande arte de aliviar á la humanidad.

Hahnemann.

Habiendo tenido frecuentes ocasiones de ver á Hahnemann y de conversar con él sobre sus dogmas y su sistema, puedo hacer un retrato casi exacto de este hombre singular.

Samuel Hahnemann cuenta hoy mas de setenta y nueve años de edad (*): nació en Meissen en Sajonia el 10 de abril de 1755: su padre era un pobre trabajador de porcelana, sin medios para su educacion; pero las brillantes disposiciones que presentó el joven Samuel decidieron al gefe del colegio de esta pequeña ciudad á hacerle continuar gratuitamente sus estudios. Hahnemann manifestó muy temprano el mayor gusto para las ciencias naturales: á la edad de veinte años pasó á Leipzig con veinte escudos, donde siguió la carrera de sus estudios dando lecciones y traduciendo obras francesas con el fin de poder satisfacer sus necesidades, y se recibió de doctor en medi-

(*) Nótese que el autor escribia esto en 1834.

cina de la universidad de Erlaugen el dia 10 de agosto de 1779.

En Leipzig fué en donde fundó y publicó su doctrina homœopática: allí fue donde hizo tambien ardientes prosélitos despues de algun tiempo; pero su violencia y sus ataques fogosos contra la medicina práctica le suscitaron pronto numerosos enemigos, y éstos últimos fueron de los mas poderosos. Obstinándose, á pesar de las prohibiciones del gobierno, en querer preparar y distribuir por sí mismo los medicamentos, le obligaron á dejar á Leipzig y á refugiarse en Kœthen, residencia del duque de Anhat Kœthen, en donde ha continuado y continúa aún sus trabajos, atacando sin descanso la alopatía (así es como Hahnemann llamá cualquiera doctrina que no sea la suya), y predicando con una voz incansable la revolucion que pretende hacer en la medicina.

Hahnemann es de poca estatura, pero muy corpulento: sencillo en su modo de vestir, muy sobrio en la comida, jamas bebe vino; su bebida ordinaria es la cerbeza blanca, de la que hace un gran consumo: hay siempre á su lado una jarra grande de ella con un vaso de cristal de una altura y capacidad prodigiosas, el que se tiene cuidado de llenar tan luego como está vacío; jamas deja su pipa, la tiene constantemente en la boca ó en la mano; en el calor de la discusion la deja frecuentemente apagar, y

entonces recurre á una bujía encendida que se halla siempre á su inmediacion.

Su fisonomía es de una movilidad extrema; está llena de finura y expresion: sus ojos revelan todo el fuego de la juventud y de las pasiones; tiene enteramente calva la parte superior de la cabeza; lleva un gorro de seda negra, de donde se escapan por detras algunas mechas de cabellos de un blanco plata: si se exceptúan estas dos señales de vejez, no parece que los años han obrado ningun cambio en sus facciones ni talento; su fisonomía es brillante, fresca y enérgica; su cuerpo sano y vigoroso; todos sus movimientos son vivos é impetuosos; goza de una memoria imperturbable, que le recuerda, cuando tiene necesidad, los hechos mas minuciosos que han pasado muchos años antes; su talento es de una actividad prodigiosa; su lenguage es abundante, fogoso, pintoresco; pasa rápidamente de una cosa á otra; ningun asunto le es extraño; pero sobre todo, cuando él se anima y se acalora es cuando se habla de su doctrina y sus persecuciones: su voz se levanta y se hace mas imponente; sus facciones exaltadas revelan una extraordinaria conmocion; su cara se cubre de anchas gotas de sudor; arroja su gorro lejos de sí y descubre una frente ancha y respetable.

Nunca está desocupado, y se entrega todavía con el mismo fervor al estudio y obser-

vacion de los efectos morbíficos de cada medicamento: registra con una escrupulosa exactitud los hechos mas minuciosos y las circunstancias mas simples: el trabajo parece que es en él una necesidad. Cuarenta años de estudios y luchas contra sus adversarios no han apurado su talento ni su valor.

En otro tiempo se reservaba mucho de los extrangeros que venian á visitarle: en el dia es mas comunicable: me hizo un relato confidencial de sus combates, de sus discípulos y de los progresos que le quedaban por hacer á la Homœopatía. Me habló largamente del *Psora*, y volvió á caer en diversas ocasiones sobre este objeto. Segun su dictamen él es el que ha retardado tanto tiempo los progresos de la Homœopatía: "pero al fin, me añadió, he descubierto el enemigo, le he abatido, he aplastado la cabeza y la cola del monstruo: en el dia que mis discípulos se unan á mi voz, que adelanten sin division, y esté efectuada la grande obra de la regeneracion médica, no quedará ya huella de los métodos monstruosos de curar que han diezmado á los pueblos por tantos siglos."

Si se quiere juzgar á Hahnemann con imparcialidad como gefe y fundador de una nueva doctrina y de un nuevo sistema, despreciando sus errores y faltas, será preciso tributar homenage á la vasta capacidad y al génio de que ha dado pruebas: nunca se habia llevado tan adelante el estudio de la quí-

mica y la observacion de los fenómenos terapéuticos. Atrevido en sus planes y prudente en su egecucion, jamas se ha apartado un instante del punto á que queria llegar: nadie, en ciertos casos, ha sabido leer con mas inteligencia que él en el organismo: siempre le quedará en la historia de la ciencia un lugar distinguido, la gloria inmortal de haber revelado las virtudes específicas de un gran número de medicamentos, y la susceptibilidad eminentemente pronunciada del organismo humano para percibir su accion específica.

Hahnemann ha desplegado tambien en la exposicion de su doctrina y la propagacion de sus ideas todas las cualidades y defectos de los grandes reformadores: ha hecho una crítica atrevida de todo lo que existia antes de él, y ha querido minar, derribar y trastornar todas las creencias establecidas: nada ha perdonado. En todas sus lecciones, discusiones y escritos no desprecia ocasion de describir la medicina alopática: ha recurrido á las alegaciones mas falsas, y supone atrevidamente los hechos mas contrarios á la verdad para lanzar lo odioso y ridículo sobre los demas métodos medicinales: es absoluto y decidido en la exposicion de sus dogmas; y á pesar de los cambios que se ha visto obligado á introducir sucesivamente en su sistema, no por eso proclama con menos confianza la *infalibilidad* de su doctrina; y aunque haya

observado con frecuencia que los hechos desmienten los resultados que habia pronosticado, porque la naturaleza no siempre camina *como sus ideas*, nada puede obligarle á manifestarse mas moderado y prudente, no reclamando menos por eso la fé mas ilimitada en su doctrina.

En mi concepto por esta exageracion contínua en su lenguage y escritos ha querido Hahnemann atraerse la atencion general y llamar la del público, persuadido de que la oposicion escita mas curiosidad que la sangre fria y el sencillo raciocinio. Desgraciadamente avanza mucho: se le ve afectar formas bruscas y emplear sin cuidado las expresiones mas groseras. Llama frecuentemente á sus contrarios *titiriteros*, *charlatanes sin vergüenza*, *chafallones*, *burros graduados*, *asesinos autorizados*, *envenenadores jurados*, *villanos que tienen privilegio de arrasar y arrebatar la humanidad* y otras lindezas semejantes. *Antes de él no existia la ciencia: no era mas que caos y error, ignorancia é impostura: hasta entonces la humanidad estaba condenada á un degüello en regla:* él solo hace resplandecer la luz de la verdad en medio de esta noche de tinieblas: el que no reconoce sus principios es adversario suyo: todos los médicos, sea cualquiera la escuela y sistema á que pertenezcan, son alopatistas; y ¡Dios sabe si encuentra bastante ironía, injurias, desprecios y

ódio para los desgraciados alopatistas! Si tuviese el poder en su mano, creo que dictaria la Homœopatía en tono de rey, y el egercicio de la alopatía sería un delito de lesa magestad. No pudiendo tener el gusto de dominar tiránicamente la ciencia, se ha modificado para apropiarse los honores de la persecucion, y lo ha conseguido perfectamente: ha sido atacado sin miramiento. Los mas moderados le han tratado de visionario y charlatan: unos han querido que se le encierre como á un loco peligroso, otros han pretendido que no estaba de buena fé en su sistema, que jamas habia tenido la idea de fundar una doctrina, y que sus escritos no debian ser considerados mas que como una ironía llevada al extremo sobre el empirismo que actualmente reina en la medicina; y, como sucede ordinariamente, sus mas encarnizados enemigos han sido y son todavía aquellos que no se han tomado el trabajo de estudiar y observar su doctrina, ó que no tienen bastante capacidad para comprenderla.

Desde el momento que Hahnemann fué perseguido y obligado á huir de Leipzig para buscar un asilo en Kœthen, sus prosélitos parecieron hacerse mas numerosos y ardientes; la Homœopatía se representó bien luego como el símbolo de la ciencia inmune: la medicina liberal, que la tiranía é ignorancia querian retener en su antigua esclavitud, acababa de romper las cadenas que

por tanto tiempo habian refrenado su vuelo.

Todas estas ideas fermentaron rápidamente en las cabezas de los jóvenes alemanes tan estudiosos y contemplativos, buscando al menos en la libertad intelectual una compensacion á la que les falta en sus instituciones políticas.

La Homœopatía tuvo muy pronto sus fanáticos. Hahnemann fué venerado casi como Cristo: sus preceptos compilados religiosamente: su palabra es infalible, dicen sus prosélitos; el maestro no se engaña; y si la experiencia no llega á confirmar sus principios es que la preparacion terapéutica no ha sido hecha homœopáticamente: que el manipulante no ha puesto bastante cuidado en la trituracion ó mezcla de sus millonésimos, billonésimos, decillonésimos, &c. de grano ó de gota; y como cada una de sus preparaciones exige mas de sesenta minutos de atencion y de manipulacion minuciosas, cuando la prescripcion no es seguida de ventaja, es fácil echar siempre la culpa á la preparacion, quedando Hahnemann y la Homœopatía intactos é infalibles.

Los discípulos imitan al maestro en sus violentos ataques contra cualquiera otro sistema médico: el mismo desden, la misma furia: le copian escrupulosamente en su modo de hablar y escribir: imponen á sus nuevos iniciados la mas ciega confianza en su palabra: es preciso creer y abstenerse del li-

bre alvedrío de su inteligencia y raciocinio: "solo al precio (dicen) de esta ciega unidad en sus miras, en sus esfuerzos y en la rigurosa observacion de la ley homœopática obtendrán los resultados sorprendentes que aterrarán á sus adversarios y llenárán al mundo de respeto y admiracion en favor del inmortal autor de este descubrimiento: entonces la ciencia será revelada á todo el mundo, y los medios de curacion serán tan simples como poco costosos: la humanidad se verá libre de todas las plagas destructoras: la Homœopatía habrá triunfado de todas las enfermedades: el hombre no tendrá ya que temer mas que á los accidentes; y si los pueblos se adelantan bastante en el camino progresivo de la razon para renunciar al abuso de las batallas, aquél podrá lograr sin enfermedad una sana y dichosa vejez por la que llegará á la muerte sin dolor."

Los homœopatistas no perdonan ningun medio de publicar y propagar sus ideas y su doctrina. Los papeles públicos están llenos de detalles de curaciones maravillosas obtenidas por la Homœopatía, y se reparten numerosos escritos que contienen sus promesas seductoras.

Las ventajas se hicieron entonces populares: todas las clases de la sociedad se preocuparon con la nueva medicina. Se publicaron *catecismos* para preconizar una higiene conforme á su doctrina: se comia homœopá-

ticamente: llegó á haber y aún existen en Alemania mesas públicas donde todos los alimentos están preparados segun las indicaciones de la nueva doctrina. Muchos, que no habian podido hallar en la medicina ordinaria socorros contra sus dolencias ó enfermedades, proclamaron con ardor esta nueva estrella polar: se vieron hombres distinguidos y extraños á la ciencia ocuparse en leer obras que trataban de este nuevo sistema, y hasta practicar la Homœopatía, sin preveer que el estudio de su base, es decir, el de su materia médica, es una cosa muy dificil, y aun diré, que casi imposible, porque, sin hablar de la memoria prodigiosa que exige la comparacion entre los medicamentos con el fin de hallar el remedio conveniente, la práctica homœopática necesita un talento de observacion el mas egercitado, un discernimiento y una seguridad de juicio que solo es dado poseer á un pequeño número de hombres.

EXPOSICION

compendiada de la doctrina homœopática.

La medicina ha tenido en todos tiempos por principio el atacar á cada enfermedad en su origen y destruir su causa, por aquella razon tan lógica y poderosa, que donde no existe ya la causa, debe cesar el efecto; y no se debe llegar al tratamiento directo ó inmediato de la enfermedad, sino cuando, despues de haber destruido su causa, aún continúa, ó cuando dicha causa no puede ser descubierta, ó en fin, cuando el mal presenta un carácter específico, periódico ó puramente nervioso; en cuyo caso está aislado é independiente de toda influencia conocida interna ó externa.

El mejor método curativo es, pues, aquel que, ante todas cosas, investiga y destruye las *causas interiores y exteriores* que han producido el mal y que le entretienen: esto es lo que puede llamarse una curacion *radical*. Antes de destruir la *excitacion* ó una irritacion cualquiera, es preciso empezar por destruir la *causa excitante* ó irritante, guardándose mucho de confundir los medios cu-

rativos de la causa excitante con los de la misma excitacion.

El carácter distintivo de este modo de curar es el tener por única base en el estudio y tratamiento de las enfermedades el raciocinio y el juicio, y á esto debe el nombre de *medicina racional y radical.*

La medicina racional, en la aplicacion de los medios que combaten *directa* ó indirectamente la enfermedad, los emplea con un fin diferente segun las circunstancias y los efectos del remedio: estos son otros tantos métodos que se diferencian en nombres y medios. Unas veces se sirve de remedios que tienden á producir ó provocar en el sugeto afectado una enfermedad de *diferente* naturaleza, cuya presencia disloca, modifica ó neutraliza la principal, y este es el método derivativo, antagonista ó alopático (*), es decir, el medio de curar por la influencia de otra especie: por egemplo, los purgantes, los estimulantes cutáneos: otras veces la medicina racional emplea medicamentos de efectos *opuestos á los principales síntomas* de la enfermedad, y los minora por remedios y medios que producen fenómenos diametralmente opuestos á éllos: este es el método *antipático*, *paliativo*, en el cual se funda

(*) Cuya etimologia está formada de dos palabras griegas que significan: otra y afeccion, de otro modo hecho, diferentemente formado.

el axioma *contraria contrariis curantur*, que combate las quemaduras con el frio, y la abundancia de sangre por las evacuaciones de este líquido: otras veces la medicina racional hace uso de medios que producen un cambio, una alteracion general de la relacion dinámica, ya sea excitando ó deprimiendo las fuerzas vitales, ya empobreciendo ó restaurando las sustancias materiales.

En fin, el método que hace el objeto de esta obra, es enteramente opuesto á los anteriores: consiste, pues, en provocar ó producir síntomas de una enfermedad semejante á la que es objeto de la curacion: este es el método *específico*, *directo*, en el cual se funda el axioma *similia similibus curantur*, llamado por Hahnemann Homœopatía (*).

Este método combate la quemadura por medio del calor, y la viruela por el de la vacuna; y Hahnemann apoyándose en curaciones efectuadas segun este último, se entregó á un estudio especial y profundo de esta parte de la medicina racional, y llegó á persuadirse de que élla sola puede y debe curar todas las enfermedades: que hasta entonces la ciencia habia caminado en el error y las tinieblas.

Desde los primeros años de nuestro siglo Hahnemann dió á luz muchos tratados, en

(*) Palabras igualmente derivadas del griego, equivalentes: á semejante, idéntico, de naturaleza ó especie comun, y de afeccion.

los que sentó por principio, que cada medicamento produce en el cuerpo humano un desórden, una afeccion anormal mas ó menos violenta, segun la dosis ó eficacia de aquel; que no existe ninguna otra manera de curar las enfermedades que la de provocar por el uso de los medicamentos una afeccion artificial la mas semejante que sea posible á la primitiva. Publicó en apoyo de estos principios una série de observaciones sobre los efectos y *resultados de los medicamentos empleados en el hombre en estado de salud*: citó en seguida un gran número de curaciones efectuadas por los esfuerzos de la naturaleza, conforme á sus principios, es decir, por el desarrollo de una enfermedad semejante á la primitiva.

"La ley normal, dice, no permite que dos enfermedades semejantes puedan existir simultáneamente, pues si á la enfermedad natural se añade otra artificial, la primera cederá necesariamente el lugar á la segunda, y esta última, es decir la enfermedad artificial, cesará por la supresion de las causas artificiales que la hayan provocado, y sucederá curacion ó restablecimiento del órden normal en el cuerpo humano."

En otra obra impresa en 1805 analiza y describe Hahnemann los síntomas ó los resultados de la aplicacion en el hombre sano de diversos medicamentos: hasta entonces solo veinte y siete sustancias medicinales ha-

bian sido el objeto de sus estudios y experiencias.

En 1810 publicó su *Organon de la medicina racional* (la palabra *racional* está borrada en el título de las ediciones posteriores), que contiene una exposicion mas precisa y explícita de sus principios en patológia y terapéutica; indica cómo debe procederse en la preparacion de los medicamentos, subdividiendo por la dilucion todas las sustancias medicinales: cómo se encuentran en dichas diluciones sus efectos mas enérgicos hasta en las partículas de un millonésimo de gota: en conclusion, termina diciendo, que *la Homœopatía es la base de toda medicina, y que cualquiera otro sistema es un atentado contra la humanidad.*

Aserciones tan presuntuosas y ataques tan poco á propósito contra los trabajos de la ciencia suscitaron numerosos enemigos á esta nueva doctrina, que fué atacada con acrimonia y burla. Hahnemann respondió á esto en 1811 y siguientes con la publicacion de su *Materia médica*, que contiene la análisis homœopática de un gran número de medicamentos, es decir, la descripcion de los síntomas producidos por la administracion de éllos en el hombre sano, segun los que se debe juzgar de los efectos sobre la enfermedad.

En 1816 la Homœopatía empezó á llamar la atencion pública: hicieron ruido mu-

chas curaciones felices efectuadas por este método: algunos médicos se declararon partidarios de esta doctrina; otros, no menos célebres, sin admitir las consecuencias del método de Hahnemann, reconocieron su eficacia y buenos efectos en un gran número de casos, y convinieron en que la Homœopatía, sufriendo algunas modificaciones, puede convenir al conjunto de los medios de curacion adoptados por la ciencia.

Pero es preciso confesarlo: la mayor parte de los prácticos desecharon este sistema, atacaron con violencia á su autor, y llegaron hasta perseguirle y obligarle á desterrarse.

Por lo que hace á mí, que he declarado no querer seguir en esta discusion ningun espíritu de parcialidad, voy á principiar por una exposicion tan sucinta como precisa del sistema de Hahnemann reunida y tomada de todas las obras que ha publicado.

Con mucha frecuencia le dejaremos hablar.

"La naturaleza interior de la vida del hombre es un secreto que la ciencia no ha penetrado todavía, y que probablemente no profundizará jamás: ninguno de nosotros puede definir de una manera precisa los fenómenos que pasan en la organizacion del hombre en estado de salud, ni tampoco en el de enfermedad, porque, en uno y otro caso, esta organizacion no está regida sola-

mente por leyes físicas, sino tambien por una potencia particular que consiste en el principio *vital* fundamental de la vida: la enfermedad es un golpe dado á la regularidad de este estado dinámico, y esta es la razon de por qué los cambios materiales que élla (la enfermedad) produce, no deben ser considerados sino como una causa secundaria nacida de una alteracion del estado dinámico: por esto mismo las influencias morbíficas no pueden operar sino de un modo tambien dinámico.

»Como nosotros no conocemos los cambios interiores de la organizacion producidos por la enfermedad, y no se nos manifiestan mas que como discordancias dinámicas del carácter vital, es decir, por alteraciones de la actividad y sensibilidad del hombre, no podemos apreciar las enfermedades sino por los síntomas: estos, pues, deben ser sólamente el objeto de la curacion. Todo lo que los médicos han sentado sobre las primeras causas de las enfermedades, sobre las modificaciones que sufren, y sobre los fenómenos que pasan en el interior del cuerpo, todas las conclusiones y consecuencias que han sacado no son mas que vanas conjeturas y suposiciones desnudas de fundamento.

»La organizacion del hombre está sometida á la ley invariable de la unidad: no puede soportar dos alteraciones reunidas; luego no puede existir mas que una sola enfer-

medad en un cuerpo: si se produce otra, la primera cederá el lugar á la segunda: puede suceder que la nueva afeccion sea impotente para suspender la antigua; entonces, como es necesario que la ley de la unidad sea siempre respetada, sucederá infaliblemente que las dos enfermedades se perderán una en otra, produciendo una sola y nueva disposicion morbífica que se diferenciará de las dos primeras.

»La naturaleza y accion interior de cada enfermedad son desconocidas: la enfermedad se revela y expresa por cambios y alteraciones de las sensaciones del estado de salud perceptibles á los sentidos, y estas manifestaciones son lo que llamamos *síntomas*. La série y conjunto de éllos representan la enfermedad en su curso y todos sus desarrollos.

»El médico no tiene otra cosa que hacer que explorar los síntomas, y estudiar de qué modo se aglomeran: en una palabra, seguir las fases y fenómenos exteriores de las enfermedades. Atáquense y háganse desaparecer los síntomas, y se habrá atacado y destruido á aquellas, habrá estado normal, ó lo que se llama salud.

»Todas las clasificaciones de las enfermedades, todas las denominaciones por las qué se las designa son absurdas, porque no existe una sola que se parezca á otra: éllas se manifiestan con tal variedad y tales modificaciones, que es inútil darlas nombres, excep-

to en un pequeño número de casos: siempre es un desarreglo, una alteracion de la organizacion, lo que se manifiesta por síntomas de tal ó cual naturaleza.

»Tampoco nos es dado conocer la esencia de los medicamentos: solo podemos observar y consignar sus efectos de un modo experimental ó empírico.

»¿Cuál es su efecto general? ¿no es el de producir un desarreglo ó alteracion de la organizacion normal, que se revela por síntomas semejantes á los de las enfermedades ordinarias? De lo que resulta, que los síntomas que produce la absorcion de los medicamentos en el hombre en estado de salud son absolutamente idénticos en el hombre enfermo, segun ha demostrado la experiencia, y cada medicamento se manifiesta en sus efectos por una sucesion de síntomas particulares. No hay especie alguna de medicamento que lleve en sí mismo la curacion: solo excitando una nueva enfermedad es como se efectúa aquella, y esta propiedad *morbífica* de los medicamentos es la que cura las enfermedades de un modo dinámico.

»Habiendo demostrado que una enfermedad cede siempre el lugar á otra, no hay mas medio de hacer la curacion que el de provocar otra cuya causa se conozca racionalmente, y que cesará cuando haya cesado ésta. La afeccion primitiva no puede resistir á la presencia de otra nueva, que está produ-

cida por la aplicacion de los medicamentos; y cuando la enfermedad primaria esté modificada ó expelida por la artificial, no queda mas que hacer cesar esta última dejando de emplear los medios que la han provocado, y cuando el equilibrio y el órden estén restablecidos con el concurso de las dos potencias física y espiritual, que constituyen la vitalidad, habrá curacion.

»Está reconocido que los medicamentos no curan absolutamente; pero que tienen propiedades morbíficas, á cuya influencia debe ceder la primitiva enfermedad. Todo medicamento produce siempre una afeccion morbífica: si esta afeccion encuentra otra primitiva, aquella no puede ser respecto de ésta sino de una naturaleza diametralmente *opuesta*, ó *desemejante*, ó absolutamente *parecida*, es decir, que no puede haber allí mas que tres especies de tratamientos: á saber, antipático, alopático y homœopático.

»Rara vez sucede que los medios alopáticos puedan llenar el objeto de la curacion, porque segun los principios racionales podria emplearse cada medicamento indiferentemente en la curacion de cualquiera enfermedad. Como cada enfermedad y cada medicamento tienen particularidades que les son propias, se tocaria prontamente el absurdo, y la experiencia demuestra desde los primeros pasos la inconsecuencia de semejante sistema.

»Los remedios antipáticos solo pueden ser paliativos del mal, y no producen curacion radieal, porque jamas obran de un modo directo sobre la parte afectada: la enfermedad no sufre modificacion alguna; se retira por el momento á presencia de una influencia antipátiea mas poderosa que élla; pero no tarda en volverse á presentar mas intensa y violenta que antes por la reaecion del organismo cuando la aceion antipátiea no se haee ya sentir.

»Trátase ahora de investigar cuál de estos tres métodos es el mas seguro, raeional y consecuente con las leyes físicas.

»Consúltese la experiencia, y se verá que está declarada en favor del método homœopátieo. Los autores antiguos y modernos suministran mil egemplos de curaeiones homœopáticas que se han efectuado fortuitamente con independencia de la voluntad del médico; y para no citar aquí mas que pruebas muy conocidas de la infalibilidad curativa por afeceiones semejantes, ¿qué remedios se administran en las enfermedades del exófago? la belladona, que élla sola produee una afeccion en él. ¿Qué remedio preservativo se posee contra la plaga de la viruela, que ha diezmado por tan largo tiempo á la especie humana? la vacuna, que produce otra enfermedad semejante. ¿Qué medio curativo podria emplearse para la curacion radical de la sifilis? el mercurio, que produce y desar-

rolla por sí mismo los accidentes sifilíticos.

»La naturaleza y la experiencia nos han trazado el camino: no hay otro medio de curar una enfermedad cualquiera, es decir, cualquiera especie de desarreglo en la organizacion, que el de administrar los medicamentos que producen una *dolencia semejante*, ó para decirlo mejor, que provocan *síntomas enteramente parecidos á los que se quiere hacer cesar.*

»El método curativo homœopático tiene por base esta triple ley, que es de una veracidad incontestable:

1.° El organismo vital, sometido á las consecuencias invariables de la unidad, no puede sufrir á la vez mas que una sola afeccion dinámica.

2.° Una afeccion dinámica es expelida siempre por otra mas fuerte, aun cuando ésta fuese de diferente naturaleza, con tal que élla se manifieste con síntomas casi semejantes.

3.° El organismo vital tiene una susceptibilidad de afeccion mucho menos grande para las enfermedades naturales que para las artificiales.

»Los medicamentos solo tienen propiedades curativas, porque éllos mismos son causas morbíficas. Para obtener una curacion radical es preciso conocer racionalmente los efectos de cada medicamento; pero jamas se obtendrá este conocimiento empleándolos en

el organismo enfermo, porque los síntomas provocados por éllos serán siempre mas ó menos modificados por el combate á que va á someterse la afeccion morbífica. Solo sobre un organismo normal pueden estudiarse con seguridad todos los síntomas morbíficos provocados y producidos por el uso de cada medicamento administrado en su estado de sencillez y pureza primitivas, y para que el resultado de la experiencia pueda ser satisfactorio y concluyente, es preciso tener el cuidado de alejar del sugeto, durante todo el tiempo de la experiencia, todas las causas exteriores que pudiesen producir una agitacion física ó moral, y por esta razon desordenar el organismo normal, y lo mejor que puede hacer el médico es someterse él mismo al experimento.

»Los medicamentos deben ser administrados á dosis muy pequeñas, *pues que sus efectos no se deben apreciar por su peso y medida;* por el contrario, poseen una *potencia virtual*, una *fuerza esencial*, una *influencia dinámica*, que solo se revela por su aplicacion inmediata en el estado mas apurado y espiritual. No son en su estado natural, y bajo de una forma sensible al tacto y perceptible á la vista, mas que sustancias inertes é inanimadas: su virtud dinámica y su principio sutil tienen necesidad, para despertarse y desarrollarse, de ser sometidos á un trabajo de division y di-

lucion que pueden llegar al infinito, y que lejos de extinguir ó debilitar su efecto medicinal, hacen, por el contrario, desarrollar y aumentar su potencia y energía.

«Las partículas mas pequeñas de los medicamentos obran poderosamente en el cuerpo humano en estado de salud, si encuentran en él alguna afinidad de disposicion, y todavía obran mas virtualmente en el mismo en estado de enfermedad, porque el organismo afectado goza de una susceptibilidad muy grande respecto á los medios curativos que están en afinidad con él.

«Es preciso no administrar en cada enfermedad mas que *un solo medicamento* á la vez, en su estado de pureza, y no se dará *otro* hasta que el primero haya terminado completamente su accion, porque los medicamentos poseen una grande abundancia de virtudes curativas: uno solo basta, con mucha frecuencia, para hacer desaparecer muchos síntomas morbíficos, y á las veces para curarlos todos.

«Cualquiera mezcla de un medicamento con otros no puede menos de alterar y neutralizar la virtud particular de cada uno de éllos: sería igualmente apartarse del objeto el uso simultáneo de cualquiera otro remedio: asi que es preciso proscribir como inútiles y aun peligrosas las evacuaciones de sangre, sean por sangrías ó sanguijuelas, las ventosas, emplastos, vejigatorios, sinapis-

mos, baños de pies, ungüentos, fomentos, y en general todos los externos.

» Todo remedio homœopático tiene *su tiempo particular de duracion* para producir su accion y efectos: este tiempo se diferencia segun la naturaleza de los medicamentos: los hay que solo tienen necesidad de algunas horas: otros necesitan dias, semanas y hasta meses, y en fin mientras continúa el alivio progresivo es señal de que dura la accion del medicamento, por lo que es preciso guardarse de administrar otra dósis.

» Cuanto mejor posea un medicamento la propiedad de hacer nacer síntomas semejantes á los de tal enfermedad, es decir, cuanto mas homœopático sea, tiene tanta mas potencia y facultad curativas. La experiencia demuestra que la dósis de un remedio homœopático no puede llevarse á uná reduccion tal que no posea todavía una influencia superior á la enfermedad natural, (agravamiento homœopático). Toda vez que el medicamento administrado ha sidó capaz de provocar, inmediatamente despues de su absorcion, algúnos de los síntomas que le son peculiares, por ligeros é imperceptibles que puedan ser éstos, es seguro que tendrán bastante energía para efectuar una curacion radical.

» El remedio homœopático, administrado á dósis demasiado altas, obtendrá muy

bien una diminucion ó suspension de la enfermedad; empero no será seguido de un resultado tan pronto y cierto, porque podrá provocar por su accion una complicacion de síntomas que, aunque pasageros y de poca duracion, entorpecen y retardan la curacion.

» Para obtener resultados prontos y eficaces es preciso que la absorcion del medicamento sea completa y se reparta todo lo posible, que se detenga el mayor tiempo que pueda, que tenga comunicacion directa con el órgano afectado, y que su accion se opere sin turbacion ni disipacion.

» Los medicamentos administrados á dósis todavía mas altas son, por el contrario, menos eficaces, porque causan una perturbacion por su volúmen, y sobre todo, porque la parte mas espiritual de su principio se pierde por la traspiracion, por las evacuaciones naturales ó sanguíneas, y hasta por las erupciones cutáneas, &c.

» No existe la virtud medicatriz de la naturaleza: cuando acontece que élla hace algunos esfuerzos para ayudarse á sí misma son siempre imperfectos, y ofrecen el expectáculo de una lucha dolorosa.

» Es necesaria la intervencion del médico para calmar este estado de tortura y conseguir la curacion, porque sin ella acabaria las mas veces con la muerte este cruel combate entre la fuerza del mal y la

naturaleza, ó si por rareza esta lucha se termina en un feliz éxito, la curacion se obtiene á expensas de una ó muchas de las partes afectadas.

» En general todos los esfuerzos del organismo para ayudarse á sí mismo no manifiestan otra cosa que indecision, impotencia y dolor, y no es este el camino que debe seguir el médico, ni el modelo que debe proponerse.

» Para favorecer el efecto de los medicamentos y llegar á la curacion, es necesario observar un régimen dietético extremadamente riguroso: es preciso abstenerse de las bebidas espirituosas y de las que enardecen: tales como los alcohólicos, el café, el thé, &c.

» Los alimentos deben ser tan sencillos como frugales: importa sobre todo evitar el uso de muchos vegetales que poseen en sí mismos algunas virtudes medicinales. Es necesario sujetarse á un género de vida mas simple y regular, que deje al cuerpo y al espíritu en una calma y tranquilidad perfectas: la menor infraccion en el régimen podria contrariar el efecto de los medicamentos y producir resultados diametralmente opuestos.

» Jamás es peligrosa la influencia atmosférica: la presencia de un aire puro y libre es tambien necesaria en ciertos casos, señaladamente en las enfermedades agudas y exantemáticas."

Tal es el compendio de la doctrina de Hahnemann: él mismo es el que ha hablado: él ha establecido sus principios, sentado sus axiomas, deducido sus consecuencias y desarrollado sus medios terapéuticos. He aqui *su doctrina* tal como la ha enseñado durante mas de veinte años como *inmutable é infalible.*

Solo en 1828 es cuando llegó á confesar á los sabios, el fundador del método homœpático, que habia encontrado ciertas enfermedades crónicas, en las que los remedios homœopáticos, despues de haber obrado durante algun tiempo de un modo satisfactorio y decisivo, habian terminado, sin embargo, por hacerse impotentes, dejando al mal seguir su carrera.

Afligido profundamente por esta discordancia en los resultados de su sistema, el doctor de Kœthen nos anuncia que acaba de consagrar doce años de estudio, experiencia y meditaciones con el fin de indagar la causa de esta persistencia de un gran número de enfermedades crónicas é inveteradas, creyendo haber resuelto este *problema insoluble en beneficio de la humanidad.*

Este descubrimiento, lejos de alterar la *infalibilidad* de la homœopatía, llega á corroborarla con una nueva prueba irrefragable, "porque (dice Hahnemann) hasta entonces no habia yo apreciado absolutamente *las causas* y verdaderos síntomas de estas

enfermedades, y por consecuencia el tratamiento que las aplicaba no era homœopático." El cree en una enfermedad original que tiene una *causa crónica y miasmática.* Dicha enfermedad se perpetúa de generacion en generacion, y aflige pueblos enteros, que, apesar de la influencia del régimen mas salutífero, se acrecienta y desarrolla, destruyendo los individuos y especies hasta su muerte y extincion, á menos que encuentre el obstáculo de los remedios *positivamente específicos.* Sucede á las veces que este principio morbífico, que es contagioso y esencialmente trasmisible, puede dormitar en el interior del cuerpo sujetado por circunstancias exteriores y combatido por constituciones robustas; pero se desarrolla y hace su erupcion con ocasion del mas ligero accidente y á la menor afeccion ocasional. Yo designo esta causa crónica y original "(sigue Hahnemann) con el nombre genérico de Psora (sarna), y desde que la he descubierto y á sus síntomas, he conseguido domarla como á todas las demas enfermedades, haciendo la conveniente aplicacion del principio y los remedios homœopáticos."

Pretende Hahnemann, segun todo lo que precede, ser el primero que ha descubierto las leyes del organismo vital, cuya armonía ó discordancia constituyen el estado de salud ó de enfermedad, que hasta entonces se habian escapado á las observacio-

nes de la ciencia, aunque fuesen frecuentemente reveladas por un gran número de accidentes fortuitos. "El primero tambien, dice, que ha reconocido y justificado las cualidades morbíficas de los medicamentos en general, el desarrollo de su virtud curativa por las subdivisiones multiplicadas, y en fin, la influencia infalible de las afecciones semejantes, que han efectuado siempre la curacion radical de las enfermedades primitivas."

He aquí las bases en que descansa la doctrina que Hahnemann ha erigido en sistema de medicina, y cuyas consecuencias, segun él, son todas rigurosas y no sufren excepcion alguna: *niega la etiología: niega la facultad curativa de la naturaleza; segun él no hay enfermedades, no existen mas que complexos de síntomas, y solo haciendo desaparecer éstos, es como se curan aquellas:* no existe remedio que posea virtudes *curativas*: todos tienen virtudes *morbíficas*, y solo producen la curacion subsidiariamente: las afecciones morbíficas, provocadas y producidas por los medicamentos subdivididos hasta el infinito, son las que causan la curacion cuando éstas son parecidas á las primitivas. He aquí la razon de por qué ha llamado á su doctrina homœopática; y como él no reconoce en los medicamentos sino virtudes morbíficas, otro cualquiera sistema, en que el tratamiento ó los

medicamentos adoptados no provoquen en el enfermo afecciones ó síntomas semejantes al mal primitivo, debe producir necesariamente otros desemejantes ó contrarios, y por esta razon ha comprendido el autor todos los demas sistemas médicos en el nombre general de medicina alopática: no sale de este raciocinio.

PARALELO

entre la Homœopatía y la medicina racional, llamada por Hahnemann Alopatía.

Ya hemos dicho que Hahnemann se obstina en comprender bajo el título genérico de *Alopatía* cualquiera método curativo que no es la Homœopatía en su aplicacion exacta, porque no se limita á atacar al método opuesto al suyo, la *antipatía*, fundada en el axioma *contraria contrariis curantur;* sino que comprende á toda la medicina en un bando.

Por lo que á mi toca, que no he adoptado sistema alguno, ni he sido el Seide de ningun método exclusivo, que solo he buscado mis principios en el estudio de los hechos, y no conozco mas que un maestro (la experiencia), ni enseñó mas que una doctrina (la racional), cuya base fundamental es la experiencia adquirida á la cabecera de los enfermos, no repudio ningun método, sea la antipatía, la alopatía, y aun la misma Homœopatía, porque se puede sacar mucho bueno de cada una de éllas segun los casos y circunstancias.

La medicina *racional* está fundada sobre

la facultad de raciocinar: observa y examina la enfermedad, no se contenta con tener resultados materiales, averigua qué causas han podido producirlos, quiere conocer cuáles son los accidentes sobrevenidos despues de las causas primitivas, que pueden haber modificado los resultados de éllas, y se aprovecha de todas las circunstancias sin excepcion para sondear la enfermedad y llegar al orígen de sus causas.

La facultad de raciocinar la conduce á la potencia de *juzgar*, y solamente en este caso se decide á *ejecutar* y á adoptar el tratamiento que ha creido mas conveniente para efectuar la curacion.

Bien ha conocido Hahnemann que aquella era su mas terrible adversario, mucho mayor que la antipatía, y á aquella doctrina extensa, fecunda é infinita como la naturaleza es á quien le ha convenido dar el limitado y mezquino título de alopatía.

La Homœopatía ha desechado casi todos los frutos de la ciencia, recogidos con mucho trabajo hasta el dia, no aceptando mas que los que pudiesen servir á sus fines y deseos: para ella no ha sido dado al genio del hombre el preveer y descubrir las causas de las enfermedades; no tiene necesidad de conocer su verdadero asiento, su naturaleza y caracter particular, ni la complicacion y relacion de las circunstancias accidentales; ningun cuidado pone en las causas origina-

les, ni en las influencias interiores ó exteriores de la enfermedad: tampoco tiene necesidad de reunir el conjunto de síntomas accidentales para formarse un cuadro general de éllos, y poder apreciar los fenómenos interiores, juzgando lo invisible por lo visible, y sacar consecuencias racionales: tambien desprecia las revelaciones de la patológia, las reglas y condiciones de la fisiológia y las exigencias de la anatomía. Segun élla no existe la ciencia de los siglos pasados. En vano ha intentado el arte levantar un edificio sólido corroborado por la experiencia de los hechos, pues lo que ha formado es un monton confuso de errores amalgamados, que se desmorona por todas partes como otra torre de Babel. (*)

La Homœopatía no quiere reconocer la enfermedad mas que en los cambios y mutaciones perceptibles á los sentidos: desprecia los fenómenos de las alteraciones de la materia, el pulso, la temperatura del cuerpo, el color, la fisonomía, la naturaleza de las secreciones y excreciones: no admite mas que una alteracion de las sensaciones y de la actividad de las funciones del organismo; pero no procura penetrar el se-

(*) Muchos homœopatistas se apartan hoy de sus errores no solo con respecto á la importancia de las causas de las enfermedades, sino tambien al de otros principios fundamentales de la doctrina del maestro.

creto de élla: solamente, dice su fundador, he descubierto el gran secreto de restablecer la accion y el órden en esta máquina magestuosa, porque está dotada de una potencia dinámica impresionable por la Homœopatía: ahora, continúa, si se me pregunta la causa racional y matemática de la curacion homœopática, responderé que esto es superior á mi poder, tanto como el decir la causa del organismo de la vida y de la muerte: eso sucede porque sucede; he ahí la brujula volverse hácia el polo: élla vuelve allí porque vuelve: lo mismo acontece con las curaciones homœopáticas: basta para curar una enfermedad el conocer bien el agregado de los síntomas, saber qué medicamiento posee las propiedades de producir otros semejantes, y aplicarle. Se vé por esto que la Homœopatía está apoyada en la *investigacion* de los síntomas morbíficos y medicamentosos: no hace mas que *comparar*, mientras que la medicina general *raciocina*.

La Homœopatía, como sistema exclusivo, es la ciencia vuelta á poner en mantillas, la omnipotencia del empirismo y la condenacion de todas las facultades intelectuales.

El método de curar por los semejantes no habia sido desconocido de la medicina racional, que no se desdeñaba de emplearle cuando creia que se debia obrar *directa-*

mente sobre el asiento ó principio de la enfermedad; esto es lo que hacia y hace siempre cuando, por ejemplo, despues de haber investigado con un cuidado minucioso las causas interiores ó exteriores que han podido producir y pueden entretener el mal, no las ha descubierto, ó tambien cuando aquel, á pesar de la desaparicion de las causas, persiste y aparenta tener un caracter independiente: en este caso la medicina mira la enfermedad como espontánea: no considera mas que los síntomas, y obra directamente sobre élla sola por un método que consiste en rechazar la forma de enfermedad semejante por medicamentos idénticos. Asi es como curaba la fiebre intermitente y otras enfermedades por medio de la quina: las sifilíticas por el del mercurio, y hace muchísimo tiempo que yo empleo la ipecacuana en las afecciones del estómago acompañadas de vómitos sin mas que porque la ipecacuana posee la propiedad de producir náuseas y vómitos: podria asímismo citar otros medicamentos que empleo en mi práctica.

Pues bien, ahí está todo el secreto del método homœopático tal como Hahnemann pretende haberle descubierto y creado. El no conoce otra manera de tratar y curar que el directo y específico, siendo uno de los ramos de la medicina racional del que se ha apoderado, del que hace un uso

general, y que ha sentado por base fundamental de su doctrina.

Reúnase á esto el principio de las propiedades morbíficas de todos los medicamentos, que no es siempre verdadero: el desarrollo progresivo de sus virtudes esenciales por la division hasta en proporciones infinitamente pequeñas, y algunos otros principios menos esenciales, y se conocerá á fondo todo el método homœopático.

La medicina racional, por el contrario, no pide socorros al método directo, inmediato ó específico sino cuando la han faltado los demas medios, y cuando las causas ocasionales y accidentales se han escapado á su investigacion.

Se dedica á conocer la naturaleza, género y especie de la enfermedad: principia por investigar las causas primitivas ó remotas, las reacciones y modificaciones sufridas por el organismo: va á sacar sus doctrinas, el orígen ó el gérmen del mal hasta del Génesis: considera igualmente por qué vias y con cuáles accidentes ha llegado á desarrollarse aquella; marcha en seguida á la observacion de sus manifestaciones exteriores, es decir de los síntomas: compara sus caracteres mas ordinarios y notables, los vuelve á comparar á los de naturaleza semejante que se manifiestan en otras afecciones, y entonces forma clases y órdenes de enfermedades en que ensaya la aplicacion de los

mismos medios eurativos, y cuando la experiencia la ha demostrado su eficacia, formúla eon seguridad un método comun de tratamiento para toda esta clase de afecciones, modificado, sin embargo, segun las reglas de la terapéutica general.

La Homœopatía no haee ningun easo de la nosológia: no reconoce las elasificaciones de las enfermedades en género y especie; como tampoco la distincion de las *denominaciones*, que mira como abusivas y peligrosas (aunque en las obras de muchos homœopatistas se hayan conservado): para ella no existe diferencia entre las enfermedades, ó á lo menos niega la posibilidad de reconocerla; no tiene otro cuidado que el de descubrir las manifestaciones exteriores, los síntomas, sin miramiento á la causa, ni á los aceidentes; su diagnóstico y por eonsiguiente su terapéutica no tienen absolutamente otra base: su mayor esfuerzo consiste en observar la reunion de los síntomas de cada caso de enfermedad.

Para élla las enfermedades no existen: no hay mas que eomplexos de síntomas, señales visibles ó perceptibles á los sentidos que indican un desarreglo, una alteracion en el organismo vital, pues que no trata mas que de hacer la aplicacion del gran método curativo indicado por la naturaleza, la euracion por los semejantes; *similia similibus curantur*.

El práctico, que sigue los principios de la medicina racional, cuando ha hecho un estudio profundo tanto de las causas como de los síntomas generales ó particulares de la enfermedad, cuando con la ayuda de las nociones que ha sacado de la ciencia y experiencia ha llegado á reconocer su naturaleza, género y especie, ordena el remedio que cree capaz de suspender sus causas, de modificar su carácter y de destruir sus efectos; en una palabra, aplica el medicamento que juzga mas conveniente sea antipático, alopático, ú homœopático, si lo cree á propósito para alcanzar el fin de sus esfuerzos: la curacion.

El homœopatista, por el contrario, no investiga mas que los síntomas morbíficos: se dedica á discernir los signos perceptibles á los sentidos, y entonces fiel á su máxima *única é invariable* de curacion por los *semejantes*, busca en la materia médica cuáles medicamentos gozan la virtud de producir síntomas parecidos.

La homœopatía reclama una superioridad incontestable sobre todos los demas sistemas de medicina; porque pretende enseñar una manera *única*, invariable de conocer las enfermedades, como tambien un método único, invariable de curacion: desgraciadamente para élla todo eso está desmentido por la experiencia.

No se jacta menos (y en esto tiene mas

razon) de la seguridad de su método curativo: en efecto, no se puede, al menos en los casos en que no peca por omision, disputar la benignidad é inocencia de sus remedios administrados á dósis subdivididas y en proporciones infinitamente pequeñas. Ella puede pecar por impotencia; pero á lo menos no contraría jamas la naturaleza, ni produce nunca esas reacciones violentas, esas catástrofes tan prontas como imprevistas, que acarrea tan frecuentemente el uso de los remedios heróicos, los medicamentos narcóticos y metálicos que emplean con frecuencia los médicos empíricos con tan poco miramiento.

Farmacopea homœopática.

Hahnemann ha llevado mas lejos que ninguno el estudio de todos los efectos de la materia terapéutica: ha descubierto riquezas y potencias en élla desconocidas hasta entonces; pero solo puede obtener estos resultados tomandose una infinidad de cuidados, precauciones y manipulaciones inusitadas ó despreciadas por la medicina ordinaria, y es preciso no asombrarse mas de la potencia de ciertos medicamentos diluidos hasta el infinito, debidos á los descubrimientos y observaciones de este hombre célebre, que de la fuerza prodigiosa del vapor, que nos ha sido desconocida por tan largo tiempo, aunque era un objeto de uso contínuo.

Emplea los medicamentos sacados de los tres reinos de la naturaleza, pero quiere estar seguro de la simplicidad, pureza y cualidad de todas las sustancias que usa, no sirviéndose generalmente sino de las que se hallan en su estado primitivo, ó al menos han conservado todas sus fuerzas y virtudes.

Exige que el laboratorio homœopático esté con la limpieza mas esmerada; que rei-

ne en él constantemente una temperatura ordinaria, y que este defendido de todas las influencias miasmáticas ó aromáticas, del gas hidrógeno, ácido sulfúrico, de la valeriana, alcanfor, castor, &c., porque todas estas emanaciones, que tienen una gran potencia y una actividad particular, se mezclan y confunden con las diluciones que se preparan, llegando á alterar y descomponer el equilibrio y la combinacion homœopática que se desea: los rayos del sol no deben tocar al preparador, ni á las sustancias en preparacion.

Debemos ser muy escrupulosos en la eleccion de los vasos y recipientes; éstos han de ser enteramente nuevos, ó á lo menos no han de haber contenido jamas sustancias de un olor penetrante: en todo caso y para cualquiera uso que puedan haber servido deberán ser cuidadosamente lavados en gran corriente de agua, frotados fuertemente, y expuestos á la accion de un gran calor.

Deben preferirse los tapones de corcho á los esmerilados, excepto para los ácidos, porque siendo los primeros mas esponjosos y comprimentes cierran mas herméticamente; pero es necesario cuidar de que un mismo tapon no sirva jamas para sustancias de diferente naturaleza: todas las vasijas y utensilios deben ser de cristal, piedra, porcelana ó asta; es preciso evitar el

hacer uso del mortero de hierro, de re-retortas de cobre y de espátulas de oro ó plata, porque las emanaciones metálicas se comunican con gran facilidad, y destruyen ó alteran completamente el efecto de las preparaciones.

Se debe igualmente tener la mayor precision en los pesos; porque un error de medio grano ó media gota en una de las preparaciones basta para poner en desórden la continuacion de élla, y dar resultados diametralmente opuestos á los que se desean.

Los morteros de serpentina tienen el inconveniente de no estar perfectamente unidos en su interior, y ofrecen pequeñas cavidades en que se oculta una cierta cantidad de la materia que se escapa á la molienda, y descompone el equilibrio de la preparacion. Los de vidrio contienen pequeñas burbujas que se revientan con la manezuela, y mezclan á la preparacion partecillas vítreas, cuya presencia descompone igualmente el efecto del medicamento.

Lo mas seguro es emplear un mortero de porcelana esmaltado ó sin esmaltar, cuyo interior esté igualado cuidadosamente con arena fina.

Se sirve Hahnemann de tres vehículos ó excipientes, que son el agua, espíritu de vino y azucar de leche, porque estas tres sustancias estan enteramente desprovistas de propiedades medicinales. Prefiere el agua

destilada, porque la natural está siempre cargada de partes sulfurosas, ferruginosas ó calcáreas, que añadirian una accion medicinal extraña á la preparacion.

Emplea el aguardiente comun, con preferencia al que se saca de cualquiera otra produccion, sobre todo de las patatas, que siempre conserva alguna propiedad medicinal, y se distingue del comun por un sabor mas áspero, haciéndose espumoso cuando se le frota entre las manos, y exhalando un olor penetrante. Encarga emplear el alcohol en un grado uniforme: ordinariamente se sirve del de 90.º

El azucar de leche, tal como le venden los boticarios, está lejos de hallarse en un estado satisfactorio: basta para reconocerle hacer disolver una pequeña parte de él en agua, á la que se añaden algunas gotas de ammoniaco cáustico; el azúcar se coloreará de un ligero tinte azul si contiene algunas partículas metálicas: en todo caso conviene someter siempre el azúcar de leche á los rayos del sol ó al vapor de un baño de maría, para que desaparezca cualquier olor extraño, y quede perfectamente seco.

Quiere Hahnemann que las sustancias que se preparen se hallen en toda su pureza primitiva: las plantas indígenas deben ser recogidas en el tiempo de su inflorescencia y tratadas inmediatamente.

Se empieza por lavarlas en mucha agua para limpiarlas de toda emanacion extraña: se emplean ordinariamente las plantas enteras: la flor, la yerba y la raiz; se les corta en partes muy menudas que se machacan en seguida en un mortero: se exprime y mezcla el jugo con una cantidad igual de espíritu de vino: al cabo de cuarenta y ocho horas se decanta este liquido, se arrojan las partes fibrosas y albuminosas, que se han precipitado, y se encierra el líquido (tintura), mezclándolo antes con una parte igual de espíritu de vino, en una vasija herméticamente cerrada, que se tiene cuidado de colocar en un sitio oscuro: de este modo se conservan sin alteracion todas las virtudes medicinales de la planta.

En cuanto á las exóticas debe el preparador homœopatista emplearlas siempre en estado bruto, y pulverizarlas por sí mismo: de otro modo no podria evitar el fraude y las falsificaciones comerciales, y jamás estaria seguro de tener las originales.

Se reducen éstas á polvo, y para hacerlas perder toda la humedad, se expone este polvo á los rayos del sol ó al vapor de un baño de maría, procediendo para tener las tinturas como ya se ha dicho, ó se las trata como remedios antipsóricos.

Cuando se han tomado todas estas precauciones preliminares para asegurarse bien de la pureza, simplicidad y virtudes de

las sustancias que se quieren poner en accion, encarga Hahnemann, que no se ponga menos precision en el procedimiento de las subdivisiones que forman las dósis homœopáticas. Sostiene que, lejos de disminuir y atenuar la fuerza y potencia de los medicamentos, llegando hasta el decillonésimo, desarrolla por el contrario sus virtudes mas fecundas, como que estan comprimidas y amortiguadas por la fuerza de una grosera cohesion: esta es la razon de por qué cada preparacion toma el título de *potencia* millonésima, billonésima, trillonésima, &c, &c.

Cuando Hahnemann recomienda la trituracion por espacio de tres horas, como lo veremos mas adelante, de cada grano de una sustancia cualquiera, con tres veces cien granos de azucar de leche (de suerte que la manipulacion completa de un medicamento que se lleve al decillonésimo de grano primitivo exige mas de treinta horas de un trabajo constante y enérgico hecho por un hombre robusto), es preciso no creer que esto es una puerilidad; sería imposible el obtener de otra manera una division igual y una mezcla perfecta del grano primitivo en las treinta preparaciones sucesivas que se le hacen sufrir. Si se ensaya el mezclar una gota de ipecacuana en un tonel lleno de agua, no habria podèr humano que pudiese hacer una subdivision

completa de la gota primitiva en tal cantidad de agua. Se ha dicho á Hahnemann que echando una gota de un medicamento cualquiera en el lago de Génova, la masa del lago deberia ofrecer efectos medicinales tan ciertos como una gota de la treintésima preparacion, que contiene el decillonésimo, y ha respondido con mucho juicio que daria ciertamente una potencia homœopática á toda la masa de dicho lago siempre que se le diese una máquina bastante poderosa para hacer una dilucion completa en un volúmen igual de agua.

Se emplean para las preparaciones ó diluciones frasquitos de vidrio de capacidad de ciento cincuenta gotas, poco mas ó menos: para economizar el tiempo y retener una medida exácta de las gotas, que se cuentan con bastante dificultad, todas las probetas deben llevar la marca de la medida de cien gotas, y son precisos treinta frasquitos para hacer las diluciones sucesivas hasta la potencia del decillonésimo.

Se echan cien gotas de espíritu de vino en el primer frasquito, se añade una de la tintura que se quiere tratar, se le dan dos sacudidas bastante vivas: Hahnemann prescribe tambien que se ponga el frasquito dos veces boca á bajo, y se obtiene de esta manera un extracto de la gota primitiva llevado á la potencia de ciento.

Una gota de este liquido echada en un

segundo frasquito, que contenga otras ciento de espíritu de vino y agitada de igual modo, da la misma tintura llevada á la potencia de diez mil.

Otra tercera operacion hecha del mismo modo dará el millonésimo, la cuarta, el diezmillonésimo y así progresivamente hasta la trigésima que da el decillonésimo.

Las sustancias secas y en polvo se tratan como hemos visto mas arriba para obtener su tintura; pero tambien por la molienda ó trituracion. Los metales se tratan por la trituracion ó la dilucion mediante los acidos; método que solo se adopta en el caso de una necesidad absoluta, porque ocasiona siempre la oxidacion; pero es preciso guardarse mucho de emplear la lima, porque á mas de las partículas de hierro que quedan siempre mezcladas á la sustancia primitiva, está demostrado que la frotacion de un metal con otro puede dar á los dos virtudes medicinales que bastarian para destruir la armonía homœopática. He aquí el método que recomienda.

Se toma un grano del polvo que es objeto de la manipulacion, se le mezcla un tercio de cien granos de azucar de leche en un pequeño mortero de porcelana esmaltado ó no: se muele ó tritura con fuerza por espacio de seis minutos: se desprende durante cuatro minutos la materia triturada que se ha pegado á las paredes del mortero ó á

la mancecilla con una espátula de marfil ó ébano, empleando otros seis minutos en volver á machacar con energía; despues se despega del modo dicho por espacio de otros cuatro minutos; entonces se añade el segundo tercio del azucar de leche, y se repite esta trituracion y mezcla por espacio de dos veces seis minutos, y dos veces cuatro minutos: se hace otro tanto con el último tercio del azucar; de tal manera que esta operacion exige un trabajo enérgico de una hora.

La segunda atenuacion, ó por mejor decir, la segunda operacion, que debe dar la potencia de diez mil, se hace del mismo modo, esto es, tomando un grano del polvo obtenido precedentemente, marcado con la potencia ciento, que se mezcla en tres veces á cien granos de azucar de leche, y se le tritura y mezcla en el mortero de porcelana cada tercio por dos veces seis minutos, y dos veces cuatro minutos, es decir, en todo, por espacio de seis veces seis minutos de trituracion enérgica con la manezuela, y seis veces cuatro minutos con la espátula.

La tercera operacion dá el millonésimo: llegando á este grado todos los polvos son solubles en el espíritu de vino, y se emplea entonces y uniformemente la manera de dilucion como lo hemos dicho mas arriba, con la diferencia, sin embargo, de que la primera dilucion debe hacerse con la mezcla de diez gotas de agua destilada y otro

tanto de espíritu de vino para llegar á las potencias mas elevadas.

De este modo la 1ª. dilucion ó trituracion lleva la marca de	100.	
La 2.	10.000.	
La 3.		I millon.
La 4.	100.	
La 5.	10.000.	
La 6.		II billon.
La 7.	100.	
La 8.	10.000.	
La 9.		III trillon.
La 10.	100.	
La 11.	10.000.	
La 12.		IV cuatrillon.
La 13.	100.	
La 14.	10.000.	
La 15.		V quintillon.
La 16.	100.	
La 17.	10.000.	
La 18.		VI sextillon.
La 19.	100.	
La 20.	10.000.	
La 21.		VII septillon.
La 22.	100.	
La 23.	10.000.	
La 24.		VIII octillon.
La 25.	100.	
La 26.	10.000.	
La 27.		IX nonillon.
La 28.	100.	
La 29.	10.000.	
La 30.		X decillon.

Es preciso no poner menos cuidado para conservar las preparaciones homœopáticas al abrigo de la influencia del sol, del calor y de la humedad ó de los vapores odoríferos, que podrian tener tanta mayor influencia sobre estas preparaciones cuanto

mayor es el grado de susceptibilidad á que han llegado; y que por consiguiente son mas aptas para recibir las influencias extrañas: la accion del sol basta no solamente para modificar las preparaciones en un espacio bastante corto de tiempo, sino tambien para destruir las virtudes medicinales de un gran número de vegetales y minerales.

Se conoce que una tintura se ha vuelto ácida dejando caer una gota de este líquido sobre la superficie de una capa de polvo de carbonate de cal puro aplastado por la presion: si la gota se introduce muy tranquilamente en élla, la tintura no está aún alterada; pero si se forman burbujas, ya se ha vuelto ácida, ha perdido su potencia y por consiguiente no puede servir como medicamento.

Hahnemann recomienda ahora precauciones todavía mas escrupulosas en la dispensacion, es decir, en el modo de administrar los medicamentos homœopáticos: el enfermo debe tomar solo la dósis prescrita, ni mas ni menos, y es preciso notar que existen muy pocos individuos bastante robustos para tolerar la dósis de un grano y ni aún la de medio.

Es bastante dificil de dividir una gota homœopática de una manera exácta; se llega sin embargo á conseguirlo empleando granos pequeños de gragea, como lo hace

el doctor Gaspari, cien granos de la cual absorven una gota del líquido; cincuenta contendrán media; veinte y cinco la cuarta parte, y en fin, un grano la centésima. Las grageas humedecidas se mezclan ligeramente á algunos granos de azucar de leche, mas ó menos segun la fantasía del enfermo: si aquel tuviese repugnancia al polvo blanco de azucar de leche, se le puede añadir el de regaliz ó de cacao, que cambiarán el color y gusto de la preparacion sin alterar en nada sus virtudes medicinales.

Las sustancias muy volátiles como el alcanfor, admizcle y ácido sulfúrico no deben mezclarse al excipiente hasta el momento en que el enfermo debe tomarlos; sin cuya precaucion se evaporarian enteramente. Hahnemann se sirve de un método que es todavía mas seguro que el de el doctor Gaspari: hace preparar globulos de azucar y almidon del tamaño de un grano de adormidera, de los que se necesitan cerca de doscientos para pesar un grano: los empapa con el tapon que ha humedecido poniendo boca á bajo el frasco de la preparacion que quiere administrarse, y mezcla estos globulos con algunos granos de azucar de leche para hacerlos tragar al enfermo. Los globulos humedecidos de este modo con el líquido homœopático pueden conservar su virtud medicinal durante años enteros cuando han sido guardados con cuidado.

:

VENTAJAS

del método homœopático.

REMEDIOS ESPECIFICOS.

He prevenido ya, que habia emprendido el exámen de la doctrina homœopática con un espíritu enteramente desprendido de preocupaciones, y muy determinado á combatir el error y reconocer la verdad.

Voy á desarrollar aquí los resultados mas importantes obtenidos por este método curativo, y á señalarlos á la ciencia; sin admitir con todo eso las consecuencias exageradas que Hahnemann pretende sacar de ellos.

La experiencia me ha demostrado de una manera incontestable, así como ha podido hacerlo á otros prácticos, que en muchas ocasiones en que cualquiera otro método curativo se habia estrellado, la Hemœopatía obtenia un resultado sorprendente. Yo no examinaré aquí qué parte han podido tener en esta eficacia el régimen y los medicamentos administrados en dosis infinitamente subdivididos: probaré solamente que, segun mi opinion, el efecto de este método curativo en tales circunstancias dependia de la influencia

de la semejanza de los efectos producidos por los medicamentos con los de la enfermedad original, es decir, de la influencia de lo que la medicina racional llama remedios *específicos.*

En todos tiempos ha recurrido la medicina racional á este método; en todos tiempos se ha determinado á obrar *directamente* sobre el asiento de la enfermedad, cuando, por egemplo, no podia llegar á descubrir las causas que la habian producido, ó cuando, despues de haberlas hallado, no habia podido destruirlas, &c.; y así es cómo se curaban muchas dolencias de un modo fácil de explicar.

Los remedios tenian una homogeneidad perfecta con la naturaleza de la enfermedad: obraban de un modo directo sobre el asiento de ella: desarrollaban con mas energía los accidentes, todavía inertes y desapercibidos; y por la modificacion ó violencia de la reaccion vital efectuaban una curacion frecuentemente pronta y radical. De esta manera es cómo se llegaba á combatir con buen suceso las fiebres intermitentes, los accidentes sifilíticos y las enfermedades puramente nerviosas, &c. los remedios indicados por la experiencia y adoptados sin distincion por la medicina para atacar las afecciones que acabamos de señalar, eran y son todavía la quina, el mercurio, los narcóticos, balsámicos, alterantes, y ótros nervinos: todos son capaces de provocar alguna vez y desarrollar de

cierto modo varios síntomas semejantes al mal, que es objeto de la crisis: la enfermedad está minada en sus bases, termina y completa su accion por su propia reaccion: se abre paso, y el cuerpo humano se libra de una afeccion estraña que le fatigaba y descomponia la regularidad de sus funciones.

Este mismo es el efecto de la aplicacion del iodo sobre las *glándulas*, de la esponja calcinada sobre los *lamparones*, del ácido fosfórico y el alcanfor sobre los *órganos sexuales*, de la sabina y del centeno cornezuelo sobre el *útero*, del bálsamo de copayba y de cubevas sobre la *uretra*, de la trementina y las cantáridas sobre los *órganos urinarios*, de los calomelanos sobre las *glándulas salivales*, del azufre sobre el *tubo intestinal*, del sauco sobre la *piel*, del higado de azufre sobre los *órganos respiratorios*, &c.

Todos estos remedios, obrando de un modo directo y específico, producen evidentemente síntomas de algun modo semejantes y causan generalmente una curacion radical, y ese es el principio *similia similibus curantur;* este es en una palabra todo el secreto de la doctrina de Hahnemann; pero en lugar de restringir este método curativo á los casos en que, por ejemplo, las causas de la dolencia no han podido ser descubiertas ni separadas, hace de él una aplicacion *general y universal* á todos los géneros de enfermedad.

La potencia de los remedios específicos es incontestable: todos los egemplos que acabamos de citar lo demuestran hasta la evidencia: es cierto que el descubrimiento de un número mayor de remedios específicos seria un beneficio inmenso y un servicio inapreciable para el arte, y la permitirian combatir con plena confianza y eficacia los males que afligen á la humanidad.

Es, pues, preciso fomentar los esfuerzos de la Homœopatía, que se dirige á tratar todas las enfermedades por remedios específicos: Hahnemann nos descubre algunos nuevos, cuya experiencia nos prueba sus felices efectos, y toda la ciencia los adoptará con reconocimiento. Por lo que á mí toca, no titubeó jamás en emplear el método *específico*, en tratar una enfermedad *homœopáticamente*, aun siguiendo á Hahnemann, todas las veces que crea obtener con él un feliz resultado sin consecuencias sensibles; pero para esto tomaré por guia y maestro á la experiencia, mucho mas que al doctor aleman, y esto es, á mi juicio, lo que deben hacer y que en efecto hacen todos los médicos, sobre todo, los que se han familiarizado con el estudio de los remedios específicos; porque habrán obtenido frecuentemente sucesos sobresalientes en donde otros han sido desgraciados, porque han tratado el mal segun las indicaciones generales de la medicina, y sin atender á las relaciones particu-

lares é íntimas que existen entre los remedios y los órganos.

No hay médico que deba despreciar el conocimiento de los remedios específicos; y el estudio del método homœopático le abrirá un camino todavía mas espacioso y rico en sucesos, porque *este método* es *el tratamiento específico* aplicado á un número mayor de casos de enfermedades.

El estudio de la Homœopatía le hará hacer grandes progresos en la terapéutica, y conocerá de un modo mas perfecto la naturaleza y esencia de cada medicamento: los efectos positivos que produce sobre el hombre sano y sobre el enfermo: le hará escrupuloso en el empleo de los remedios y en la prescripcion de las dosis, mas atento al diagnóstico de los síntomas, y contraerá el hábito de individualizar mas severamente las enfermedades. Aun cuando la Homœopatía no presentase otras ventajas, éstas bastarian para recomendar su estudio y prescribir su práctica, modificada por la experiencia y la razon.

Los remedios administrados al hombre en estado de salud producen frecuentemente en los órganos, que tienen la virtud de afectar, los mismos síntomas morbíficos que las enfermedades á cuya curacion se destinan; sin embargo, algunos de éllos administrados al hombre en estado de salud ocasionan efectos muchas veces contrarios: así es que el

azufre provoca ya el estreñimiento ya la diarrea, y yo le empleo igualmente para conseguir la curacion de estas dos afecciones: Hahnemann ha dado á estos medicamentos el nombre de remedios de efectos *alternativos*.

Si se investiga por qué los síntomas producidos por tales medicamentos se asemejan á los de tales enfermedades, se percibirá que existe una afinidad de relaciones entre el medicamento y el órgano afectado: efectivamente, este órgano tiene una funcionabilidad y una direccion determinada: por egemplo, el hígado para la secrecion de la bilis, las glándulas colocadas en el interior y junto á la mandíbula para la secrecion de la saliva, los órganos de los riñones para la de la orina, el sistema cutáneo para la exerecion de las materias perspirables, &c.

La alteracion que puede sufrir uno ú otro de estos órganos, no puede tener otro objeto, sino la funcion *específica* de que está encargado en la máquina humana: la influencia del remedio *específico*, obrando particularmente sobre este órgano, y produciendo en él una nueva reaccion, deberá necesariamente volverle á su estado normal: lo que esplica por qué el mismo medicamento, que haya producido la curacion, hubiera provocado, si el órgano se hubiese hallado en estado sano, la alteracion que ha hecho desaparecer; porque como la virtud de su influen-

cia es *específica*, tiene siempre una misma accion sobre este órgano, y producirá el desarreglo ó la curacion, segun que aquel esté sano ó alterado.

Es fácil comprender y explicar la semejanza entre los síntomas de las enfermedades de los órganos y de los morbíficos provocados en estos mismos en estado sano, por ciertos remedios específicos, y no se puede reusar el reconocer la verdad del principio fundamental de la doctrina homœopática, á saber: *que los medicamentos curan las enfermedades que tienen una semejanza tan chocante como posible con las que éllos mismos son capaces de producir en el hombre sano:* similia similibus curantur.

Seguramente Hahnemann no puede reclamar la gloria de este descubrimiento, que ha sido en todos tiempos conocido y practicado por la medicina racional; pero tendrá el mérito de haber desarrollado laboriosamente esta parte de la ciencia, de haberla comprendido mas profundamente que nadie antes que él, y modificado singularmente, engrandecido, fecundado y enriquecido con una porcion de verdades nuevas y útiles.

ENSAYOS

de los homœopatistas sobre los efectos de los medicamentos administrados al hombre en estado de salud.

La virtud de ciertos remedios específicos estaba conocida y puesta en práctica antes de Hahnemann; pero él se ha presentado y ha admirado con la eficacia de este método curativo ofrecido por la naturaleza: ha dicho para sí, en esto consiste toda la medicina, no hay mas que escavar y esplotar esta mina fecunda que se presenta á la vista, y desde entonces se ha entregado con una infatigable perseverancia á estudiar é investigar las virtudes *específicas de cada medicamento*: ha sido su primer cuidado el separarlos y desprenderlos de toda mezcla, como de toda influencia extraña: en seguida ha comprendido que para descubrir sus efectos puros y sus virtudes curativas en los casos de enfermedad, era menester administrarlos al *hombre sano*, observando los síntomas que provocan á fin de justificar las virtudes curativas que éllos deben tener necesariamente en las enfermedades que presentan síntomas semejantes: no ha titubeado y ha hecho en sí mismo estas peligrosas experiencias, habiendo segui-

do este egemplo un gran número de discípulos suyos.

Por solo esto mereceria el reconocimiento público, y tendria derecho al respeto y consideracion: sus investigaciones han sido sinceras, animosas y fértiles frecuentemente en resultados felices; y aun cuando no hubiesen resultado de ellas mas que errores, todavía seria digno de estimacion.

Pero no se han limitado á eso solo sus trabajos: ningun medio ha despreciado para determinar de un modo positivo el efecto esencial de cada medicamento: se esfuerza en apurar la série de experimentos con todos los datos y circunstancias que el talento puede prevcer. Ninguna dificultad le desanima: procura conocer y justificar los efectos de cada uno segun las diferentes horas del dia, antes, despues ó durante las funciones digestivas, segun las influencias del egercicio y el reposo, de la vigilia ó del sueño, segun las de la atmósfera, del calor natural ó artificial, y en fin, segun las diversas disposiciones morales.

He ahí lo que hacen Hahnemann y sus prosélitos con una perseverancia incansable, con una atencion minuciosa, y muchas veces con una temeridad imprudente. Ellos han recogido y recogen todavía, sin duda, el error con la verdad: son en esto, como en todo, exagerados en sus pretensiones, demasiado absolutos en su modo de ver; pero han re-

suelto un gran número de problemas, y han hecho descubrimientos de un mérito y utilidad incontestables.

Ahora toca á nosotros el separar lo bueno de lo malo: el continuar los experimentos de los homœopatistas que están todavía lejos de haberse concluido, y hacer que la ciencia y la humanidad se aprovechen del fruto de estos trabajos.

Mezcla de los medicamentos.

Hahnemann condena la mezcla de todo medicamento, y hasta el uso simultáneo ó demasiado aproximado de muchos de éllos; hay sin embargo casos en que él mismo se ve obligado á admitir excepciones, á reconocer la influencia simultánea de dos remedios, y á prescribir, en fin, su uso á la vez.

Aunque dispuesto del todo á reconocer las ventajas de un tratamiento *simple* y separado de toda influencia extraña, no puedo yo admitir sin embargo, tanto en este punto, como en otros de la doctrina homœopática, todas las consecuencias que se podrian sacar de ella, porque la *experiencia* demuestra que en un gran número de casos muchos medicamentos mezclados unos con otros, que, segun Hahnemann, deberian neutralizarse recíprocameute, producen cada uno su efecto y traen un resultado feliz: esto mismo suce-

de con los remedios antídotos, como el mercurio y el azufre en el etíope mineral: la misma naturaleza nos suministra la prueba de la eficacia de ciertos remedios, compuestos por la presencia de elementos diferentes en muchos de sus productos, por egemplo, en las aguas minerales.

Así yo juzgo, que, cuando lo exige el caso, no se debe titubear en emplear la mezcla de diversas sustancias; pero es preciso entonces conocer con certeza el efecto *particulàr* de cada una, y guiarse convenientemente por los síntomas de la enfermedad para la eleccion de los elementos que deben componer el medicamento que se ha de prescribir.

En cuanto á los remedios puramente específicos es preciso abstenerse siempre de mezclarlos con los que tengan la propiedad de obrar sobre los mismos órganos, y hasta de ordenar su uso simultáneo, porque su accion sobre los órganos afectados es demasiado intensa y violenta para que la influencia de otro no llegue á fatigar al enfermo, ó á neutralizar el efecto del primer específico.

Fuera de los casos en que la *experiencia* ha demostrado el *efecto saludable de los remedios compuestos*, se debe emplear siempre el tratamiento curativo mas simplificado: las composiciones terapéuticas son generalmente dañosas é inútiles, á excepcion de al-

gunas sustancias indiferentes, tales como los jarabes, que solamente se emplean para corregir la amargura de ciertos medicamentos.

No es hoy dia buen médico el que no tiene lástima de las fórmulas de la materia terapéutica empleadas hace algunos años, cuando no se creía la eficacia de una receta mas que en razon de la multiplicidad de elementos que entraban en su composicion. ¿Quién de nosotros no ha oido hablar de esa famosa triaca en cuya composicion entraban setenta ingredientes á lo menos?

Sin embargo, al ver la mayor parte de las fórmulas empleadas en nuestro tiempo nos vemos obligados á llorar los pocos progresos que ha hecho la ciencia en esta materia: la ignorancia del *arte terapéutico* es todavía tan grande que diariamente veo prescribir remedios compuestos cuyos elementos diferentes deben neutralizarse ó producir un efecto diverso de aquel que se ha querido sin duda obtener.

Nos entregamos con ardor al estudio de la anatomía, de la anatomía patológica y de la cirugía: despreciamos el del orígen, naturaleza y propiedad de cada enfermedad: desdeñamos demasiado el estudio de los efectos especiales de cada medicamento: ignoramos casi enteramente cuáles remedios son los mas apropiados para efectuar la curacion y caminamos á tientas en la prescripcion de éllos.

Los homœopatistas, en mi opinion, tienen una superioridad grande sobre los demas médicos, pues que, segun los principios de la Homœopatía, no se puede hacer uso de un solo remedio sin conocer, en cuanto sea posible, todas sus propiedades y en todas las circunstancias.

Lejos de despreciar sus trabajos, es necesario apresurarnos á aprovecharlos: es preciso seguirlos é imitarlos en esa vasta carrera de experiencias terapéuticas.

La medicina racional, enriquecida con estos nuevos conocimientos, marchará con paso mas firme y llegará mas segura y prontamente al fin que se ha propuesto llenar.

Abuso de los medicamentos.

Numerosas observaciones han probado que la mortandad no es mayor en los paises en que no hay médicos que en aquellos otros adonde concurren los graduados en las universidades. ¿Prueba esta observacion que la medicina no puede hacer ningun servicio á la humanidad? ¿ó no se debe mas bien conocer que el mayor número de prácticos, habiendo estudiado poco la materia terapéutica, no creen una falta el prescribir medicamentos, cuyos efectos ignoran completamente, y hacer de esta manera el remedio mas mortífero que la misma enfermedad?

Los verdaderos homœopatistas, á cuya mayor parte no se puede negar un profundo conocimiento de los efectos mas variados de cada sustancia, tienen por el contrario una gran prudencia, una extrema sobriedad é infinitas precauciones en sus prescripciones: éllos pueden preveer siempre y seguir el efecto de cada remedio; no le recetan sino en la subdivision mas infinita; se abstienen de toda mezcla; espian con atencion los síntomas que desarrollan, y jamas administran segunda dósis mientras pueden creer que dura la accion de la primera: ya sabemos que, segun Hahnemann, la duracion de accion de los medicamentos varía desde una hora hasta cuarenta, cincuenta y sesenta dias. Yo me he convencido por la experiencia de que la accion de estas pequeñas dósis no podia ser disputada; he visto los síntomas morbíficos cambiar y empeorar inmediatamente despues de la absorcion de un millonésimo de grano de belladona, de nuez vomica, de emético ó de otro medicamento.

Con el método homœopático estamos á lo menos seguros de no agravar el mal, y de poder siempre distinguir durante el tiempo del tratamiento los síntomas propios de la enfermedad, de los que provienen del remedio empleado; y desgraciadamente ¿cuántas veces ha sucedido que un médico, que ignora los efectos del remedio que ha mandado, ha confundido los síntomas del medicamento

con los de la enfermedad, y no pudiendo darse razon de esta agravacion, ha ordenado nuevas prescripciones todavía mas funestas?

¿Quién no conoce los deplorables resultados del abuso de las preparaciones mercuriales y otras metálicas, y de la inoportunidad de las emisiones sanguíneas, de los vomitivos, purgantes, narcóticos, de la aplicacion del hielo, y en general de todos los estimulantes, tónicos ó debilitantes, mandados inconsideradamente?

No estará nunca demas el declamar contra los escandalosos efectos de las prescripciones medicamentosas, que no hacen otra cosa que aumentar y complicar las enfermedades.

La intencion puede ser buena; nos hallamos arrastrados por el deseo de alejar los síntomas alarmantes, ó de producir un alivio pronto de dolores crueles: las grandes dósis de opio y las abundantes evacuaciones de sangre llegan á calmar los padecimientos del enfermo; pero ¡á qué precio tan caro se obtiene este resultado precario! Separados los síntomas, hacen bien pronto lugar á otros mas graves y terribles; el dolor sobreviene despues mas intenso, y el médico desatinado no tiene mas recurso que emplear medicamentos mas heróicos, que por lo comun se llevan al enfermo.

En el tratamiento de las enfermedades no se consulta bastante á la naturaleza, que

es siempre un excelente guia y un auxiliar poderoso; es las mas veces bastante fuerte para obrar por sí misma en favor de la curacion, y seria preciso esforzarse á no contrariarla jamas ó á lo menos á ayudarla: *multa scire, pauca facere*. ¡ Cuántas enfermedades se habrian disipado por solo sus esfuerzos y un saludable régimen si un tratamiento inconsiderado no hubiese venido á agravar el mal! Tampoco es raro verla triunfar de la violencia de una enfermedad á despecho de los obstáculos que la opone un tratamiento inoportuno.

Este furor de prescripciones medicamentosas se ha llevado á un punto tal, que existen médicos que sin contar con la extrema irritabilidad, sensibilidad y otras particularidades del organismo de los niños y con la debilidad de los viejos, abruman á unos y á otros con remedios violentos, que muy pronto ahogan el germen vital, desarrollando en los primeros semillas de enfermedades graves que se habrian disipado por sí mismas sin aquellos imprudentes socorros, y en los segundos llegando á excitar señales de vitalidad mas sensibles, pero que no hacen mas que sacarlos de un dulce letargo para hacerlos sentir, durante algun tiempo todavía, los estímulos del dolor, acelerar el momento fatal y hacerles la muerte mas cruel. Comparo á estos desgraciados con las lámparas moribundas, que se apagan mas

pronto cuando se quiere que ardan mejor durante algunos instantes.

Los síntomas mas ligeros de inquietud y mal estar que arrancan gritos á un niño, y que dependen muchas veces de los desarreglos, que tienen su causa en las particularidades de su organismo, son para ciertos médicos síntomas de enfermedades las mas graves, y ven allí inflamaciones, gastritis, enteritis, fiebres cerebrales, contra las cuales despliegan todas las armas de su arsenal terapéutico: sangrías, sanguijuelas, fomentaciones de nieve, vegigatorios, sedales, pociones opiadas, &c. ¡Cuántas enfermedades medicinales debe ocasionar la inoportunidad de estas prescripciones! No se temen estas bárbaras infracciones, tan contrarias á las vias indicadas por la naturaleza, ni las consecuencias de estos medios violentos, y asusta el efecto de algunos granos de calomelanos ú otro medicamento tan eficaz en las enfermedades de estos seres delicados.

Recientemente he visto un niño de treinta meses, que fué tratado en una irritacion ligera catarral como si padeciese el croup: el médico habia mandado una aplicacion de veinte sanguijuelas, y la pérdida de sangre fue tan abundante que el niño perdió el conocimiento, y aun todavía estaban agarradas á él cuando le visité: ya era tarde: todos mis esfuerzos fueron vanos: no pude conseguir volverle á la vida. Es bien seguro

que un médico homœopatista, aun admitiendo que hubiese administrado un medicamento inoportuno, no habria ocasionado una catástrofe tan fatal; al contrario, las dosis pequeñas habrian salvado á este niño ciertamente.

M. B....., anciano de ochenta años, dotado de una constitucion robusta y con una salud vigorosa, enfermó con un principio de hidropesía general (esto no era otra cosa que la consecuencia de su mucha edad y la debilidad de la naturaleza): yo era de opinion que el arte no solamente era impotente en esta ocasion, sino que el menor esfuerzo que se intentase no podria hacer otra cosa que conmover y probablemente romper mucho mas pronto la débil cadena que unia la vida de este enfermo: se llamó á un médico á consulta, el que persuadió á la familia de que aún habia esperanza de curacion, y que desde entonces se encargó de la direccion del tratamiento: en el espacio de dos dias le aplicó cuatro vegigatorios, que le ocasionaron atroces dolores, y le pusieron despues de cuarenta y ocho horas en la agonía mas dolorosa. He aquí casi siempre los resultados de un tratamiento sintomático y empírico, en que son administrados los medicamentos sin discernimiento alguno. Renunciemos á esos remedios compuestos, á esas prescripciones violentas, único recurso del charlatanismo y la ignorancia.

Sé muy bien que el método homœopático, ó cualquiera otro que se aproxime á él por su simplicidad y unidad, hará gritar al egército de empíricos y vendedores de drogas, que ven con inquietud en este progreso de la ciencia un golpe dado á su industria; que animados por un sórdido interés no temen deshonrar la noble profesion que egercen, entendiéndose para la prescripcion y despacho de recetas tan absurdas como costosas. Perezca antes la humanidad que la culpable industria, cuyos beneficios parten con una impunidad deplorable: tal es la máxima de esos prácticos indignos, pródigos siempre en visitas y recetas para utilizar sus pactos secretos.

En Francia, apresurémonos á manifestarlo, fuera del vandalismo de Broussais por derramar sangre, es raro que se sobrecargue á los enfermos con medicamentos; pero es preciso confesar tambien que en general *se tratan las enfermedades muy sintomáticamente*, y no se ordenan sino medicamentos inertes ó anodinos, las mas veces para entretener al enfermo y calmar su imaginacion, pecando así por omision en mil ocasiones. Es tiempo ya de reconocer el error y de sacar partido, entre tantos recursos, de los nuevos descubrimientos que nos ofrecen los trabajos de Hahnemann. Aprovéchense los médicos de un método que exige mas prudencia, observacion y respeto á las leyes de

la naturaleza, y que (segun mi modo de ver) simpatiza con el celo y la verdad laudable, pero con mucha frecuencia impotente, y con la tendencia de la mayor parte de los médicos de Francia para curar casi únicamente con la dieta y el régimen.

Es incontestable que de todos modos el método de Hahnemann, aun con sus errores, es mucho menos funesto y mortífero que el de los empíricos.

Puede suceder y sucede en efecto frecuentemente que la Homœopatía no impida que el mal haga progresos; pero á lo menos élla no le agrava directamente, como lo hacen muchas veces los malos alopatistas. Charlatan por charlatan preferiré siempre á un homœopatista: si no hace bien, hará siempre menos mal: si deja al enfermo presa de la enfermedad, no cierra al menos la puerta á los socorros de la naturaleza y con ella muchas veces hay recursos para él. *In medicina multa scire, pauca agere oportet.*

POTENCIA

de las dósis homœopáticas.

Se ha agitado y aún se agita todos los dias la cuestion de saber si esas atenuaciones infinitas de los medicamentos por la trituracion ó la dilucion pueden dejar verdaderamente algunas virtudes medicinales á las sustancias sometidas á esas reiteradas manipulaciones. No se puede disimular que se encuentran muchas preguntas respecto á esto, tanto de parte del vulgo, como de los médicos, sobre todo de los que están acostumbrados á administrar medicamentos en dósis altas: será dificil, lo sé muy bien, el infundirles confianza en el método homœopático, si reusan absolutamente creer en la eficacia de los remedios, agotados, segun éllos, de todas sus virtudes por numerosas diluciones, y reducidos á la impercceptibilidad é imponderabilidad; creeríamos, dicen, con la misma facilidad que una hebra de seda sujetaba mas sólidamente un navío á sus áncoras que un cable de hierro.

Y á esto yo responderia con hechos: la experiencia prueba de un modo palpable é irrefragable que hasta en las últimas dilu-

ciones se deben encontrar huellas materiales de la presencia de las sustancias primitivas.

Hay teneis la química para demostrarlo con sus pruebas irrecusables: haced, pues, disolver sal comun en agua destilada, en la proporcion de uno sobre un millon: añadid alli una disolucion de $\frac{1}{116}$ de nitrate de plata; el agua se enturbiará al instante mismo y revelará la presencia material de la sal.

Una disolucion de iodo en la proporcion de 1 á 200 ó 250,000 se colorea inmediatamente hasta el violáceo si añadis á ella almidon; y aun cuando se halle la disolucion en la proporcion de 1 á 350,000 y aun á 450,000, bastan algunos minutos para que aparezca el color de violeta.

El ácido sulfúrico tiene la propiedad de hacer blanquear una disolucion en la que se halle muriate de barita debilitado á $\frac{1}{200000}$

El hierro descubre el vestigio mas ligero de cobre hasta en una disolucion que no contenga mas que $\frac{1}{50000}$ de este último metal mojando en esta disolucion un pedazo de hierro bruñido, el cual se cubre repentinamente de una capa vaporosa, de un rojo de cobre.

Es fácil el reconocer una partícula de arsénico hasta en la proporcion de 1 á 200,000; basta para esto hacer pasar gas hidrógeno sulfurado; al momento de su desprendimiento al través del líquido sospechoso, el agua que un instante antes era clara y lim-

piá como un cristal, tomará un color pálido de limon; el hidrógeno sulfúrado al cabo de veinte y cuatro horas revelará todavía por algunos indicios $\frac{1}{400}$ de grano de arsénico blanco en la dilucion llevada al 300,000 y hasta el 400,000.

Someted al contacto del nitrate de plata una disolucion en la que se halle la partícula mas mínima de arsénico blanco, y cuando la neutralizacion de este último se haya efectuado por medio del amoniaco, se precipitará un residuo ó sedimento amarillo, que pasará al color moreno secándose y recibiendo la accion de la luz: se pretende que este procedimiento puede revelar hasta $\frac{1}{400000}$ de grano de arsénico. La experiencia demuestra que $\frac{1}{5000}$ de grano de arsénico amoniacal en una disolucion llevada hasta el 500,000 se reconoce por la prueba del nitrate de plata: al cabo de algunos dias se percibe un sedimento ligeramente amarillo, que se espesa formando copos de un moreno obscuro.

$\frac{1}{5000}$ de grano de ácido arsenical en una disolucion de agua hasta el 500.000 produce todavía una reaccion sensible al cabo de veinte y cuatro horas cuando se mezcla en ella sulfate de cobre amoniacal.

Un célebre químico reconoce por medio del galvanismo $\frac{1}{2500}$ de grano de arsénico en una disolucion de agua.

Si se encuentra una energía tal de reac-

cion en la naturaleza inorgánica hasta el punto que partículas tan infinitamente pequeñas dan señales nada equívocas de una accion violenta y sensible, cuando se hallan en contacto de principios *convenientes*, para con los cuales están dotados de una potencia bastante grande de atraccion y afinidad; ¿qué no debe esperarse de la susceptibilidad del organismo humano tan rico en facultades múltiplices, y en sensaciones cuyos grados es imposible determinar?

Yo preguntaria al médico que tiene costumbre de tratar sus enfermos con las grandes dósis, si puede medir la escala de susceptibilidad del organismo humano, y decir en qué grado empieza y en cuál cesa de ser afectada la facultad.

¿Quién es el que puede determinar qué cantidad de aire se necesita para comunicar una enfermedad contagiosa de un pais á otro? La peste se transmite en un cobertor de lana despues de un largo intervalo de tiempo: pues bien, ¿quién puede decir en qué parte de ella se ha refugiado dicha enfermedad? y sin embargo existe realmente; y se revela muy luego por sus terribles estragos; pero ¿quién explicará cómo se reparte, desarrolla, y acaba por extender su horrorosa mortaja sobre toda una comarca? ¿Cuánta es la cantidad necesaria de virus hidrofóbico para transmitir la rabia? Los que niegan la eficacia de las dósis homœopáticas

¿se atreverian á recibir sobre una llaga viva la partícula decillonésima de la espuma de un perro rabioso?

¿De qué modo son producidas las enfermedades mas peligrosas? ¿es por una influencia material ó dinámica? ¿quién podrá pesar y determinar cuánta vacuna es necesaria para producir la pústula variolosa? ¿qué cantidad de veneno deja la serpiente en la herida para hacer perecer su víctima en pocas horas y en medio de los dolores mas atroces?

Yo fui sorprendido en Viena instantáneamente por el tifus por haber respirado en el momento en que mandé á un enfermo que me enseñase la lengua: pues bien, si accidentes de tal gravedad son provocados por átomos tan imperceptibles é imponderables, ¿por qué no creer en los efectos de las dósis homœopáticas? Es cierto que esta partícula tan pequeña, por átomo á que ella se haya reducido, conserva una virtud medicinal: á la experiencia toca ahora el determinar el poder y oportunidad de sus virtudes, y la susceptibilidad del organismo humano en el estado de enfermedad; pero confesémoslo francamente, experiencias aisladas no bastan para justificar la eficacia de las diluciones; estas experiencias deben ser repetidas en un gran número de individuos, y en circunstancias diversas para establecer pruebas satisfactorias, porque si, como yo mismo he observado, los remedios homœopáticos

producen en general el efecto que se espera, hay tambien muchos casos en los que ningun resultado he notado despues de emplearlos.

Antes de los ensayos homœopáticos ni se conocia, ni se ocupaba nadie mas que de la accion producida por las grandes dósis. Hahnemann es el primero que ha intentado el ensayo de las pequeñas, y aunque haya llegado frecuentemente á exágerar los resultados de sus tentativas, es necesario reconocer bajo el dedo de la experiencia, que las pequeñas dósis ofrecen efectos y resultados del mayor interés.

Los homœopatistas comparan el éfecto de las dósis infinidecimales al de las potencias imponderables, comò la luz, el calor, magnetismo, galvanismo, electricidad, pasiones de ánimo, &c.: esta potencia es incontestada é incontestable, y sin embargo es inapreciable por los sentidos é indefinible al raciocinio. Lo mismo sucede con los efectos homœopáticos: la mano no puede agarrarlos, ni la vista percibirlos, porque ya no pertenecen á la materia; se han hecho una esencia, y por esto los han llamado los homœopatistas virtudes *espirituales dinámicas.*

Por lo que á mí toca, no puedo estar de acuerdo con éllos en cuanto á la espiritualidad de sus medicamentos, porque lo que es materia deja siempre rastros materiales: una gota de tintura sometida á las últimas di-

luciones conserva siempre algun peso, aunque nos sea imposible determinarle, y no se puede decir que no pesa nada, que está enteramente desprovista de las formas groseras de la materia. Para pasar al estado sublime de potencia espiritual, la mas pequeña parte de un todo conserva siempre su cualidad primitiva: asi qué subsiste siempre una porcion material del medicamento que puede hacerse otra vez sensible por la forma, el color, sabor ú olor, si esta parte se somete á reactivos *convenientes*.

¿Cómo podremos determinar las causas de la mayor ó menor susceptibilidad de ciertos individuos para algunas sustancias, sino reconociendo que existe una afinidad particular y una relacion íntima entre los efectos de estas sustancias y la irritabilidad del organismo de estos sujetos? Conozco una señora que no puede entrar en un almacen de hierro sin sentir una extraña agitacion, y sin exponerse á padecer espasmos cuando se empeña en detenerse en él.

Otra señora de mis clientas se curó de un gran número de pequeñas incomodidades de que solia hallarse afligida, tales como jaquecas, palpitaciones de corazon, síncopes, convulsiones de los párpados, &c. tomando una cucharada de un gran vaso de agua azucarada al cual añadió una gota de tintura fuerte de nuez vómica; ó bien oliendo un vaso de agua, en que ponia una

sola gota de tintura etérea de valeriana.

Conozco un hombre á quien el olor del vinagre provoca una traspiracion abundante. Hay personas que están dotadas de la facultad de preveer con muchos dias de anticipacion la próxima formacion de una tempestad: otros que no vuelven de un deliquio profundo sino con el olor de una pluma quemada: hay quien se emborracha con sola la fermentacion del vino: existen histéricas que sienten espasmos por la aproximacion de un gato, aunque no le vean. ¿Cuál es la causa de la afinidad particular de nuestros órganos para tal ó cuál remedio? No la sabemos. La química dá muy bien la prueba positiva de los hechos; pero no puede explicar su causa.

Asi qué, con la ayuda de las operaciones químicas ya indicadas, hemos hallado la presencia real y material del medicamento en las últimas diluciones homœopáticas, y se explica muy bien, por la demostracion, la afinidad y facultad del ácido sulfúrico con la barita, la cal, &c.; pero la causa de esta afinidad nos es desconocida; lo mismo sucede respecto á la causa de la accion específica de un medicamento con tal ó cual órgano.

¿Por qué las numerosas cristalizaciones tienen todas una forma invariable, y sin embargo particular á cada una? ¿por qué la sal comun cristaliza siempre en forma cubi-

ea, el diamante en forma octaedra y el cristal de roca en columnas de seis caras? ¿por qué los cuerpos no se presentan mas que en el estado gaseoso, aéreo, sólido ó líquido? ¿porqué gozan de la facultad de pasar de un estado á otro? ¿porqué el agua es sólida bajo cero, y el espíritu de vino no? ¿por qué la seda y la resina no son conductores de la electricidad, y lo son los metales?

¿Por qué la plata y el plomo son precipitados por el ácido muriático en sus combinaciones solubles, y el hierro por el ácido gálico? ¿por qué los sedimentos de los primeros son blancos, y los otros negros, ó de color de carne? ¿por qué el azufre combinado con el mercurio forma un metal rojo, amarillo con el arsénico, y negro con el hierro? ¿por qué los primeros no atraen la humedad, y sí los segundos? Todas estas cuestiones no tienen solucion: la ciencia con sus combinaciones y la potencia de sus reactivos descubre ó revela los hechos que sin élla serian desconocidos; pero alli se detienen su fuerza y poder; la está prohibido el remontarse á las causas: esto es, porque es, porque tales ó cuales cuerpos están dotados de tales ó cuales virtudes; pues lo mismo sucede con la potencia homœopática: el genio de Hahnemann ha sabido descubrirla, como Galileo halló el movimiento de rotacion de la tierra, como Newton la ley de gravedad, como Watt el vapor, &c. Estos son grandes y

bellos títulos para el reconocimiento de la humanidad. Solamente esta ley física no es de una demostracion tan fácil y general como la de las combinaciones, porque el reactivo, es decir, el organismo humano es demasiado variable por su naturaleza para dar resultados constantemente uniformes.

Hay gentes que no se fijan mas que en la materia, y no creen en la virtud de los medicamentos sino cuando pueden dividirlos en onzas, drácmas y granos: niegan los efectos de las dósis homœopáticas: preguntadles la causa de su incredulidad, y responderán, que los farmacéuticos no pueden pesarlos. Mas de un médico atéo responde: "yo creeria en el alma cuando la hubiese disecado con mi escalpelo." El doctor M.... va, segun se dice, á darnos este curioso espectáculo: se propone recoger el aliento vital de los pajaros, de los perros, &c. y á manifestárnoslo nadando, como un gas, por cima del mercurio y el agua. Someted, pues, al escalpelo los rayos del sol que quema y tuesta la piel, el pesar que hace caer los cabellos y llena de arrugas la frente; y sin embargo ¿negaréis el sol? ¿negaréis el pesar?

No obstante la intensidad de sus trabajos, Halmemann no ha podido llegar aún, ni probablemente llegará jamás, á establecer de una manera clara é incontestable los efectos *positivos y constantes* de las dósis homœopáticas; y esto consiste en la absurda

pretension que tiene de derribar la ciencia de los siglos, para substituir á ella la Homœopatía como sistema exclusivo y universal. Este es el orígen de todas las contradicciones, exageraciones é inconsecuencias en que cae á cada paso: asi es que pretende que el *olor solo* de las dósis homœopáticas basta para producir un efecto curativo. He leido en su *Organon*, que una indigestion puede ser curada fácilmente al cabo de dos horas con solo oler una gota de la última dilucion de la pulsátila.

¿Y cómo atribuir, sin embargo, una potencia tal á los olores, cuando vemos todos los dias en las boticas, las fábricas y los ingenios personas expuestas á la influencia activa de los olores tan fuertes, como variados, sin sentir por eso ningun síntoma incómodo?

En cuanto á los que no pueden creer en la eficacia de los medicamentos subdivididos por las diluciones homœopáticas, y reducidos á partículas tan infinitamente pequeñas, yo los llamaria á la experiencia, y me limitaria á citarlos algunas de las numerosas curaciones que he obtenido por las dósis homœopáticas.

Si yo fuese un partidario exclusivo de la homœopatía quizá podria ponerse en duda mi testimonio; pero la franqueza con que combato sus errores debe darme algun crédito cuando proclamó los felices resultados

obtenidos en los casos frecuentes en que he empleado este método con un suceso casi sorprendente.

La señora P...., jóven de veinte años, á consecuencia de impresiones morales demasiado vivas, fue atacada al quinto dia de su parto de una fiebre puerperal tan grave, que pude en los quince dias que duró convencerme de que debia su restablecimiento solo á las atenciones y cuidados del arte. Esta señora recobró su salud muy lentamente; pero la quedaba *una falta de sueño* tan grande, que pasaba las noches enteras sin cerrar los ojos, ó apenas podia gustar algunos minutos de descanso: ensayé diversos medios y remedios sin ningun resultado satisfactorio. Desconsolado de mi poco suceso, la hice tomar por la tarde cuatro glóbulos de la 30.ma dilucion de *belladona*: esta señora durmió tres horas contínuas en la misma noche: al dia siguiente por la tarde la misma dósis, durmió cinco horas, y despues se restableció su salud completamente.

La señora F.... de R...., muger de mucha edad, en un estado enfermizo habitual, ciega de gota serena hace casi un año, estaba atormentada, cinco ó seis meses habia, de un fuego (esta era la expresion de que se servia) en las entrañas, que todos los dias hácia el anochecer se bajaba á las plantas de los pies, obligándola á estar andando casi toda la noche y la privaba de todo descanso.

:

La traté por espacio de muchos meses: ni la medicina racional, ni los remedios antipsóricos de Hahnemann (*Sepia*, *calcaria*, *silicea*, *sulphur*, *barita*, *phosphor*, &c.) produjeron ningun efecto, á lo menos que fuese duradero; *solamente* los remedios homœopáticos ordinarios (*belladona*, *nuez vómica*, *pulsátila*) calmáron los síntomas y la produjeron algunas horas de sueño todas las noches.

La señora And.... sintió, á consecuencia de impresiones morales, *anomalías* en sus reglas y padecimientos nerviosos de toda especie, sobre todo en el organismo gástrico y uterino. Todos los remedios, todos los métodos curativos de la medicina racional se usaron inútilmente ya para restablecer la regularidad de sus menstruos, ya para detener los progresos de un *flujo blanco*, y ya en fin para calmar los síntomas de las incomodidades que la enferma sentia tan pronto en una parte del cuerpo como en otra, pero cuyo asiento se habia establecido en las regiones cardiaca y abdominal. Ensayé los remedios homœopáticos, y no me sorprendí poco de ver seguirse á su uso, casi en el momento, un alivio de todos los síntomas (exceptuando el flujo blanco) tal, que al cabo de quince dias á tres semanas esta señora parecia encontrar tanta satisfaccion en hablar de sus males pasados, como disgusto y dolor manifestaba cuando tenia que hacer

relacion de ellos en el momento en que los padecia. El cambio efectuado en su estado de salud, que se ha mantenido hasta el dia, era el resultado de los efectos de los remedios homœopáticos de *nuez vómica*, *belladona*, *brionía*: actualmente la administro tambien medicamentos de la misma clase contra las flores blancas, las cuales están considerablemente disminuidas muchas semanas hace.

M. L.... padecia habia muchos dias una *ronquera* y *catarro* que se resistian al uso de los remedios ordinarios de baños de pies sinapismados, sinapismos al brazo, bebidas mucilaginosas, extracto de beleño, sal de amoniaco y azufre dorado de antimonio. Le prescribí que tomase mañana y tarde un polvo de diez glóbulos de la 30.ma dilucion de *brionía*: el catarro se curó prontamente; pero la ronquera parecia prolongarse, y le hice tomar dos veces una gota de la tintura de la 30.ma dilucion de la *exponja calcinada*, y al dia siguiente de la última dósis de este remedio habia desaparecido enteramente la ronquera.

La señora C.... de una constitucion fuerte, pero cuyo sistema nervioso abdominal se hallaba muy irritable á consecuencia de su método de vida, sintió, por efecto de tres glóbulos humedecidos de lá 30.ma dilucion de *nuez vómica*, una revolucion en todo su cuerpo tan grande y penosa, que con mu-

cho trabajo la pude decidir á tomar otra dósis menos fuerte de dicho medicamento; pero habiendo sentido efectos casi semejantes, me suplicó que no se la administrase mas en lo sucesivo; sin embargo, se decidió, por reflexiones mias, á continuar sometida al método homœopático, y tuve la satisfaccion todas las veces que la mandé tomar algunos glóbulos humedecidos de la 30.ma dilucion de *brionía*, *opio* ó *plomo* de aliviar á esta señora del síntoma de un *extreñimiento* rebelde á que estaba muy sujeta.

Otra señora, muy sensible é irritable, que padecia contínuamente un *extreñimiento* de los mas fuertes, no sintió ningun efecto despues de haber tomado tres tomas, dos de las cuales se componian de dos glóbulos humedecidos con la 30.ma dilucion de *nuez vómica*, y la tercera de otros tantos de igual dilucion de *brionía*; pero cuando al dia siguiente la hice tomar en el espacio de doce horas dos dósis compuestas cada una de seis glóbulos humedecidos con la 30.ma dilucion de *nuez vómica*, sintió una revolucion en todo su vientre, dolores cólicos, é hizo cuatro evacuaciones muy abundantes.

M... habia sentido, á consecuencia de un resfriamento repentino, *un violento dolor en el costado* izquierdo, al que no tardó en seguirse la fiebre inflamatoria. Llamado al dia siguiente del principio del mal, hice

tomar al enfermo una sola dósis de un grano de azucar de leche humedecido con la 30.ma dilucion del *acónito* y se alivió casi sobre la marcha.

Este mismo sugeto algunos meses despues sufrió *naúsas*, *cólicos*, *dolores de vientre y disposicion á la diarrea*: seis dósis cada una de veinte globulos humedecidos con la tintura fuerte de *ipecacuana* hicieron desaparecer todos los síntomas.

Fuí llamado para asistir á un niño de diez y ocho meses, enfermo hacia ya veinte y cuatro horas y que tosía mucho: su voz unas veces era ronca y otras silvante: los accesos de la tos, que cada vez se hacia mas fuerte é íntensa, me hicieron temer el cambio de la enfermedad en el *Croup.* Desde este momento prescribí al niño á cada hora alternativamente una vez un polvo de cuatro globulos de *espongia tosta*, y otra cuatro de *calcária sulfurata*. Todos los síntomas de esta enfermedad disminuyeron en la misma proporcion que el niño habia tomado las dósis, y al dia siguiente se hallaba casi curado.

La señora de V... me consultó para su hija, que se hallaba padeciendo á consecuencia de algunos dias de *retraso en sus reglas*. La aconsejé hiciese tomar á la joven por espacio de tres dias por mañana y tarde un polvo humedecido con una gota de la 30.ma dilucion de la *pulsátila*. Al dia si-

guiente de la primera toma me vino á decir que durante la noche habia vuelto á aparecer la evacuacion.

La señora P..., afligida de un *desvelo* muy grande, experimentaba dolores de cabeza y *vértigos* todas las veces que la hice tomar una *gota* de la dilucion al *billonésimo y hasta el octillonésimo de belladona. Algunos globulos* humedecidos con la 24.ma ó 30.ma dilucion de la misma la ocasionaron generalmente muchas horas de un perfecto descanso.

La señora Naud... padecia un *esputo de sangre* con mucha tos: la aconsejé la digital, la sal de nitro, los mucilaginosos y los narcóticos; á pesar de todos estos medios y de la observacion de un régimen y modo de vivir conveniente, la hemoptisis continuó: la mandé despues la 8.a y 15.a dilucion de *brionía;* y la hemoptisis se aumentó inmediatamente: entonces la ordené tomar cada tres ó cuatro horas diez globulos humedecidos de la 30.ma dilucion de *digital*, y desde este momento conoció un notable alivio.

Prescribí á una señora, atormentada seis dias habia de síntomas *histéricos* y cuyas reglas estaban desordenadas y retardadas siempre, que tomase alternativamente un polvo de algunos globulos humedecidos con la 30.ma dilucion de *belladona*, y otro humedecido de la misma de *pulsátila:* al dia

siguiente, despues de haber tomado la segunda dósis, se presentó la regla quince dias despues de la época de costumbre, prolongándose su duracion seis dias.

La señora H..., de veinte y ocho años de edad, pálida de rostro, tenia sus *flujos periódicos* tan fuertes; ya hacia bastante tiempo, que habian sido llamados por muchos médicos metrorrágias. Cuando me preguntó mi opinion, la aconsejé (por lo satísfecho que estaba de los felices resultados que habia obtenido de la Homœopatía en semejantes casos) que tomase, uno tras otro, ya un polvo de la 20.ma dilucion de *brionía*, ya otro de la 30.ma de *camomila*, y la hemorrágia cesó al momento. Los mismos medicamentos, unidos á una dósis de diez globulos de la 30.ma dilucion de *sabina*, tuvieron igual resultado, cuando cerca de tres meses despues fueron tan abundantes las reglas en esta señora, que no podia dejar un instante su cama sin hallarse mal. Un año despues fué nuevamente afligida por una pérdida de sangre que amenazó gravemente su vida: la absorcion de los médicamentos anteriores no produjo mas que un resultado imperfecto: me ví en la precision de cambiarlos; y como habia peligro en la dilacion, usé el muriate y carbonate de hierro, las inyecciones de un cocimiento de tormentila, encina y ratania: hice fricciones al vientre con linimentos volátiles: apliqué

á la vagína una esponja empapada en líquidos estípticos; pero todos estos remedios tuvieron menos resultado que los medios homœopáticos: esta circunstancia, reunida á que la enferma no tenia calentura, á que estaba muy pálida, flaca, débil é irritable y siempre extreñida, me decidieron á ensayar otros remedios homœopáticos. ¡Quién lo creyerá! una gota de la tintura fuerte de *azafran* detuvo casi la hemorrágia: continué este último remedio alternativamente con el de la *nuez vómica* (cinco globulos de la 30.ma dilucion) y de *belladona*, y la enferma, despues de cinco semanas de cama, la dejó en fin, y restableció enteramente su salud por la estancia en el campo y un régimen de alimentos fáciles de digerir, pero nutritivos.

Traté inútilmente durante dos ó tres meses, por las dósis ordinarias de hierro, aloes, y sabina á una señorita de diez y seis años, que padecia la *clorosis con supresion de menstruos:* cansado y fastidiado de no obtener ningun resultado, la prescribí los polvos homœopáticos de *pulsátila*; y las reglas, detenidas ya habia ocho meses, volvieron á presentarse al cabo de diez dias.

M. P.... fué atacado en marzo de 1830, á consecuencia de trabajos corporales, de frio, calor, tos, sed y un violento *dolor de costado* con ligero esputo de sangre, &c Le prescribí diez globulos de la 30.ma dilu-

cion de *acónito:* dos tomas, con el intervalo de dos horas, bastaron para permitir al enfermo tener libre la respiracion, y dejar la cama.

La señorita A..., joven de veinte y un años, de una constitucion fuerte, pletórica, y de temperamento sanguíneo, se expuso el 15 de abril de 1833 á un gran enfriamiento, siendo en la tarde del mismo dia acometida de sentimiento general de enfermedad y calofrios, que duraron muchas horas, seguidos de un calor ardiente, dolor de cabeza, alteracion y abatimiento de los miembros.—Al dia siguiente el calor continuó por todo él, al que se reunió una violenta opresion sobre el pecho, y tos seca muy incómoda, los cuales síntomas aumentaban de intensidad de hora en hora.—Se me buscó para asistirla: ví la enferma el 16 á las ocho de la noche, y la hallé en el estado siguiente: toda la cabeza dolorosa, rostro encendido, ardiente: ojos vivos; brillantes: labios quemantes, secos: lengua húmeda, un poco cargada y seca en la punta: nada de apetito, gusto deprabado: sed ardiente: pulsacion fuerte de las carótidas.—Respiracion dificil, corta, frecuente: aliento cálido: tos frecuente, dura, seca: expectoracion ligeramente sanguinolenta: la enferma no podia acostarse mas que sobre el lado izquierdo: la tos y la opresion se aumentaban tan luego como intentaba respirar mas

profundamente. La piel húmeda y ardiente: orina escasa, transparente, encarnada: pulso igual, muy frecuente, lleno y duro.

Prescripcion: temperatura fresca de la habitacion, agua fresca azucarada para bebida: *una gota* de la 12.ma dilucion de *acónito.*—A media noche, cuando se notó una diminucion de los síntomas, repeticion de la dilucion de acónito. Al dia siguiente hallé sensiblemente mejor á la enferma, y al tercero, cuando habia tomado tambien dos dósis del mismo remedio, hubiera podido salir de casa si la prudencia no se lo hubiese prohibido.

M. de C.... padecia despues de algunos años con mucha frecuencia *dolores de cabeza* verdaderamente insoportables: juzgando á estos dolores de naturaleza nerviosa, y sabiendo, por otra parte, que se habian empleado inútilmente muchos de los remedios ordinarios, le aconsejé que usase de los homœopáticos: empleé por espacio de quince dias la 30.ma dilucion de *nuez vómica*, con la que no se consiguió alivio alguno. Entonces le mandé tomar á intérvalos muy cortos, es decir cada veinte y cuatro horas, los polvos homœopáticos de *quina* alternativamente con los preparados de la *belladona*, y tres meses hace que M. de C... no ha vuelto á sentir recaida en sus dolores de cabeza.

En otros casos de *dolores idénticos* he

usado frecuentemente y con muchas ventajas de la *dulcamara*, *pulsátila*, *carbonate de cal*, *extramonium*, *rhus*, *etc.*

No ha mucho tiempo que la hermana de M. de C... sufria *violentos dolores de la dentadura*: dos dósis de quina y una de *pulsátila* los hicieron cesar al cabo de tres horas.

M. D.., á consecuencia de *excesos en las bebidas* y otros desarreglos, cayó en un estado *paralítico* casi general: dificultad de hablar, vértigo, astriccion de vientre casi absoluta, debilidad y casi imposibilidad de hacer nada con el lado derecho del cuerpo: tales eran sus síntomas cuando el enfermo vino á pedirme socorro: una gota de la *tintura* 3.ª dilucion de la *nuez vómica* que le hice tomar, disipó en veinte y cuatro horas todos los síntomas arriba mencionados: he visto al enfermo tres ó cuatro semanas despues en estado de perfecta salud.

M. N... sentia un *conato contínuo* y *doloroso de orinar*: tan pronto arrojaba cierta cantidad de agua, como no podia echar sino muy poca, y despues le llegó á ser imposible el expeler una sola gota á pesar de los dolores mas fuertes. Hice tomar á este enfermo por mañana y tarde quince globulos humedecidos con la 30.ma dilucion de *pulsátila*, y al cabo de tres dias se vio libre de su incomodidad.

M. de B.... fue atacado repentinamente

de un violento *espasmo del estómago* (cardialgia): una dósis de la 30.ma dilucion de *belladona* detuvo casi sobre la marcha este ataque.

Madama la condesa de C..., sujeta largo tiempo habia á la *cardialgia*, cuyos ataques se prolongaban muchas veces desde dos hasta cuatro horas, padece con mucha menos frecuencia los parosismos violentos desde que hace uso, ya el en momento del acceso, y ya en los intérvalos, de dósis homœopáticas de *nuez vómica* ó de *belladona;* y cuando se presentan accidentalmente, cesan algunos momentos despues que la enferma ha tomado una dósis homœopática.

M. G... á consecuencia de *excesos* de vino, ron, café y otros espirituosos acabó por padecer contínuos *dolores de entrañas:* estos habian empezado por ser periódicos: muchas veces vomitaba; su sueño era muy penoso y agitado; nada de apetito, mal gusto de boca, sobre todo por la mañana: le traté alopáticamente, durante muchos meses, sin ningun resultado; y cuando, asustado por los progresos de la enfermedad, participé mis inquietudes al enfermo, no pudiendo él mismo resistir los dolores que padecia, prometió abstenerse de todo licor y de todos los espirituosos, y someterse á la dieta mas rigurosa: yo entonces le prescribí las dósis homœopáticas alternativamente de *nuez vómica*, *brionía*, *acónito*, *camomila*, *vale-*

riana y *veratrum*, con lo que bastaron tres meses y medio para restituirle su primitiva salud.

M. de M.... padecia desde su infancia periódicamente *cólicos en la region umbilical:* por consejo mio tomó cada dos dias por la noche al tiempo de acostarse tres ó cuatro globulos humedecidos con la 30.ma dilucion de *coloquíntidas;* y desde este momento (hace mas de dos meses) no ha sido ya atacado de sus antiguos dolores.

Yo mismo fuí acometido, hace algunos meses, despues de comer, de un *reumatismo* en la pierna y rodilla izquierdas: no solamente no podia hacer ningun movimiento sin sentir dolores atroces, sino que ademas la calentura y un encorbamiento general me pusieron en un estado muy trabajoso: á las diez de la noche tomé treinta globulos humedecidos con la 30.ma dilucion de *quina*; á los dos de la misma tomé segunda dósis de este medicamento; una hora despues me dormí, con mal sueño á la verdad; pero á la mañana el dolor estaba ya calmado: tomé una dósis de *brionía* que produjo una evacuacion al cabo de una hora. En aquella misma tarde, es decir, á las veinte y cuatro horas del acometimiento de la enfermedad, hubiera podido andar á pie muchas leguas, si hubiese sido necesario.

En repetidos casos de *neurálgia* los remedios homœopáticos, y sobre todo la *nuez*

vómica mejoran muy sensiblemente el estado de los pacientes.

Un niño de ocho años, despues de haberse agitado retozando al aire libre, se resfrió y fué atacado á la noche siguiente de un mal de *garganta* y una inflamacion de parpados y ojos tan intensa que me inquietó mucho: viéndome obligado, por el carácter obstinado del niño, á no poder emplear para socorrerle sino dósis homœopáticas, le hice tomar en la misma noche cinco ó seis glóbulos humedecidos con la 30.ma dilucion de *mercurio soluble*, y al dia siguiente el mal de garganta habia desaparecido, pero los parpados estaban tan encendidos y contraidos, que me fué imposible verle los ojos. Juzgando esta obtalmia catarral y nerviosa, le receté dos dósis cada una de cuatro globulos de *pulsátila* de la 30.ma dilucion, para tomar la una por la mañana y la otra por la noche, y al dia siguiente se halló enteramente curado el enfermo.

La señora L.., á consecuencia de un purgante violento tomado en casa de un charlatan, notó algunos dias despues en la parte superior y posterior del hoyo del estómago una sensacion dolorosa, quemante y como cortante, que sufria habia mucho tiempo sin pedir socorro; pero cuando se unió á ella la diarrea, y duraba ya muchas semanas, me hizo llamar: el apetito habia cesado entera-

mente; tenia fiebre, y se enflaquecia mucho; se creia embarazada, pues sus reglas no se habian presentado dos meses habia, pero me ocultó la circunstancia de la purga del charlatan. Yo no podia descubrir la causa ni la verdadera naturaleza del mal: la prescribí el uso de los baños generales y pediluvios: la puse á régimen, y la hice tomar mañana y tarde una cuarta parte de grano de ruibarbo, con el fin de detener los progresos de la diarrea: al cabo de algunos dias desapareció este síntoma; pero continuaba la sensacion de dolor y ardor en el hueco del estómago: la hice poner quince sanguijuelas sobre dicha entraña, y cataplasmas emolientes y narcóticas: interiormente algunos granos de calomelanos con el extracto de beleño: estos remedios fueron seguidos de un alivio; pero que no se sostuvo mas que algunos dias: nueva aplicacion de sanguijuelas á los muslos, porque no habia indicio alguno de preñéz, y sobre el estómago, semicupios, pediluvios y continuacion de las cataplasmas sobre la parte afecta: ocho dias despues, mutacion del dolor sobre la region hepática, por debajo del pecho izquierdo, esputo de sangre pura, sin tos ni opresion: ningun apetito: todo lo que comia se detenia en el estómago, y los alimentos pasaban á él, segun élla decia, como por una parte herida, ó una llaga: principio de fiebre lenta, ningun sueño; no podia estar

acostada sobre ninguno de los dos lados: se hizo nueva aplicacion de sanguijuelas, un vejigatorio al brazo izquierdo, otro al vientre, píldoras de cicuta y de calomelanos: muy sensible alivio al otro dia; pero sin duracion como el primero. Al cabo de ocho dias volvieron á aparecer los antiguos síntomas: hubo el mismo alivio, y despues recaida á cada nueva aplicacion de vejigatorio, por cuya razon hice poner á la enferma un cauterio en el muslo, y la encargue que observase una dieta rigurosa. En la carrera de este largo y trabajoso tratamiento pensé frecuentemente en la Homœopatía; pero mis experiencias no eran entonces bastante sólidas y no llamaban mi atencion como en el dia. Desesperé durante mas de un mes de salvar esta joven é interesante madre de familia, y dije á su marido que se la habia probablemente formado un escirro en el duodeno, á consecuencia de una inflamacion crónica, sobrevenida por el efecto violento y doloroso de la droga purgante. Estando las cosas en este estado, y no hallándose la enferma ni mejor ni peor, la hable de mis curaciones homœopáticas y la prescribí el mismo dia seis dósis, de las cuales tres eran decillonésimos de *nuez vómica* y tres idem *de brionía*, de las que debia tomar alternativamente una cada dos dias. Con grande asombro supe que cada toma habia producido un alivio notable hasta el punto, que, cuando la hice repetir estas

mismas dósis, añadiéndolas tres decillonésimos de *opio*, la sensacion del estómago desapareció enteramente, y no la repitió sino rara vez y apenas sensible: curacion perfecta de la que fue resultado un embarazo feliz.

Régimen homœopático.

Una de las primeras condiciones de todo tratamiento y de toda curacion homœopática es la mas escrupulosa observacion de un severo régimen.

Hahnemann recomienda imperiosamente que se evite todo lo que pueda obrar de un modo medicinal, y hasta lo que pueda directa ó indirectamente alterar, desarreglar ó debilitar la accion de los medicamentos: se concibe fácilmente que esta condicion es necesaria para que los remedios administrados en cantidades infinitamente subdivididas puedan producir algun efecto.

Asíque es preciso abstenerse de los alimentos aromáticos, de los licores espirituosos, ácidos y calefacientes, como el café, té, &c. Todo alimento de dificil digestion debe repudiarse: entre las carnes cuyo uso está permitido es preciso no escoger las que provienen de un animal muy jóven, ni demasiado gordo: es necesario alejar de sí toda sustancia odorífera, y redoblar todas las pre-

cauciones higiénicas en cuanto al aseo: tambien es preciso mantener todas las facultades físicas en perfecto equilibrio por medio de un egercicio suave y moderado: renovar frecuentemente el aire de las habitaciones, para evitar la humedad, y abstenerse de toda agitacion violenta, evitando tambien cualquiera contienda de espíritu y de cuerpo.

Sé muy bien que Hahnemann puede exagerar y aun contradecirse algunas veces en la manera con que impone las precauciones higiénicas á sus enfermos; pero siempre es cierto que nadie disputa los felices efectos de un buen régimen, tanto en el estado de salud, como en el de enfermedad: esta es una de las verdades mejor establecidas que yo conozco, y que se desprecia las mas veces. En muchos casos la dieta y el régimen son cosas esenciales para la curacion. ¿Quién ignora que en la gota, las almorranas y el mal de piedra, &c. la prescripcion de un buen régimen no solamente previene los parosismos de dichas dolencias¡, sino que se hace uno dueño muchas veces de la misma enfermedad? Se puede asímismo asegurar atrevidamente que la Homœopatía ha conseguido victorias mas notables por el régimen que los médicos que buscan socorro solo en los remedios.

Con mucha frecuencia me he convencido por mí mismo de que la observacion de un régimen dietético muy severo es una de las

condiciones esenciales de cualquiera tratamiento y curacion, y de que basta la infraccion mas ligera para neutralizar los efectos de los mejores específicos. En cuanto á los remedios homœopáticos, sin adoptar todas las exageraciones de Hahnemann, he adquirido asímismo la prueba, desde que empleo en mi práctica con mas frecuencia que antes el método homœopático ó específico, de que el resultado de los medicamentos prescritos depende mucho y con frecuencia enteramente de influencias dietéticas, y que despreciando éstas, se suspende la mayor parte de tiempo toda esperanza de curacion.

Reconozcamos tambien en Hahnemann el nuevo mérito de ser el primero que ha señalado del modo mas preciso y explícito la importancia y peligro de las influencias extrañas sobre la accion de los medicamentos, y de haberlo justificado con sus experiencias. Esta verdad, que estaba enterrada á solo algunos pies de profundidad, y sobre la cual caminaba la ciencia hace algunos siglos, producirá sus frutos, porque una verdad lanzada en el mundo ya no se pierde.

Hemos hecho ya observar que la dieta homœopática no es la que temen la mayor parte de gentes, es decir, la privacion de toda sustancia, como lo creen muchas personas: es un modo de vivir mas cuidadoso, mas conforme á las disposiciones orgánicas, y particularmente la abstinencia de ciertos ali-

mentos dotados de propiedades medicinales que pueden ó favorecer las predisposiciones mortíferas de los enfermos, ó destruir y neutralizar los efectos de los medicamentos homœopáticos. Lejos de prescribir la privacion de toda sustancia, Hahnemann permite, por el contrario, una alimentacion bastante sustanciosa, particularmente en las enfermedades de consuncion, y para todos los individuos cuyas fuerzas están en estado de deterioro. En las enfermedades agudas ordena un alimento menos fuerte.

Tambien recomienda el consultar con gusto el instinto de las fantasías del enfermo, "porque (añade) la voz secreta de la naturaleza se revela siempre en estos apetitos involuntarios: no reclama sino lo que la conviene, y si se pueden hallar algunos inconvenientes particulares, esto está ampliamente compensado por la gran regla homœopática y con el provecho que saca de ello la organizacion general."

Aunque yo no tengo costumbre de hacer morir á mis enfermos de hambre, ni de contradecirlos con exigencias ridículas cuando sus deseos y fantasías nada tienen de peligrosas, sin embargo, á despecho de las prescripciones de Hahnemann, no he atendido ni atenderé jamás á un enfermo que en medio de los accesos de una fiebre inflamatoria pide (y esto sucede frecuentemente) vino y licores espirituosos para beber: tam-

poco condesceriderìa con un niño consentido que pidiese todas aquellas cosas que pudieran serle contrarias.

Hahnemann permite el vino á los enfermos que le desean; y sin embargo, segun su propia confesion, esta bebida es un agente que neutraliza los efectos de muchos remedios homœopáticos, de los que deben administrarse en la mayor parte de las enfermedades agudas. Generalmente tolera el uso de la sal comun que, segun él, es un remedio de los mas *violentos y heróicos*: es verdad que, por otro lado, reconoce que la sal no desarrolla su alta potencia medicamentosa sino cuando ha pasado por las preparaciones homœopáticas.

Es imposible negar la utilidad de las recomendaciones homœopáticas respecto á ciertos alimentos y bebidas, tales como las carnes de ganso, pato, cerdo, las empanadas, sobre todo de hígado, los pescados gordos, las setas, el queso, el café, la cerveza fuerte, el té, los licores espirituosos, las infusiones de yerbabuena, de torongil, manzanilla, &c. y un número bastante grande de hortalizas, como el puerro, peregil, la cebolla: los aromas, el vinagre, la mostaza, y en general todos los condimentos que tienen una accion específica incontestable sobre alguno de nuestros órganos. He conocido por experiencia la influencia medicinal de todas las sustancias que pueden obrar

muy sensiblemente sobre la constitucion mas robusta.

En las prescripciones dietéticas de los homœopatistas, como en lo demas de su doctrina, se encuentra de bueno y de malo: es preciso aprovechar lo primero y dejar lo segundo. Compadezco á un médico que hace abnegacion del estudio de toda su vida y de su propia experiencia, para seguir ciegamente la voz de un hombre, dotado, sin contradiccion, de una grande y viva inteligencia, pero á quien una pasión desordenada y una exaltacion inconsiderada conducen al camino de la exageracion y algunas veces del absurdo.

DEFECTOS,

errores, inconsecuencias y contradicciones del sistema de Hahnemann.

DE LA SINTOMATOLOGIA HOMŒOPÁTICA.

Hahnemann ha hecho sin duda grandes é importantes descubrimientos; pero es injusto que se levante con tanta violencia contra la alopatía, porque á ella es á quien se los debe en gran parte: el conjunto de la medicina racional presenta una série de experiencias mucho mas ricas y curiosas que las de la Homœopatía y todos cuantos descubrimientos podrá hacer en mucho tiempo aunque se hable todavía de esta nueva medicina como *sistema*, lo que dudo mucho.

La gloria y el mérito que pertenecen con toda propiedad al autor de la Homœopatía son las experiencias sobre los efectos de los medicamentos que ha hecho en el hombre sano; pero es preciso no olvidar que sin lás experiencias anteriores sobre la eficacia de los mismos en tal ó cual dolencia, ni Hahnemann ni sus discípulos habrian conocido

jamás las relaciones homœopáticas y la semejanza de los síntomas provocados en estas enfermedades por esos medicamentos: así que éllos se aprovechan extensamente de los resultados de la medicina que está en práctica hasta el dia, como es fácil convencerse de ello recorriendo sus obras.

Es necesario considerar además, que la accion de los medicamentos no se desarrolla siempre con tanta precision y energía en el estado de salud como en el de enfermedad, porque encuentran en los órganos sanos una impasibilidad ó resistencia, caracterizada de muy distinto modo que en los mismos en estado de sufrimiento ó alteracion. Nadie ignora, por egemplo, que el efecto mas característico de la quina resulta no de su uso en el hombre sano, sino del que se hace de ella en las fiebres intermitentes y otras enfermedades periódicas. No son seguramente las experiencias de la Homœopatía en el hombre sano las que han hecho descubrir la eficacia, por egemplo, del óxido y sulfato de zinc y del nitrato de plata en la epilepsía y otras enfermedades nerviosas convulsivas: porque estos medicamentos no provocan ningun síntoma semejante en un hombre que goza salud; mas bien han sido la manifestacion de los síntomas en los enfermos. Lo mismo sucede respecto de muchos otros medicamentos, que estarian desconocidos, si las observaciones á la cabecera de los

enfermos no hubiesen enseñado sus efectos mas característicos.

La grande dificultad del método homœopático es la de probar de una manera muy precisa los verdaderos síntomas de los medicamentos administrados al hombre sano, y de reconocerlos en medio de la inmensa variedad de otros, determinada por el mismo medicamento: así es que Hahnemann ha justificado 1143 síntomas á la quina: 1153 á la pulsátila: 1440 á la belladona, &c. En esto se halla una inmensa laguna, en la que la Homœopatía ha clavado ya algunas estacas; pero que está muy lejos de haber cegado: he aquí la obra á que deberia consagrarse, porque la produciria verdades y servicios útiles. Haria mucho mejor en reconocer á fondo los caminos ya abiertos, que en esforzarse en rozar otros nuevos ó en derribar una obra indestructible. Ignoro los progresos que puedan hacer los homœopatistas en la clasificacion de sus descubrimientos; pero hasta ahora su sintomatografia es un laberinto del que jamás saldrán los hombres que no están dotados de un talento maravillosamente observador y de un golpe de vista experimentado.

¡Qué multiplicidad, por egemplo, en los síntomas de los efectos de los medicamentos homœopáticos! ¡qué dificultad ofrecen la distincion de estos síntomas! cada uno está dividido y subdividido al infinito, y cada sub-

division exige, sin embargo, un remedio particular. ¿Cómo podrán expresar al médico la especie de dolor y el grado á que le sienten un niño, un idiota ú hombre vulgar, que apenas pueden manifestar sus primeras necesidades, y que no son sensibles mas que á los vivos padecimientos sin poder muchas veces distinguir su sitio y naturaleza? ¿Llegarán á decirle si su dolor es simple, complexo, obtuso, compresivo, tirante, roedor, escarbante, torcedor, &c. &c? ¿Cómo escogerán la expresion que puede determinar con precision á qué division de remedios homœopáticos debe recurrir el médico para obtener la curacion? Y si éste quiere entonces proceder por preguntas sucesivas ¿no demuestra la experiencia que no conseguirá mas que respuestas evasivas, casuales ó contradictorias? La eficacia del remedio depende únicamente de la exactitud en la observacion y apreciacion de cada síntoma, de lo que se deduce que en la mayor parte de casos los remedios quedarán sin efecto, aun admitiendo la potencia de los homœopáticos.

He visto tambien muchas veces á los homœopatistas cometer errores extraños, atribuyendo á la administracion de las dósis homœopáticas efectos cuya causa hubiera descubierto prontamente un talento menos preocupado, ya en los cambios atmosféricos como en otra causa igualmente poderosa: esto es tanto mas importante de notar, como que

las mismas observaciones pueden hacerse con respecto á los ensayos sobre el hombre sano, y dar por consiguiente á sus resultados un valor muy relativo.

Conozco algunos médicos que (generalmente por llamar la atencion) pretenden deber á la Homœopatía ciertas ventajas, que examinándolas de cerca, se conoce muy luego que han sido obtenidas por remedios alopáticos. He visto, por otra parte, personas que pretendian haber sido curadas por la Homœopatía, cuando yo tenia certeza de que les habian administrado otros remedios, y razones poderosas para atribuirles una parte casi entera de la curacion.

Los medicamentos administrados á dósis alopáticas no siempre desarrollan los síntomas que los homœopatistas indican en la nomenclatura de sus efectos: así es que el sublimado deberia siempre provocar evacuaciones sanguíneas dolorosas semejantes á las que se manifiestan en la disentería: el muriate de oro aplicado localmente, por egemplo, en las úlceras sifilíticas, deberia igualmente producir síntomas de tristeza y señales de melancolía: tratando las escrófulas con la esponja calcinada deberia sentir el enfermo una ronquera violenta acompañada de algunos síntomas de croup: la ictericia, segun Hahnemann, uno de los síntomas mas evidentes de la digital, deberia manifestarse despues de su uso.

Confieso que no he observado estos síntomas sino muy rara vez. He empleado generalmente el azufre para curar las hemorróides, y no me ha sucedido mas que cuatro ó cinco veces el notar señales de erupcion cutánea. Tuve que curar á un inglés unas úlceras superficiales de la nariz y el paladar: le mandé el muriate de oro, se curó perfectamente, y me confesó, que, lejos de haber sentido durante el tratamiento disposiciones á la tristeza, no se habia jamás hallado con un humor mas jovial y alegre.

La quina ciertamente ó la quinina provocan en general frios febriles en los niños y personas nerviosas; sin embargo me ha sucedido frecuentemente administrarla en las debilidades grandes y en la mayor parte de las enfermedades crónicas que tienen algo de periódico en su carrera, y no he visto que haya determinado accesos de fiebres intermitentes. Hay en general medicamentos y otras sustancias en la naturaleza que, administradas al hombre sano, no provocan ningun síntoma chocante, y que ofrecen sin embargo grandes recursos curativos bien empleados en el hombre enfermo. Yo obtengo frecuentemente resultados satisfactorios empleando el agua fresca de fuente en dósis repetidas, y siempre aumentadas, contra las debilidades de estómago y las congestiones abdominales, &c.; y calmo los esputos de sangre muy violentos haciendo tomar de cuar-

to en cuarto de hora una cucharada (de las que sirven para café) de sal comun pulverizada.

Hahnemann no toma alguna inquietud para llenar estas numerosas lagunas en la nomenclatura de los síntomas provocados por los medicamentos en el hombre sano y en el enfermo: sucede lo mismo en esto que en otras muchas cosas que la Homœopatía deja sin explicar; y tiene sin embargo la pretension de levantar un sistema inalterable é indestructible, mientras desprecia el hacer una distincion bastante severa entre los efectos primarios y secundarios de los medicamentos: y no es una de las menores dificultades el saber discernirlos con seguridad, porque muchas veces sucede qne la diferencia es poco sensible, y la naturaleza no ofrece ningun medio de llegar á este discernimiento; pero cuando todo un sistema está fundado en la manifestacion de los síntomas, es á lo menos necesario el dar caminos indicativos para no cometer errores.

Que se apliquen los discípulos de Hahnemann á apurar su nomenclatura de síntomas, á completar sus experiencias sobre los efectos de cada medicamento, á observar y comprobar la exactitud de todas éllas, á distinguir los efectos particulares de los medicamentos despojados de toda influencia, y los del remedio modificados por las atmosféricas ú otras: que desechen todo lo que es

falso y problemático: en una palabra, que completen la coleccion de los remedios *específicos*, y su tarea habrá sido bella; pero esto no será obra de un hombre ni de un siglo, y nosotros no somos quizá llamados á recoger los excelentes efectos del descubrimiento inmenso de Hahnemann: el error es para nosotros; pero nuestros descendientes se aprovecharán de la verdad.

Pretende Hahnemann "que el conjunto de los síntomas aparentes y perceptibles á los sentidos en cada caso particular de enfermedad es la única guia y la sola indicacion del tratamiento que se debe adoptar; y esta es la razon, dice, por qué es un absurdo el dar nombres á las enfermedades, y el aplicar un método general de tratamiento para una clase general de afecciones morbíficas. Porque, continúa, á excepcion de un número muy pequeño de males, dimanados de un principio absoluto como la peste, la viruela, y la fiebre escarlatina, que presentan *siempre* y en todos los individuos las *mismas* masas de accidentes en su orígen, desarrollo y consecuencias, y que por consiguiente pueden admitir denominaciones y un modo uniforme de curacion, todas las enfermedades son individuales, &c."

Este axioma homœopático, sometido á la regla de la experiencia de los hechos, no sostendrá tampoco el examen como los demas. No hay médico que ignore que cada

enfermedad es un caso particular, y que si éstas presentan algunos signos homogéneos que pueden hacerlas considerar como si tuviesen alguna relacion entre sí, no son por esto mas semejantes que los granos de arena de las orillas del mar, y que si existen algunas especies de la misma enfermedad, cada una de estas particularidades debe tratarse de un modo privativo, en conformidad con los síntomas que desarrolla; pero es preciso no reconocer menos lo indispensable de darlas nombres, y colocarlas en formas, clases, &c. para distinguir y designar sus grupos de síntomas característicos, &c.

Por lo demas, es falso decir que un médico verdaderamente digno de este nombre seguirá ciegamente la doctrina y las prescripciones de la escuela en cada caso de enfermedad que se le presente: él tendrá siempre á la vista la constitucion particular del sugeto, las circunstancias accesorias, su régimen ordinario, ocupaciones, hábitos y enfermedades anteriores, &c. Solo un mal médico podrá tratar una enfermedad segun su nombre.

Yo sostengo además, que en un número grande de casos seria imprudente y peligroso el atenerse á los *síntomas aparentes* que presenta una afeccion morbífica, y voy á dar la prueba de ello: sois llamados para un enfermo afectado de una tos contínua; si no atendeis mas que á los síntomas aparentes, sin informaros de los antecedentes del enfer-

mo, que ha podido ser antes atormentado, por egemplo, de un esputo de sangre, es claro que podriais aplicar un remedio del todo contrario: sucederá lo mismo en una astriccion rebelde de vientre á consecuencia de una larga diarrea; si no atendeis mas que á los síntomas aparentes os arriesgais á reproducir la diarrea, y á añadirla los caractéres de la disentería.

Diariamente una enfermedad degenera y toma un carácter extraño que no deja huella alguna de la primitiva afeccion; y es muy comun sin embargo y de una condicion absoluta para la curacion el conocer exactamente los accidentes y circunstancias anteriores.

Fuí un dia llamado para un hombre de cuarenta años que tenia una tos seca y rebelde, fiebre lenta, opresion excesiva y contínua, expectoracion abundante y purulenta, en fin, todos los síntomas de una tísis desarrollada: á pesar de mis preguntas repetidas, todo lo que pude averiguar fué que el enfermo estaba sujeto mucho tiempo hacia á un esputo de sangre, sin poderle hacer confesar ninguna otra enfermedad anterior: Hahneman ó cualquiera otro homœopatista arreglándose, como yo lo hice, á la semejanza de los síntomas, hubiera prescrito, y yo ordené, todos los medicamentos indicados contra la tisis pulmonal: no conseguia ningun resultado, y desesperaba de mi enfermo, cuando

supe, por una circunstancia fortuita, que habia padecido una afeccion herpética, para la que se habia hecho tratar por un charlatan: entonces empleé por algunos dias un tratamiento antiherpético y desparecieron muy luego todos los síntomas de la tísis, y su curacion fué perfecta.

Fuí llamado para asistir á una señora jóven, afligida por una constriccion del ano extremadamente dolorosa: todos los síntomas parecian anunciar que la causa de este mal provenia de las hemorroides, y yo dirigí en consecuencia mi curacion contra esta causa primitiva: ningun síntoma desaparecia, y la enferma vino á confesarme lo que me habia ocultado desde luego, y con algunas dósis de sublimado se restableció completamente en pocos dias. ¡Fiaos ahora en los síntomas aparentes!

Pues que los síntomas perceptibles ó aparentes no son guias seguros, ni la verdadera indicacion del método curativo que se debe adoptar, es indispensable consultar las circunstancias de las enfermedades anteriores, el carácter general y estacionario de ellas, así como la constitucion epidémica, &c. Hahnemann no puede dispensarse de esto, como ni la medicina racional.

La mayor parte de los homœopatistas (como en general éllos recurren de cuando en cuando á los principios de la medicina racional) se han visto en la precision de aban-

donar en la práctica este axioma de Hahnemann, de que él mismo ha renegado completamente cuando ha descubierto y publicado la teoría del *psora*, que se funda en una afeccion oculta que puede preexistir por años enteros en un individuo, y que no se manifiesta sino con el auxilio y ocasion de causas exteriores, tales como las influencias atmosféricas.

INEFICACIA

de las dósis homœopáticas.

La práctica de la Homœopatía me ha demostrado que igual dósis de un mismo medicamento administrado en circunstancias casi idénticas, estaba lejos de producir siempre resultados semejantes: asíque tan frecuentemente conseguia una curacion pronta y radical, como no llegaba ni aun á provocar el síntoma mas ligero, ni el menor cambio en el estado de mi enfermo. Estaba bien cierto de no poder acusar la eficacia individual del medicamento, pues que habia producido buenos resultados en otras personas con accidentes enteramente semejantes. Me estaba demostrado de un modo evidente que la organizacion particular de los individuos

era la que reusaba la accion homœopática: se apurarian en tales sugetos todos los recursos de la farmacopea de Hahnemann sin llegar jamás á un feliz resultado; pues estos mismos individuos sometidos á un tratamiento *alopático* entraban en seguida en camino de perfecta curacion; de donde es necesario sacar la consecuencia precisa de que la Homœopatía no puede ser un *método universal aplicable á todos los casos* como á todos los individuos.

Esta es una verdad que los mismos discípulos de Hahnemann no pueden negar. Véanse los *Archivos de la medicina homœopática*, volum. 8.º, cuaderno 2.º, pág. 36. Allí se lee lo que sigue:

"No es raro que en las enfermedades agudas los remedios mas específicos y mas felizmente elegidos se encuentren sin efectos y virtudes: comunmente no producen mas que algunos síntomas de mejoría casi insensibles: á veces no obran de ningun modo sobre el mal: de manera, que cuando el médico está seguro de haber escogido el medicamento conveniente y no puede dudar de su preparacion escrupulosamente homœopática, se halla embarazado en una duda é incertidumbre que pueden ser fatales para él y para el enfermo. Que no se acobarde, que no deje de tener confianza en el poder admirable de la Homœopatía. No es ella quien le ha faltado, sino mas bien el enfermo por indigencia

de fuerza vital ó por un repartimiento desigual de élla, que se halla acumulada sobre ciertos órganos á expensas de otros que están empobrecidos por el momento. Este es el caso, antes de emplear las dósis homœopáticas, de llamar en su auxilio al magnetismo, cuyo suceso es siempre cierto.

»Puede suceder tambien que la virtud homœopática de vuestro medicamento haya sido combatida por el vicio *latente del psora*: entonces el primer cuidado debe ser administrar una dósis de azufre al billonésimo, sin atender á la semejanza de los síntomas; y cuando esta dósis haya tenido tiempo para producir su accion, haced tomar á vuestro enfermo el mismo medicamento que habíais hallado inerte en la primera prueba, y estad seguros que entonces producirá su efecto y traerá la curacion.” Este enigma habia quedado inexplicable mucho tiempo á los discípulos de la doctrina, hasta el grande descubrimiento hecho por su maestro del vicio *psórico*. Ahora todo está explicado con claridad, y el autor del artículo arriba citado, añade “ la experiencia me ha demostrado que lo que digo aquí acerca de las enfermedades agudas, puede aplicarse á las crónicas.”

Muchos otros homœopatistas se lamentan con la misma frecuencia de la insuficiencia de la reaccion orgánica. Dejemos todavía hablar al maestro (*Archivos homœopáticos*, vo-

lúmen IX, cuaderno III, página 75.):

"En las enfermedades locales y crónicas que son consecuencia de la consuncion psórica, y establecidas sobre partes del cuerpo que ofrecen una complicacion grande de nervios en una superficie poco extensa, por ejemplo, una oftalmia crónica, una sordera inveterada, un herpe corrosivo de la cara, la energía vital es casi nula, y el tratamiento psórico mejor apropiado tendrá una eficacia muy problemática. ¿Pues cómo producir la curacion de órganos atacados de una afeccion crónica, cuando estos mismos órganos son pobres por sí mismos de energía vital? Los medios homœopáticos no tienen entonces efecto alguno, no pueden curar sino por la reaccion del organismo contra la influencia de los remedios homœopáticos, y cuando esta reaccion no se puede verificar, la curacion es imposible."

Habemus confitentem: tenemos la confesion de impotencia: pero se dirá, esta falta no consiste en las diluciones homœopáticas; es en el enfermo, es en la *insensibilidad* de su organizacion, que no puede corresponder al llamamiento homœopático.

Bajo este supuesto, las teorías mas absurdas serian siempre absueltas: todas pretenden con tanta razon, como la Homœopatía, que no son defectuosas, que lo es el enfermo que no puede ó no quiere conformarse con su sistema; que está falto de energía

vital, &c. Todos los absurdos médicos podrian defenderse con tales razones, porque cuando la enfermedad existe, hay necesariamente aumento, disminucion ó alteracion de la fuerza vital.

El magnetismo, las dósis ordinarias de azufre, de ópio, una repeticion pronta y progresiva del medicamento conveniente, la aplicacion de un emplasto, todos estos medios alopáticos están recomendados por los homœopatistas como excelentes para dispertar y excitar la facultad reactiva, que puede dormir algunas veces; pero que jamás abandona al hombre en tanto que le quede un soplo de vida.

Encuentran los homœopatistas mucho mas cómodo el echar la culpa al tratamiento alopático á que ha podido estar sometido el enfermo antes que éllos fuesen llamados, con particularidad en aquel cuya susceptibilidad homœopática se halla tan apagada por las dósis ordinarias. La alopatía, dicen, no nos entrega mas que sugetos enervados, desprovistos de toda energía vital; vé aqui el orígen de todas las dificultades que encuentra la Homœopatía.

En verdad que el pretesto es precioso, y un medio admirable de cubrir todos los yerros é insuficiencia de la Homœopatía. Entonces para conseguir sugetos nuevos, os aconsejaria que os encargáreis de los niños de pecho. Convenid en que dais en esto una

pobre idea de vuestro sistema. ¿Y qué garantía presentaréis de no ser tan impotentes é insuficientes para curar los estragos del mal como los alopatistas? y despues olvidais que vuestras diluciones, lejos de disminuir la virtud del remedio, no hacen sino llevarle á una potencia mas alta. Segun vosotros las dósis ordinarias de la alopatía son mucho menos susceptibles de alterar la sensibilidad orgánica que las diluciones al quintillonésimo y decillonésimo. Por otra parte ¿cuál es el fin del arte médico? el aliviar y curar, si puede, los accidentes, las enfermedades, las lesiones cualquiera que sea su gravedad; en una palabra, el estrechar lo mas posible el círculo de casos desesperados é incurables. Un médico alopatista ¿reusará sus socorros cuando sea llamado para un envenenamiento por una sustancia mortífera cualquiera? menos que nunca, seguramente: emprenderá su obra con la confianza de salvar al desgraciado, y á pesar de los tristes estragos del veneno, tendrá muchas veces el consuelo de sacarle de las puertas del sepulcro, y volverle á una familia desconsolada. Por otra parte, ¿no es singular que Hahnemann pretenda que las enfermedades que él llama de *consuncion* y languidez, causadas por los remedios alopáticos, sean incurables, mientras que las que el llama miasmáticas puedan remediarse?

Recuérdese que yo no niego la potencia

homœopática, porque existe ciertamente, y se me ha revelado y demostrado: lo que yo niego sí es que tenga siempre una misma accion en todos los individuos y todos los casos. Asi todas las veces que eligiéreis un medicamento cuya accion esté en relacion directa con la susceptibilidad orgánica de una persona enferma que querais tratar, obraréis directamente sobre la lesion ó el mal, y obtendreis la curacion. Pero tambien es cierto que si la persona que tratais no era apta en estado de salud para recibir alguna impresion del medicamento que le vais á administrar, no la recibirá tampoco hallándose enferma.

¿Cómo llega á reconocer Hahneman y justificar los síntomas de los efectos de un medicamento? ¿No ès por experiencias repetidas y multiplicadas en un número grande de individuos de diversos temperamentos, edades y constituciones, y en circunstancias diferentes? Pues bien, si se ve obligado á hacer tantas pruebas para llegar al conocimiento de todos los síntomas de un medicamento, necesariamente debe existir entre éllos una porcion de síntomas particulares, que dependen de causas ocasionales ó particulares muy diversas. No se podrá, pues, hacer un uso general de este medicamento, y se verá uno obligado á modificarle para los individuos en quienes no existen estas particularidades; pero esta es una cuestion á la

cual no es fácil responder antes de haber hecho el ensayo curativo del medicamento.

Existen muchos remedios que producen síntomas casi semejantes en *todos* los individuos: el acibar y los calomelanos no dejan jamás de provocar un flujo de vientre de una naturaleza particular: la ipecacuana es siempre seguida de violentas ganas de vomitar, &c. hé ahí síntomas ciertamente bien justificados: pero hay otros en los que no se notan las mismas propiedades: el mercurio, por ejemplo, tomado en fuertes dósis generalmente produce una relajacion extrema de las glándulas amígdalas, y provoca la salivacion; se hallan sin embargo individuos á quienes las dósis mas altas de mercurio no alteran de manera alguna. Y qué ¿estais seguros que en estos individuos las atenuaciones homœopáticas del mercurio serian igualmente insuficientes contra las afecciones sifilíticas ú otras que se tratasen con este medicamento segun la semejanza de síntomas?

Este ejemplo no está sin embargo en apoyo de la gran regla homœopática *similia...*; siempre será una dificultad grande para la Homœopatía el *determinar* (á mas de la semejanza entre la enfermedad y el medicamento) *los casos* que, segun la experiencia, hacen excepcion á esa regla, la cual no puede ser, y lo sostengo, de una aplicacion general, porque es cierto que se encuentran frecuentemente sugetos desprovistos de la sus-

ceptibilidad homœopática: y aun cuando no hallárais mas que uno entre ciento en quien los medicamentos desarrollan síntomas diferentes de los que habeis obtenido, os hallareis en la obligacion de modificar vuestro tratamiento, y no podreis ya engreiros con la *unidad y universalidad* de vuestro sistema.

Ademas ¿no valdria tanto deducir las consecuencias homœopáticas de ciertos efectos extraordinarios que se presentan en algunos casos muy raros de idiosincrasias? por ejemplo, yo hé visto á las fresas excitar una erupcion cutánea: conozco personas que en comiendo un solo cangrejo se cubren de un exantema escarlatinoso: hay otras en quienes la picadura de una abeja produce enormes ampollas en todo el cuerpo, y excita una fiebre muy fuerte: tengo por clienta á una señora, á quien no he podido preservar de una diarrea, que amenazaba pasar á disentería, sino mandándola comer diariamente fresas durante todo el año: las comia cuatro veces al dia, y cuando la faltaban, volvia á aparecer la diarrea: veo diariamente un hombre en la flor de su edad y de una constitucion bastante robusta, á quien esta misma fruta provoca todos los síntomas casi de un envenenamiento: algunos granos de ella bastan para ocasionarle espasmos, su estómago y entrañas sufren estiramiento, hasta que las fresas son arrojadas por efec-

to de contracciones y esfuerzos violentos.

Una señora jóven y fuerte, que goza habitualmente una perfecta salud, se hizo por mandato mio untar el vientre con media dracma de unguento mercurial, con el fin de resolver infartos con hinchazon que tenia hacia largo tiempo en la matriz: algunas horas despues todo su cuerpo se cubrió de una erupcion pustulósa encarnada: al cabo de quince dias obligué á esta señora á repétir la misma friccion, y se reprodugeron iguales efectos: de su propio motivo se untó tercera vez, porque estaba satisfecha de los resultados curativos y del alivio que habia tenido; pero á esta se siguió una erupcion cutánea, acompañada de síntomas tan desagradables y trabajosos, que ni élla ni yo tuvimos ganas de repetir la operacion.

Hay otros medicamentos y alimentos que presentan ó encuentran con bastante frecuencia idiosincrasias semejantes: tales son la manteca, el queso, la valeriana, el alcanfor, el almizcle, castor, &c.

CONTRADICCIONES

de los homœopatistas sobre las dósis para los experimentos.

La eficacia de las dósis homœopáticas se pone muchas veces en duda, sobre todo por aquellos talentos positivos que quieren ver y tocar antes de creer.

La Homœopatía ha hecho mucho ruido con la experiencia en el hombre sano; pero desgraciadamente para la prosperidad y solidez futuras de nuestro sistema en esto, como en otras cosas, no están acordes el maestro y los discípulos; bien que el maestro no lo está tampoco consigo mismo; y esto hasta un punto que yo, que he seguido esta nueva doctrina *ab obo*, y la he observado en todos sus descubrimientos, que tengo la firme conviccion de verla concluir como sistema, lo mismo que el de Brown, Rasori y otros reformadores, por poca vida que Dios me conceda; yo que he leido todos los libros de Hahnemann y todas las obras homœopáticas, no sé á punto fijo cuál es el fondo del pensamiento de los homœopatistas sobre la gran cuestion *¿de qué modo deben hacerse los ensayos de los medicamentos en el hombre sano?* Es cierto que si Hahnemann pu-

diera responder á los incrédulos y contradictores victoriosamente, como Descartes lo hizo marchando delante de los que negaban el movimiento, la suerte de la Homœopatía estaría muy pronto fijada.

Encuentro cada dia excépticos presumidos, con aire de truhanes, que, dotados de un excelente estómago y una constitucion la mas satisfactoria, llegan á decirme: "aqui me tiene V., adminístreme una potencia homœopática, uno ó muchos glóbulos humedecidos con sus diluciones billonésimas de acónito, belladona, quina, ó manzanilla, y si advierto despues los síntomas morbíficos de sensaciones generales y dolorosas, melancolía, movimientos febriles ó erupciones cutáneas, me tiene convencido: esto será en efecto superior á mi inteligencia, como una infinidad de otras cosas que se ocultan á nuestra explicacion; pero si lo siento creeré en ello como en la influencia del sol, como en la direccion de la aguja de marear hácia el polo, y como en la velocidad del aire, &c."

Hahnemann y sus discípulos os responden: "¡extraño error! nosotros jamás hemos procedido en el hombre sano con dósis infinidecimales." El *Organon* se expresa en estos términos: "el individuo en estado de salud satisfactoria y conveniente para la experiencia, que quiere someterse al ensayo y exploracion de un medicamento, debe to-

mar por la mañana en ayunas una dósis tal cual la prescribe la práctica ordinaria en sus recetas: el medicamento debe estar, en cuanto sea posible, en disolucion mezclado á diez partes de agua á una temperatura moderada: la dósis puede ser doblada y aun cuadruplicada si las circunstancias lo exigen."

El *Organon* prescribe para provocar los síntomas de una fiebre, que dure muchos dias, por medio de la quina, mezclar una onza de tintura de la buena *á cinco de espíritu de vino*, dilatarlo todo en algunos litros de agua, y beber esta mezcla con resignacion durante algunos dias. Se logrará contraer una fiebre de caballo, no hay género de duda, y en esto será proporcionada á la dósis del medicamento.

Esto justifica muy bien la eficacia del tratamiento de semejantes por semejantes, lo que no se ha puesto jamás en duda, y que ha estado en práctica, en ciertos casos, por la medicina de todos los paises y de todos los siglos. Hasta aquí estamos acordes con Hahnemann; pero ¿qué se saca de esto para explicar la eficacia de las atenuaciones homœopáticas, para probar de una manera demostrativa que la decillonésima parte de gota de una sustancia cualquiera tiene el poder de provocar síntomas tan perceptibles y tan graves en una enfermedad como los que puede excitar en el hombre sano una enorme cantidad de la misma sustancia?

La analogía de estos dos hechos está enteramente sin demostrar. Hahnemann y sus partidarios se quejan sin razon de haber sido mal comprendidos, estudiados con ligereza, y atacados de mala fé.

Encuentro en los *Archivos homœopáticos*, núm. III, cuaderno 1.° "la crítica se ha imaginado que los ensayos se hacian en el hombre sano con las diluciones, y no es de admirar que entendiendo así la Homœopatía, se la tome por una cosa fantástica, sin fundamento ni solidez, y que se crea dar con ella al traste en refutando sus doctrinas."

He leido en una obra de otro homœopatista muy distinguido: "los ensayos en el hombre sano deben hacerse con dósis no *homœopáticas, sino alopáticas;* y es cosa lastimosa el refutar y ridiculizar una ciencia sin tomarse el trabajo de estudiarla, y sin conocer los principios fundamentales del sistema."

Nosotros no somos tan ligeros ni inconsecuentes, como lo pretendeis: hemos estudiado vuestras doctrinas con tanta conciencia como lo habeis podido hacer vosotros; solamente hemos presentado un talento menos preocupado, y no hemos abjurado del uso de nuestra inteligencia. ¿Estoy obligado yo á creer lo que no he inventado, y que vuestro mismo maestro ha escrito? Abrase la *Materia médica* (segunda edicion de 1817, volum. VI, pág. 12.) y allí se encontrará textualmente: "Estos síntomas par-

ticulares estaban determinados en el hombre sano por el uso de algunos glóbulos de solo carbon vegetal, sometidos á la dilucion millonésima.

Véase tambien en las *Enfermedades crónicas*, edicion de 1830, vol. IV, pág. 270 y 276. "Todos estos hechos, (es decir, el descubrimiento de ochocientos noventa y siete síntomas,) fueron el resultado de una experiencia ingeniosa, hecha en individuos de una salud perfecta y de constitucion robusta, por el uso de una y rara vez de dos dósis compuestas de seis glóbulos, de los mas pequeños, humedecidos con una preparacion de muriate de sosa llevada al decillonésimo. Los medicamentos solo pueden dar experiencias satisfactorias en el hombre sano, y manifestar todos los síntomas morbíficos que contienen cuando están elevados á la potencia de las *últimas* diluciones." Ahora os pregunto yo: ¿á quién debemos creer? al Hahneman de 1830 ó al de 1810: ¿es necesario dar crédito á las antiguas experiencias ó á las nuevas? ¿qué hilo conducirá al neófito en medio de este laberinto intrincado? Esto es poner nuestra fé á una dura prueba: es preciso desechar hoy el principio que ayer era todavía vuestro símbolo: mañana quizá se pondrá nuestra credulidad á otra nueva prueba, exigiéndonos diferente creencia.

O sois engañados ó engañadores, y por

ninguno de estos títulos mereceis la confianza pública: y lo que me causa la mayor confusion es el contar entre vosotros no solamente los jóvenes escolapios que se arrojan á los sístemas homœopáticos por especulacion, y para evitar el camino ordinario que concede solo con lentitud, y despues de muchas penas y fatigas, una parroquia honrosa, sino tambien á hombres de talento, que seducidos y arrastrados por algunas verdades especiosas, y fascinados por el deseo de entrar en un nuevo camino de buenos resultados, han adoptado con un entusiasmo sin reflexion ese sistema imposible en la práctica general, y desengañados hoy por la inflexible experiencia, conocen con acerbo arrepentimiento sus errores; pero detenidos por una falsa vergüenza, no se atreven á volver sobre sí, á confesar francamente que se habia abusado de éllos, y recurrir al camino de la verdad y de la medicina racional.

Detenéos: nunca es tarde para abjurar el error: volvéos á vuestras filas: ilustrados con vuestra imprudencia, servireis de ejemplo y aprendereis que la medicina es una ciencia de experiencia: un arte en el que es preciso no dejarse llevar por los extravíos de una imaginacion vagamunda, y en que se debe tomar siempre por guia la sana razon y la verdad: que es necesario no perderla un momento de vista, sopena de marchar sobre un camino falso y caer en el error.

CONTRADICCIONES

de los homœopatistas sobre las dósis que se deben administrar.

Hahnemann no sabe ya qué hacerse sobre la prescripcion de sus dósis, y es fácil hallarle á cada paso en contradiccion consigo mismo. He leido en el mismo lugar de sus obras, que no se podrian administrar los medicamentos á dósis demasiado pequeñas: cada año va atenuando y disminuyendo las de los medicamentos que prescribe.

¿Qué conclusiones pueden sacarse de esto? ¿será preciso creer que los remedios adquieren mas potencia y eficacia á medida que se someten á un número mayor de trituraciones y manipulaciones?

Maestro, ponéos acorde con vos mismo; ¿no habeis dicho que en las enfermedades mas agudas obteníais un suceso cierto administrando gotas puras de *tintura fuerte* de brionía? hoy asegurais que es muy raro encontrar casos de esas mismas enfermedades en que sea necesario ordenar una gota completa de la preparacion de la misma planta al *decillonésimo*, pero que no se presenta caso alguno en que sea precisa la *tintura pura*.

Decis que una dósis compuesta de uno ó cuando mas dos glóbulos del tamaño de un grano de adormidera, humedecidos con la preparacion al decillonésimo de la nuez vómica, es suficiente para producir su efecto; y en otra parte nos quereis persuadir que basta oler un globulillo del tamaño de un grano de mostaza humedecido con la misma dilucion.

No habeis variado menos acerca de las dósis del carbon vegetal que deben administrarse. Unas veces, segun decís, la dilucion al millonésimo era mas conveniente; otras habeis prescrito el uso de sextillonésimo, y en fin os parece haber conocido que la dilucion al decillonésimo era la mas eficaz, y que con cuatro glóbulos humedecidos con esta última y administrados en dos veces siempre se obtenia un resultado satisfactorio.

La misma obscuridad reina tambien con respecto al acónito. En un volúmen de la *Materia médica* encuentro que la dósis debe componerse de una partícula muy pequeña de gota de la dilucion al sextillonésimo; en otro se ha dicho que el mejor uso que se puede hacer del acónito es el humedecer un glóbulo con la dilucion al decillonésimo, y hacerle oler una sola vez al enfermo.

Hahnemann habla tambien de algunas diluciones llevadas hasta el vigesillonésimo,

que necesitan sesenta manipulaciones. ¿Dónde hallar la verdad en medio de este desórden en las prescripciones, é incertidumbre en los efectos?

Un discípulo suyo ha llegado hasta á preparar las diluciones del *azufre* haciéndolas sufrir *mil y quinientas preparaciones*, y esto empleando alternativamente el agua *de nieve y la de fuente*. Asegura haber obtenido resultados importantes; pero ha descuidado decirnos, si la energía del medicamento estaba mas desenvuelta en la treintésima preparacion que en la 1500.ma

Sin embargo ¿dónde se hallarán los límites de la eficacia ó ineficacia de las poténcias medicamentosas en medio de este desenfreno de diluciones y progresiones, que no puede concebir la imaginacion? ¿Es este el modo de que inspireis confianza en vuestra doctrina? ¿sobre qué bases sólidas se apoya? ¿será preciso desechar vuestras primeras experiencias? ¿y quién me responderá entonces de la solidez de las nuevas que anunciais? Convenid en que vuestro sistema está todavía sin formar.

Hahnemann recomienda en diferentes partes de sus obras no emplear sino las diluciones mas elevadas, teniendo ademas el cuidado de no administrar mas que dos ó tres granos de gragea, porque *prescribir dósis mas fuertes es matar, asesinar á los enfermos.*

La experiencia se presenta desde luego para contradecir esta asercion: pues cada dia se pueden justificar un gran número de enfermedades, que se encuentran curadas perfectamente por la administracion de medicamentos en altas dósis (si se las compara con las de los homœopatistas) por la quinina, calomelanos, opio, digital, cubebas, y en general, por todos los remedios específicos. ¿Se administra el mercurio en la sifilis á dósis homœopáticas? ¿el azufre en las hemorroides? la belladona, ipecacuana y bismuto en las cardialgias, la nuez vómica en las paralisis, el iodo en los casos de paperas? ¿cuántas veces sucede en las fiebres intermitentes que se administran enormes dósis de quina justamente algunos minutos antes que el parosismo se presente? y sin embargo el enfermo continúa constantemente bien.

Pero sobre este asunto, como sobre muchos otros, no hay mas que oponer Hahnemann á sí mismo. Decís que vuestras preparaciones homœopáticas desenvuelven y dilatan hasta una exaltacion increible el principio virtual de cada medicamento: esto se halla cien veces en el *Organon*, y este es por otra parte el motivo de que las llameis *potencias*: ¿y por qué pretendeis que las dósis alopáticas son demasiado fuertes y matarán al enfermo? Estas deben ser, sin embargo, mucho menos activas que vuestras po-

tencias octillonésimas y decillonésimas: no podeis escapar de esta consecuencia; luego una de vuestras dos aserciones es falsa.

Lo que hay de mas positivo y cierto es que la cantidad del medicamento debe medirse á los casos particulares de enfermedades, á la constitucion del enfermo que se trata, á la naturaleza del medicamento que se emplea, y sobre todo á la especialidad del órgano sobre el cual obra. Asi es que yo empleo muy frecuentemente y con ventaja en las afecciones abdominales crónicas, acompañadas de disposicion á la diarrea, una ó dos veces por dia tan solo una cuarta parte de grano de ruibarbo ó de ipecacuana; y en aquellas que están acompañadas de síntomas contrarios obtengo muchas veces un efecto satisfactorio con una cuarta ó sexta parte de grano de azufre.

En general las sustancias que obran directamente sobre los nervios y sobre órganos dotados de una gran sensibilidad, deben tomarse en pequeñas dósis, y esta es la razon de por qué los remedios mas usados en la práctica homœopática son la belladona, la nuez vómica &c.: en estos reconozco una potencia homœopática; pero juzgo que no todos los remedios están dotados de esta fuerza, y particularmente los que no obran sino sobre órganos colocados en un grado inferior en el mecanismo del cuerpo humano; ó que están mezclados con un vehículo inerte

muy abundante: asi que yo no tendria ninguna confianza en vuestras diluciones homœopáticas de la altéa, del liquen, &c.; porque siendo de una naturaleza mucosa é inerte, no se hallan en afinidad con las partes esencialmente susceptibles del organismo: lo mismo sucede entre otras sustancias con el aceite de higado de abadejo, el cual es tan frecuentemente, pero en dósis ordinarias, de una gran eficacia contra la gota crónica y las afecciones raquíticas y escrofulosas.

Nueva contradiccion: Hahnemann, pretende que sus medicamentos sometidos á las preparaciones homœopáticas no están sujetos á las leyes químicas á que obedecian en su estado primitivo: asi el fósforo por ejemplo que en su estado ordinario jamás deja de oxidarse cuando está expuesto al aire, no lo hace por consecuencia precisa cuando se halla elevado á la potencia decillonésima.

Las sustancias medicinales, segun Hahnemann, desarrollan por las preparaciones particulares de la homœopatía, su virtud oculta, y se hacen medios curativos del *todo nuevos*, dotados de virtudes particulares.

Aqui os encuentro tambien, (señores maestros,) infraganti delito de absurdo: porque, en fin, haceis vuestras experiencias en el *hombre sano* con los medicamentos en su *estado primitivo*. ¿Cómo, pues, esas experiencias pueden serviros entonces para juzgar de los efectos homœopáticos, si los me-

dicamentos: sometidos á vuestras preparaciones se convierten en nuevos remedios dotados de efectos particulares?

CONTRADICCIONES

de los homœopatistas sobre los intérvalos de las dósis.

Hahnemann en su *Organon* recomienda, como uno de los principios mas importantes de su método, el dejar á la dósis homœopática administrada que termine la série completa de sus síntomas, y no administrar otra hasta estar bien seguro de que la agravacion ó mejoría homœopática han cesado de hacerse sentir. Previene igualmente el intercalar en las dósis del medicamento adoptado otros intermedios; exceptuando un pequeño número de casos y cuando son de efectos alternativos. Exige ademas, cuando hay necesidad de repetir las dósis del mismo remedio sin intermediar otros, que aquellas sean cada vez mas pequeñas.

Desgraciadamente las prescripciones de Hahnemann son, con respecto á esto, muchas veces imposibles en la práctica. Esta pretension de determinar arbitrariamente los intérvalos de las dósis, y de una manera igual para todos los individuos, es contraria

con frecuencia á las reglas de la experiencia. Un gran número de enfermedades, aun sin estar sometidas á la influencia de los medicamentos, manifiestan una variabilidad muy grande de síntomas: por ejemplo, las espasmódicas, durante las cuales el enfermo está en una gran calma un dia, y al siguiente tiene mucha agitacion. ¿Y cómo podreis entonces distinguir en medio de este cambio reiterado del estado enfermo la cesacion del efecto medicamentoso? ¿Cómo podríais saber si la agravacion morbífica es el resultado del medicamento, ó el efecto de la enfermedad?

La experiencia ha demostrado tambien que el empleo reiterado de las dósis convenientes es un medio cierto; asíque la mayor parte de los homœopatistas no se sujetan ya á las prescripciones de su maestro; sino que repiten muchas veces las dósis homœopáticas con un intérvalo muy corto. En el tratamiento del *cólera* llegaron á administrar las dósis medicamentosas con mucha mas frecuencia que lo hubieran hecho los alopatistas. A mí siempre me ha ido bien con la repeticion de las dósis. Generalmente trato á los niños por el método homœopático administrándoles los remedios convenientes de hora en hora ó de dos en dos; y no es raro que obtenga prontamente una curacion completa.

La señorita de B..... se hallaba atacada

de una cardialgia; la hice tomar *de hora en hora* una gota millonésima de *nuez vómica*, y dos dósis bastaron para librarla completamente de su enfermedad.

La señora de K..... tenia fuertes dolores de estómago, y los hice desaparecer administrandola *cada dos horas* una gota de la tintura fuerte del mismo remedio.

Sintiendo yo espasmos y una opresion grande de estómago, quise someterme tambien á un ensayo: tomé durante algun tiempo, *segun todas las reglas de la Homœopatía, la nuez vómica* de la duodécima ó quindécima dilucion; pero no conocí alivio alguno: y usando *cuatro veces por dia* una gota de tintura fuerte del mismo remedio me curé prontamente.

M. B....., hombre de una constitucion nerviosa, se hallaba afligido de un catarro que le incomodaba mucho, sobre todo durante la noche: le prescribí inútilmente dósis decillonésimas de *pulsátila* administradas segun las reglas de la Homœopatía: una gota entera de la sexta dilucion, repetida *tres veces al dia*, obtuvo un suceso completo al cabo de dos dias.

Sobre todo en las enfermedades crónicas es donde se necesitan *repetir y doblar* las dósis homœopáticas, y este es solo el medio de llegar á un resultado satisfactorio; y lo que yo he experimentado siempre, cuando he usado del *carbonate de hierro*, ó de *la*

nuez vómica contra los dolores *neurálgicos* ó la *paralisis*, de la *valeriana* contra los *espasmos histéricos*, de la *brionía* ó *del opio* contra las *extreñimientos habituales*: de la *coloquíntida contra los cólicos*: de la *nuez vómica ó la quinina* contra la *jaqueca*, &c.

Cuando el médico se ha extraviado por la falsa apariencia de la semejanza de los síntomas de la enfermedad con los del medicamento, y ha ordenado un remedio que no es conveniente, ó cuando ha dado una dósis demasiado grande, es necesario, segun Hahnemann, detener ó neutralizar el efecto del medicamento por el uso inmediato de un *antídoto*: por ejemplo, el alcanfor para el árnica y el opio: la ipecacuana y la nuez vómica para el arsénico: el azufre, alcanfor ú opio para el mercurio: los ácidos vegetales ó el vino para el acónito: el vino, café ó alcanfor para la nuez vómica, &c. pero el método que yo encuentro preferible es el mandar inmediatamente un medicamento apropiado á los síntomas presentes de la enfermedad.

Me sucede con frecuencia (contra los principios de la práctica homœopática) el no alternar los remedios repitiendo el mismo medicamento sin otro intermedio, y el resultado no me dá sino motivos de satisfaccion. En un gran número de casos me sale bien el alternar las dósis *homœopáticas* con los medicamentos *antipáticos*.

No es tampoco siempre cierto que una segunda dósis homœopática, sea del mismo ó de otro medicamento, suspende ó disminuye el efecto de la primera, y la tercera el de la segunda. Hahnemann mismo ha reconocido en diferentes ocasiones la utilidad y hasta la necesidad del uso de diferentes medicamentos, porque en el tratamiento de las enfermedades crónicas emplea él simultáneamente las diluciones homœopáticas y los remedios antipsóricos convenientes, y no juzga que los dos medicamentos se neutralicen.

De la potencia curativa de la naturaleza.

No cuenta Hahnemann, para conseguir la curacion de la enfermedad, con los recursos de la naturaleza: no reconoce el *vis naturæ medicatrix*: vá á su socorro, porque élla seria impotente para salvarse á sí misma.

No sucede así á la medicina racional, que cuenta siempre con los recursos y la inagotable energía de aquella para favorecer los esfuerzos del arte; *non magister, sed minister naturæ*; esta es en algun modo la tierra vegetal que hace germinar y nacer la semilla: es la brújula á quien el médico es-

crupuloso pregunta sin cesar, cuyos movimientos todos espía, y consulta sus mas ligeros indicios, para someterse á su voluntad: élla suple, en fin, la insuficiencia del arte, y produce frecuentemente por sí sola la curacion.

Sin duda los cambios de clima, régimen ó método de vida pueden producir con frecuencia los resultados mas felices sin el uso de otro medio; pero ¡cuánto mayor número de curaciones se efectúa por solo los esfuerzos de la naturaleza, por egemplo, en la gota, reumatismos, neuralgias, cólicos inveterados, espasmos de estómago y fiebres intermitentes!

Si se considera que todos los dias millares de hombres y de animales, abandonados por el arte y lejos de todo socorro, se restablecen de las enfermedades mas peligrosas, sin exceptuar la peste, únicamente por los esfuerzos de la naturaleza, por la energía inherente á la vida, y aquella tendencia que nuestro cuerpo manifiesta en sostener y reconquistar su armonía é integridad primitivas: si se piensa sobre todo en un gran número de enfermedades quirúrgicas, en las qué los socorros del arte mejor apropiados no consisten mas que en la separacion de las influencias y obstáculos que se oponen al auxilio de la naturaleza misma: si se recuerda que los hombres mas célebres y dignos de fé de todas las edades, apoyándose sobre la

experiencia, han reconocido y atestiguado esta potencia curativa de ella, ¿cómo no asombrarse oyendo á algunos como Hahnemann hablar de la manera siguiente? "Los esfuerzos miserables que hace la naturaleza para adquirirse socorros á sí misma en las enfermedades, ofrecen un expectáculo que debe excitar en el hombre una activa compasion y obligarle á desplegar todos los recursos de su inteligencia y su razon para poner un término por medio de una curacion real á esa lucha de tormentos. Las evacuaciones que la naturaleza excita ordinariamente al fin de las enfermedades de una repentina invasion y que se llaman *crisis*, hacen frecüentemente mas mal que bien."

¿Y qué hacerse de tantos miles de observaciones de todos los siglos que atestiguan que una crisis sobrevenida repentinamente ha restablecido muchas veces la salud en el momento mismo? ¿Podremos resignarnos á no ver en todos estos hechos mas que miserables esfuerzos de la naturaleza, ó una cosa que deberia excitar nuestra compasion y que ha hecho mas mal que bien?

"Lo que la naturaleza hace y desempeña en estas *pretendidas crisis* (prosigue Hahnemann) no es para nosotros mas que un misterio, como todos los actos interiores de la vida: lo que hay de cierto es, que en la carrera de estos esfuerzos estan padeciendo mas ó menos partes que se hallan sacrificadas

por la naturaleza para salvar lo restante, y no para desembarazar á todo el cuerpo de una materia morbífica que jamás ha existido."

¿Una crisis no es tal, segun Hahnemann? Si alguno se libra de un catarro y de una inflamacion de los pulmones por la expectoracion: de un violento cólico inflamatorio por diarrea ó la pérdida de sangre: de un acceso de gota ó reumatismo por la aparicion de orinas sedimentosas: de una fiebre violenta ó de un padecimiento local cualquiera por traspiracion abundante: de un violento dolor de cabeza por flujo de sangre de narices, &c. &c. Todas estas crisis entonces no son tales, y no producen ningun bien, pues que (segun él) los órganos de donde proceden son sacrificados mas ó menos.

"La gran debilidad de que los órganos afectados y hasta todo el cuerpo quedan resentidos despues de esta curacion espontánea, el enflaquecimiento, &c. hacen ver claramente lo que acaba de decirse."

¿Y qué quiere decir todo esto? ¿cómo comprenderemos un razonamiento tan absurdo? Hahnemann nos responde:

"En una palabra, toda la marcha de las operaciones por las que el organismo procura desembarazarse por sí solo de las enfermedades de que está afectado, no hacen ver al observador mas que un tejido de padecimientos, y nada le enseña que pueda ó deba

imitar, si quiere egercer verdaderamente el arte de curar."

Si la naturaleza es miserable é incapaz de curar por sí misma: si los tratamientos alopáticos son, como Hahnemann asegura, tan perniciosos para el género humano, ¿de qué nace que haya todavía un solo sér con salud ó con vida? ¡Qué descarado desprecio para una ley tan sagrada é importante de la naturaleza, que le es imposible desconocer un solo instante á cualquiera hombre de razon!

DEL PSORA.

He aquí que hemos llegado ya al grande descubrimiento de la Homœopatía, á lo que, segun Hahnemann, debe poner el sello á su gloria, coronar la obra de su genio, y acabar y consolidar el edificio de sus doctrinas y su sistema: al *psora*. El psora, segun él, es la mancha original que ensucia nuestra pobre humanidad, que se transmite de generacion en generacion, que arranca y destruye poblaciones enteras; y que aflige las especies y las hace desaparecer algunas veces de la superficie del globo. Nosotros la traemos al nacer; muchas veces la conservamos oculta por largos años, hasta que una circunstancia ocasional la permite desarrollarse, aparecer ó manifestarse, y egercer sus estragos. Hay sin embargo un pequeño número de individuos bastante felizmente organizados, y que se hallan en circunstancias tambien favorables, para no ofrecer jamás al *psora* ocasion de desarrollarse.

Este miasma sarnoso con erupcion cutánea ó sin ella es *el origen de todas las en-*

fermedades crónicas que afligen á la humanidad, distintas de las *sifilíticas* y *sycósicas:* ve aquí el grande enemigo, la hidra que es necesario derribar, y cuyas cabezas renacientes es preciso aplastar de un solo golpe. El específico mercurial ha obtenido resultado en las afecciones sifilíticas bajo cualquiera forma que se manifestasen: lo mismo sucede con el *psora*, sea cualquiera la variedad de especie que produzca; el remedio homœopático *antipsórico* sirve para vencerle y domarle.

¿Estais bien seguros esta vez de la perfeccion de vuestro sistema? ¿pues por qué vuestras palabras de hoy merecerán mas confianza que las de ayer? Habeis faltado una vez: ¿quién nos garantiza de que no os engañais todavía?

Ved aquí el lenguage que usabais no hace mucho tiempo: "La naturaleza del organismo viviente no puede obrar, para llegar á una curacion radical, sino en conformidad con las leyes que se revelan á nuestros sentidos: su accion es siempre de una regularidad y una certeza *matemática:* jamás existe enfermedad local, ni alteracion animal material, sino un desorden dinámico, una irregularidad ó cesacion del acto vital: mientras no hay mas que irregularidad en la accion puede haber remedio para ella, y por consiguiente curacion: cuando hay cesacion, no hay ya curacion posible; porque ha llega-

do la muerte. Con que solo hay un caso de alteracion dinámica ó de enfermedad (exceptuando la agonía, la caducidad, la destruccion de un órgano ó de un miembro indispensable) que no encuentre remedio cierto, pronto y eficaz en los medicamentos que tienen la propiedad de desarrollar síntomas de una semejanza visible con los de la misma enfermedad.

» De todos los métodos reinantes, *el mejor, el mas seguro, pronto y durable es el homœopático.* Tomad todas las enfermedades unas despues de otras, sometedlas á un tratamiento rigoroso de medicamentos, que tengan la propiedad de provocar síntomas semejantes, y administradlos en sus dósis mas *infinitas*, ó por mejor decir, mas *esenciales*, teniendo cuidado de alejar todas las demas influencias, y si no obteneis una curacion *pronta, cierta y radical* confundidnos públicamente, acusándonos de impostores; pero si la experiencia os confirma todas nuestras doctrinas, si los buenos sucesos siguen á nuestros tratamientos, abjurad francamente todos vuestros errores, desechad lejos de vosotros esa toga de ignorancia y absurdo y venid á proclamar con nosotros las verdades eternas é inmutables del arte de curar."

Esto es lo que Hahnemann escribia en los años 1813, 17 y 25.

Ha tenido mucha razon en decir que las enfermedades crónicas eran la piedra de to-

que de la verdadera medicina ; porque en el tratamiento de éllas es donde el médico puede mostrarse verdaderamente artista: allí es donde lucha contra un mal rebelde y arraigado: allí donde puede desplegar todos los recursos de la inteligencia y la ciencia, porque en estos casos el enfermo, apurado por largos esfuerzos, no presenta auxilios, ni socorros.

¿Qué os sucedió á vosotros que estabais tan seguros de vuestros hechos, que anticipábais con tanto atrevimiento la infalibilidad de vuestro tratamiento, que acusabais tan altamente la impotencia é incapacidad de los alopatistas? Ya os veis precisados á convenir en que el alivio sobrevenido en las enfermedades crónicas no ha sido mas que temporal; que los síntomas volvian á presentarse; que las recaidas se repetian con frecuencia, y que en estos casos los remedios mas eficaces daban al traste y se hacian impotentes á pesar de la observacion del régimen homœopático mas severo, y el mal empeoraba haciendo incesantemente nuevos estragos.

En una palabra, os veis precisados á confesar que en las enfermedades crónicas el tratamiento homœopático, que al principio daba *esperanza, se hacia muy luego menos favorable, y terminaba por ser impotente.*

Os engañábais, os lo repito, ó nos engañábais; ó vuestras curaciones no eran durables, ó mentíais descaradamente. ¿Y por

qué ese soberbio desprecio á todo el que no hablaba ú obraba como vosotros? luego vuestras listas de curaciones eran falaces. ¿Qué crédito hemos, pues, de dar á vuestras curaciones maravillosas de tisis avanzadas por medio de la quina y el estaño, y de esas enfermedades, que despues de durar veinte años, curábais como por encanto? y sin embargo, entonces teniais confianza en vuestro sistema; y hoy volvemos á hallar el mismo atrevimiento, la misma seguridad, la misma jactancia: en el dia aun ós proclamais *infalibles*, y decís: *no hay salud ni curacion sino con la Homœopatía.*

Pero ¿quién nos dice, que sois menos falibles hoy que ayer? ¿y qué vuestra ciencia es mas cierta en el dia que lo era en el tiempo pasado? ¿quién nos asegura que dentro de diez años no sereis todavía confundidos por la experiencia, y no llegareis alguna vez á negar que vuestros maravillosos específicos son tales, y que no hareis una pública retractacion proclamando otro nuevo descubrimiento? Pues bien; yo sostengo que vuestro *descubrimiento del psora*, que ha traido una alegría tan grande á las filas de los homœopatistas, es un grito de afliccion y muerte; y ese *mismo descubrimiento* ha arruinado la Homœopatía como sistema. Para convencernos de esta verdad, bastará seguir á Hahnemann en las consecuencias de su pretendido descubrimiento: veremos que él se

ha suicidado; y vamos á destruir de lleno todo su fragil edificio, y á arruinar todos sus argumentos primitivos.

Toda la unidad del sistema está volteada: el axioma *similia similibus curantur* no es ya una verdad general. Antes del descubrimiento del *psora*, la base fundamental de la Homœopatía era que todas las enfermedades, sin *excepcion*, se curaban *pronta*, *radicalmente* y de *un modo durable* por los medicamentos que tenian la propiedad de provocar en el hombre sano los síntomas mas *idénticamente semejantes*. Hahnemann y sus discípulos no se desviaban jamás de este principio *de unidad* y simplicidad. Él mismo no conocia mas que los hechos palpables y perceptibles á los sentidos. "El médico, dice, debe tener siempre por base de su tratamiento los hechos reconocidos como verdaderos; no debe separarse ni un solo paso de la línea de las observaciones prácticas y apreciables por los sentidos: nunca debe abandonarse á las quimeras ni presunciones que puede presentarle un organismo tan inconcebible é inexplicable en su conjunto y sus pormenores y que jamás le será revelado; no debe absolutamente investigar causas quiméricas, que siempre estarán ocultas, para fundar un sistema: debe juzgar solo por el conjunto de los síntomas perceptibles á los sentidos; y no tratar jamás una enfermedad segun el nombre imaginario que agradó inventar á teó-

ricos insensatos; no existe principio de enfermedad que sea necesario alejar ante todas cosas, sin deber inquietarse por la naturaleza individual del mal.

» ¿Quién es el nosologista que ha percibido jamás con la vista material un principio morbífico para hablar de él con tanta certidumbre, y fundar sobre él todo un sistema de curacion? ¿quién puede alabarse de haber agarrado materialmente el principio gotoso, el virus escrofuloso, ó cualquiera otro vicio morbífico? ¿qué hombre de sentido y buena fe puede creerse dotado de una vista tan perspicaz para penetrar al través de esta triple cubierta de carne y hueso, y descubrir allí los misterios del organismo interior, que no pueden ser comprensibles ni familiares sino á su Criador, y que aunque llegasen á ser revelados, no podrian expresarse por ninguna palabra, ni con ninguna idea? ¿tener semejante pretension no es el colmo del charlatanismo y la mentira?"

Hahnemann se ve precisado hoy á volver á sus palabras, y su mayor embarazo consiste en hacer concordar sus nuevos principios con los que profesó desde luego, sin contradecirse de una manera demasiado grosera; pero, á pesar de todas sus precauciones y correctivos, ha dado él mismo el golpe mas violento á sus doctrinas.

Asi es que en la cuarta edicion del *Organon*, pár. VI. no dice ya que el conjunto de

los síntomas es la *única* base de toda via curativa, sino la principal base. El que ha atacado con tanta vehemencia á los prácticos que averiguaban la *causa primitiva de las enfermedades*, y se esforzaban á penetrar el principio oculto del mal: el que no daba crédito sino á los síntomas *accesibles y visibles* á los *sentidos*; que no empleaba nunca mas que medicamentos que tuviesen la virtud de provocar síntomas semejantes á los manifestados por la enfermedad, vedle aqui obligado á destruir el crédito de la mayor parte de sus remedios homœopáticos, y á confesar su impotencia en las enfermedades mas graves y frecuentes: vedle á su vez obligado á averiguar y reconocer el *vicio oculto, el principio escondido* del mal. Asi es que en la cuarta edicion ha cercenado estos ataques tan furiosos contra los médicos que atribuyen el mayor número de enfermedades á causas internas.

En un gran número de circunstancias se ve en la precision de desconocer la eficacia del tratamiento por los semejantes, y de confesar la imposibilidad de llegar á una curacion durable guiándose solo por el conjunto de los síntomas visibles: le place ahora inventar una causa imaginaria, inapreciable igualmente por la via de los sentidos, oculta, inerte muchas veces durante largos años, lo que llama *psora latente*, y que, con el favor de circunstancias propias para su desar-

rollo, se presenta de repente y ejerce sus estragos sobre los individuos como sobre las especies, en cuyo caso es preciso emplear un tratamiento particular contra este mal primitivo antes de combatir sus síntomas aparentes.

En su concepto *todas las enfermedades cronicas*, no sifilíticas ni sycósicas, tienen por causa primitiva oculta al *psora*: la hidropesía, la tisis, las hérnias, catarros, &c. no tienen otro orígen que la mancha original, cuyos gérmenes miasmáticos han sido desarrollados por circunstancias é influencias exteriores. Entonces es preciso ante todas cosas atacar el *virus psórico* en su foco por el *azufre*, *fósforo*, *ácido nítrico*, ó cualquiera otro remedio antipsórico, antes de emplear las dósis homœopáticas ordinarias, para poder conseguir una curacion radical y durable. Hahnemann añade: "he hallado con bastante frecuencia algunas enfermedades *crónicas* que presentaban todos los caractéres de las *psóricas*, sin ser realmente el psora; porque se encuentra un pequeño número de individuos bastante felizmente constituidos para escaparse de esta plaga original; pero que sometidos por muchos años á causas perniciosas, tales como un mal alimento, el abuso de licores calefacientes, exceso en los placeres, estudios, trabajos insalubres, pasiones de ánimo, pesadumbres violentas, habitaciones mal sanas y emana-

ciones corrompidas terminan por inpregnarse de miasmas que tienen una semejanza grande con el *psora*, y que sin embargo se diferencian de él esencialmente, pues que las incomodidades que provocan cesan naturalmente cuando los enfermos no están ya expuestos á aquellas causas perniciosas." Y á esto es á lo que llama enfermedades *crónicas no verdaderas*, *ó no miasmáticas.*

Aquí es donde reina la incoherencia, la confusion y obscuridad de este nuevo sistema. Hahnemann no está ya acorde consigo mismo, ni con sus discípulos: en esto hace ver todavía en toda su desnudez el vicio del nuevo sistema levantado, con tan poca maña, contra el antiguo.

En cuanto á ese principio *psórico* con ó sin erupcion cutánea, que pretende sea una especie de sarna, y que ha llamado *psora*, sirviéndose de la palabra griega que significa sarna ó roña, no es mas que una quimera sin ninguna especie de realidad, y que no puede sufrir la prueba de la experiencia.

He hallado en un gran número de individuos afecciones crónicas hereditarias, tales como la tisis, sin que me fuese posible descubrir la menor huella de un principio sarnoso; por otra parte, si el principio *psórico* fuese la *causa* de todas las enfermedades *crónicas*, no hubieran jamás podido ser susceptibles de curacion antes del descubrimiento del *psóra*; cuando por el contrario,

se ve todos los dias, que enfermedades esencialmente *crónicas*, tales como la gota, cardialgias, espasmos y la hipocondría se curan sin el uso de los remedios *antipsóricos*, y sin dejar tras de sí ninguna incomodidad que pueda hacer sospechar la existencia de ese principio inveterado.

Habiendo observado y tratado en los hospitales un considerable número de sarnosos, he podido convencerme de que la sarna depende á veces de una causa local, y á veces de otra general: he reparado, es verdad, que esta enfermedad tratada de una manera inoportuna podia tener consecuencias peligrosas; pero jamás he observado que despues de un tratamiento proporcionado, los individuos que habian sido atacados una vez de ella, estuviesen mas expuestos que cualquiera otro á las enfermedades crónicas: y se hubiera declarado á la verdad en tan inmensa cantidad de sarnosos una mortandad espantosa si el *psóra* fuese verdaderamente una mancha *original* y una causa transmisible de enfermedades crónicas, y sin embargo jamás se ha pensado en tratarlos por las vias homœopáticas, ó antipsóricas.

Nos parece que Hahnemann hubiera debido ahora tomarse el trabajo de hacer conocer á la gente instruida qué camino ha seguido, y á qué indicaciones se ha referido, para conseguir el descubrimiento del *psóra*, y á cuál de los remedios antipsóri-

cos homœopáticos ha recurrido. *En una materia tan grave es preciso para inspirar confianza* algo mas que la palabra de un hombre: son necesarias razones capaces de convencer la inteligencia, y confundir la incredulidad.

Pero admitamos por un momento con Hahnemann la eficacia de los remedios *antipsóricos* contra ciertas enfermedades *crónicas*: ¿probará esto de una manera suficiente que todas estas enfermedades provienen del principio *psórico?* bajo de este supuesto todas las que se curan con el *mercurio* deberán su orígen al principio *sifilítico.* Diariamente se emplean sin embargo contra la disentería preparaciones mercuriales, y á nadie le ha ocurrido la idea, ni aun al mismo Hahneman, de decir que la disentería reconozca un principio sifilítico.

La misma confusion y contradiccion reinan en la *terapéutica antipsórica.* Hahnemann no dá ninguna explicacion racional sobre la causa de la eficacia de sus remedios antipsóricos, ni indica de manera alguna el por qué el arsénico, el sublimado, la belladona, &c. no están contados en el número de estos remedios; ni por qué el *carbonate de cal y la sal comun* administrados á la treintésima dilucion tienen una potencia *antipsórica*; mientras que todos los dias absorbemos en el agua que bebemos, y en los alimentos que consumimos, cantidades de di-

cha sal y del mismo carbonate mas ó menos diluidos y triturados sin que nos produzcan el menor efecto.

La primera base de toda curacion homœopática consiste en la sencillez y unidad del tratamiento; sin embargo, confiesa Hahnemann que una *misma* enfermedad puede ofrecer el ejemplo de la *sifilis*, la *sycosis* y el *psora* desarrollados; si se añade á esto las consecuencias que puede traer el abuso del mercurio, que él llama *consuncion mercurial*, se encontrarán entonces en el mismo individuo tres enfermedades *miasmáticas*, y otra medicamentosa. Adóptese, pues, segun esto un tratamiento específico *uniforme*: ¡fragante contradiccion! Si las enfermedades *crónicas* no tuviesen otra causa que el *psora*, y fuese cierto que Hahnemann habia descubierto un remedio que limpia para siempre del vicio original, podríamos preservarnos de todas éllas; y un hombre, homœopáticamente limpio del vicio *psórico*, podria cometer todas las imprudencias imaginables sin contraer una afeccion de pecho. ¿A quién harán creer los homœopatistas absurdos semejantes?

Pretende Hahnemann que el uso alopático del azufre y de los baños sulfurosos es de los mas perjudiciales; y sin embargo está constantemente averiguado que una porcion de enfermedades crónicas no se curan sino por medio de estas aguas.

Algunos homœopatistas miran á las aguas minerales como grandes remedios *antipsóricos*: otros quieren emplearlas en diluciones, y otros en fin pretenden que éllas son medicamentos homœopáticos naturales. ¿Quién encontrará la verdad en medio de todas estas observaciones que se chocan y contradicen?

Confieso que no he sido feliz en mis experimentos *antipsóricos*: algunas veces he obtenido resultados satisfactorios; pero con mas frecuencia, despues de haber tomado todas las precauciones imaginables y apurado contra las *obstrucciones*, *hidropesía*, *escrófulas*, *espasmos*, *hemorroides*, *herpes*, *reumatismos*, *tisis*, *afecciones abdominales*, *catarros crónicos*, &c. la série de los remedios *antipsóricos*, tales como el azufre, zinc, fósforo, sosa, &c. me he visto obligado á volver unas veces á los remedios *alopáticos* ordinarios, y otras á los homœopáticos simples.

Me ha sucedido frecuentemente administrar en enfermedades crónicas, que presentaban por síntoma principal una erupcion exantemática, remedios no antipsóricos, tales como la belladona, mercurio soluble, y oro, y he obtenido una curacion pronta y radical, sin que el enfermo haya notado despues el mas ligero resentimiento del mal que antes le afligia.

Aunque se reconociese como constante

la eficacia de los remedios *antipsóricos*, no podria todavía disimularse que casi siempre serian inoportunos estos medicamentos, y habria necesidad de dar la preferencia á los *alopáticos*, que producen resultados tan ciertos y mucho mas prontos; porque es muy injusto que Hahnemann pretenda que la Homœopatía es el método mas pronto de curar. ¡El método mas pronto, cuando se necesitan cuarenta y cincuenta dias para conocer el resultado de una dósis homœopática! En 1813 decia Hahnemann: "el enfermo no puede librarse de su enfermedad de un modo mas *pronto*, *facil*, *seguro*, *cierto y durable* que por los remedios homœopáticos." En 1828 decia él mismo: "La duracion de la cura de una enfermedad crónica inveterada puede ser de uno ó dos años." ¿Quién es el enfermo que, aun en una enfermedad sin dolores, tendrá la paciencia de soportar un tratamiento tan largo é insensible? y si sucede que no se haya escogido perfectamente el medicamento oportuno, ¡cuánto tiempo precioso se ha perdido inútilmente! ¿Y habrá un médico escrupuloso que á presencia de accidentes ejecutivos, espere estóicamente el fin de la agravacion homœopática? ¿Quién es el paciente, que afligido de sufrimientos agudos, se contentará con respirar un grano de gragea humedecido con una dilucion cualquiera de Hahnemann, cuando el método alopático ofrece los medios de

calmar inmediatamente sus padecimientos? Para someterse á semejante régimen era preciso estar dotado de toda la fuerza de alma del patriarca Job, ó del filósofo Zenon.

Recientemente ha admitido todavía el médico aleman la asociacion de un medio *alopático* al tratamiento *antipsórico* de las enfermedades crónicas rebeldes de los organos delicados, sobre todo, en aquellos en que están multiplicados los nervios, por ejemplo, en las enfermedades de los ojos hace aplicar en la espalda del enfermo un emplasto de *pez de Borgoña* y de trementina: este es, dice, un medio de excitar una reaccion *antipsórica* sobre una superficie cutánea mas extensa, y por consiguiente de disminuir la influencia morbífica del *psora* en los órganos enfermos. Sin embargo, poco tiempo antes en muchas partes de sus obras se levantaba con su acostumbrada vehemencia "contra toda influencia medicamentosa exterior, como los olores, perfumes, polvos dentríficos, y en general contra el uso de todo medicamento exterior, señaladamente contra los emplastos de *pez* de Borgoña, porque no se debe contar jamás con la erupcion que provocan para facilitar la curacion del vicio psórico."

No ha mucho que recomendaba en las tisis purulentas que no se administrasen las dósis antipsóricas mas que cada cuarenta ó cincuenta dias; ahora pretende que esta en-

fermedad es una série de accesos cortos y frecuentes, de catarros agudos, y de naturaleza *psórica.* Encarga el renovar las dósis *antipsóricas* en cada nuevo acceso, ó por mejor decir el oler moderadamente de momento en momento un globulillo humedecido con un antipsórico conveniente de una dilucion á propósito, añadiendo á esto la recomendacion de una completa abstinencia de sal, y la aplicacion de un emplasto de pez de Borgoña.

No llevaremos mas lejos esta nomenclatura de inconsecuencias, contradicciones y absurdos del gefe de la escuela homœopática: es tal el desórden en las filas de sus discípulos que no saben ya qué reglas seguir, ni que estandarte adoptar, es un *salga el que pueda general*; y es muy singular que despues de tantas contradicciones Hahnemann se atreva á concluir su tratado con estas solemnes recomendaciones: "Si quereis mostraros dignos de la grande y sublime vocacion de la Homœopatía, evitad toda mancha de *alopatía*: consultad únicamente los síntomas de las enfermedades: el que siga mas religiosamente mis doctrinas, será el mas *caro á mi corazon*, y *se honrará á sí mismo*, encontrando su recompenta en una conciencia pura y dichosa." No se sabe á la verdad en vista de esto qué admirar mas si la imperturbable confianza del maestro, gloriándose y santificándose, ó la credulidad y sen-

cillez de los discípulos humillándose y aceptando como verdades este tejido de errores y mentiras.

¡Y es posible que en el siglo diez y nueve se predique en esta ciencia la abnegacion de sí mismo y de su inteligencia, y que se ponga una bandera de emáncipacion y liberalismo invocando un absurdo tal y una creencia sin reflexion en la palabra de un hombre!

EN QUÉ CASO

conviene emplear el tratamiento del método homœopático.

La experiencia me ha demostrado y estoy convencido de que el tratamiento homœopático conviene principalmente y produce los resultados mas felices en las personas dotadas de una *sensibilidad e irritabilidad* extremas. Le empleo generalmente con el mejor éxito en los niños, y eso consiste en la prodigiosa *susceptibilidad de sus órganos*; he notado cuánto mas difíciles de curar eran aquellos por el método alopático que las personas grandes: la mayor parte de veces cuesta mucho trabajo el hacerles decir lo que sienten, siendo algunas imposible el obligarles á tomar los medicamentos en dósis algo grandes; los remedios ordinarios, por otra parte, producen frecuentemente en éllos síntomas tan fatales como imprevistos, y se llega siempre al fin de hacerlos tragar las dósis homœopáticas, que han dado la mayor parte de veces resultados satisfactorios.

Hay tambien muchas personas que tienen *una repugnancia invencible á un gran*

número de medicamentos, y aun á todos generalmente; hay otras, que á pesar de esa profunda aversion, tienen bastante razon é imperio sobre sí mismas para tomar los remedios; pero que no pueden soportarlos, y los arrojan con dolor, ó cuando son absorbidos les causan padecimientos reales, y producen síntomas verdaderamente alarmantes. En todos estos casos no hay que titubear, está fuera de duda que estos sugetos son aptos para ser tratados homœopáticamente: las diluciones hallan órganos bastante vivos y delicados para recibir con ventaja la accion homœopática: en tal caso todos los fenómenos de este método se desarrollan en su plenitud, el médico sigue con la vista todos los progresos del tratamiento, y vé llegar prontamente la curacion.

Yo no citaré mas que algunos ejemplos de esto.

M. N.***, de cerca de cuarenta años de edad, de mucha estatura y de una constitucion enfermiza é irritable, habia tenido toda su vida una disposicion ligera á los reumatismos, y estaba casi siempre sujeto á un extreñimiento rebelde: tenia buen apetito y comia con moderacion; pero frecuentemente despues de su comida se sentia afligido de dolores en uno ú otro lado del abdomen: estos no eran precisamente cólicos, sino una sensacion particular que le producia una agitacion insoportable: ensayé sucesivamente

diversos tratamientos, y habiendo observado su extrema irritabilidad, le prescribí una 8.ª una 20.ma y hasta una 32.ma de grano de ipecacuana, una 10.ma de beleño, una 16.ma de azufre, una 8.ª y hasta una 16.ma de quinina; pero lejos de obtener alivio, no hacia otra cosa que irritar al enfermo, y provocar síntomas que daban inquietud: me decidí á hacer uso de las dósis homœopáticas, y tuve la satisfaccion de conseguir en poco tiempo una curacion completa.

Trato actualmente dos señoras que están dotadas de una susceptibilidad nerviosa tal que el medicamento mas inofensivo las pone en un estado horroroso.

La primera es una jóven de una constitucion bastante buena, y en la que las disposiciones del talento están desarrolladas en el grado mas alto; pero está dotada de tanta delicadeza y susceptibilidad de estómago, que cuando siente la menor impresion, es imposible prescribirla las dósis mas pequeñas que se administran ordinariamente, ó el medicamento es vomitado como lo tomó, y si llega á ser absorbido, la jóven siente por muchas horas una especie de convulsiones y espasmos que llenan de miedo á la familia: en vano apuraria la alopatía para esta señora todos sus recursos; y las dósis homœopáticas la calmaron inmediatamente y la restituyeron la salud.

La segunda es una señora de edad de

setenta y dos años, sujeta á las debilidades nerviosas, y afligida toda su vida de una grande relajacion de las vias intestinales. Llamado para asistirla, ensaye desde luego un grano de ruibarbo, despues $\frac{1}{8}$ de grano de opio; $\frac{1}{20}$ de ipecacuana, $\frac{1}{16}$ de quinina, y no obtuve ninguna ventaja. En una crisis nerviosa la hice tomar alternativamente de hora en hora una cantidad muy pequeña de unos polvos compuestos de media dracma de azucar, un grano de extracto de beleño, y una sola gota de Hoffman; tampoco fuí mas feliz. Contra otra debilidad nerviosa general, acompañada de irritacion y grande abatimiento de fuerzas, mandé algunas cucharadas, de las de tomar café, de jarabe de quina: ví aumentarse los espasmos nerviosos y que el estómago se infló violentamente, hallándome en la precision de cesar en toda prescripcion medicamentosa. Habiendo apurado asi sucesivamente los recursos de la alopatía, me convencí de que la organizacion particular de mi enferma era incompatible con los procedimientos de la medicina ordinaria: llamé á Hahnemann en mi auxilio; y júzguese cuál sería mi sorpresa viendo que el millonésimo y billonésimo de un remedio apropiado producian todavía agitacion é irritacion: entonces me decidí á emplear el decillonésimo del mismo remedio, y desde este momento desaparecieron todos los síntomas: ahora ya no doy á esta señora

mas que dósis homœopáticas, y consigo siempre un resultado pronto y satisfactorio.

El método de Hahnemann debe pues ser aplicado con preferencia á las personas de ambos sexos que están dotadas de una constitucion eminentemente nerviosa é irritable: es seguro su buen efecto: mientras he visto resultarles las consecuencias mas funestas por la persistencia en los procedimientos alopáticos.

La Homœopatía es de una aplicacion feliz *en casi todas las enfermedades puramente nerviosas*, en los estados valetudinarios, en aquellas alteraciones de la salud que no se pueden definir ni apreciar, y que provienen de enfermedades despreciadas, de deterioros, de excesos de todo género, de violentas conmociones físicas ó morales; en las enfermedades que affigen al hombre en ciertos periodos de su vida; en la preñez, en la época de la denticion, de la pubertad, y la edad crítica. Generalmente en todos estos casos la alopatía me ha parecido infructuosa, y aun algunas veces peligrosa; mientras que la homœopatía me ha dado siempre buenos resultados.

Existen una porcion de pequeñas incomodidades, que provienen la mayor parte de veces de la sensibilidad nerviosa, tales como un movimiento oscilatorio de los párpados, estorbos de garganta, impresiones de frio en ciertas partes del cuerpo, sensacion de un cabello en la boca, para las cuales la

medicina ordinaria se halla enteramente desprovista de medios curativos: se sufren muchas veces estas miserias por toda la vida, y degeneran al fin en verdaderas enfermedades crónicas: un procedimiento homœopático bien seguido llega siempre á librar de estas pequeñas incomodidades.

He hecho uso tambien con mucha frecuencia de los remedios homœopáticos *solamente con el fin de combatir síntomas particulares, desagradables ó dolorosos en todas las enfermedades crónicas, antiguas ó inveteradas*, ó por mejor decir invencibles, sobre todo, en personas de una edad avanzada, de un temperamento débil, de un caracter dificil de tratar y de un talento preocupado, ó cuando no he podido descubrir ninguna causa de la enfermedad.

Tambien puede ser empleada la Homœopatía con buen suceso *en el principio de las enfermedades agudas*, que siguen periódos regulares, y que no están acompañadas de ningun síntoma peligroso. He visto á dichas enfermedades cuando empiezan á presentarse los primeros síntomas, tales como el frio, abatimiento de espíritu, pesadez de cabeza y debilidad general, y antes que hayan tomado cuerpo, precavidas y detenidas en su curso por una dósis homœopática convenientemente ordenada, cuando las dósis ordinarias no habrian hecho ciertamente mas que agravar el mal.

Se recomienda tambien la Homœopatía por la ventaja de que si los remedios son seguidos de alivio, este es pronto y sin ningun efecto secundario de debilidad, trabajo de digestion, enmagrecimiento, &c.

La he empleado con un efecto sorprendente en casos en que dósis grandes ú ordinarias de remedios habian sido poco antes administradas inútilmente.

He observado que los remedios homœopáticos obran con mas fuerza en aquellas personas á quienes se habian aplicado poco antes los vegigatorios ó los cauterios.

En un gran número de enfermedades he puesto en uso, uno tras otro segun las circunstancias, unas veces los remedios alopáticos, y otras los específicos homœopáticos, con lo que he conseguido sucesos muy notables: algunas veces empleaba simultáneamente tanto al interior como al exterior los remedios alopáticos y homœopáticos en los casos en que la aplicacion de un solo método no parecia tener buen éxito.

QUÉ LUGAR

debe ocupar en la medicina la Homœopatía.

He emitido ya mi opinion sobre este objeto. La Homœopatía rehusa admitir todo medio de curacion que no está conforme con su sistema; segun élla perezca el enfermo antes que un principio: para mí el primer cuidado, ante todo, es el aliviar y salvar á mi enfermo, sin que me importe por qué método, sea *alopático*, *antipático* ú *homœopático*: siempre prefiero aquel que la experiencia me ha enseñado ser el mas eficaz.

Un médico que tenga aficion exclusiva á un sistema me parece tan poco perdonable como un general que no quisiese hacer la guerra mas que con la caballería ó la infantería, porque en iguales ocasiones la victoria de una batalla ha sido decidida por una ú otra de ambas armas. *El mas hábil es el que se aprovecha con mas destreza de las circunstancias y las localidades*, y que emplea con preferencia el arma mas decisiva. Lo mismo sucede en la medicina: el práctico que quisiese atenerse á un solo sistema se encontraria en descubierto en muchos casos,

mientras que el que tiene á su disposicion diferentes medios, y hace de éllos la mejor aplicacion, obtendrá en su práctica buenos resultados en mayor número. ¿Qué quereis hacer con las dósis homœopáticas reducidas á fracciones infinitamente pequeñas, y administradas con intérvalos largos de tiempo, cuando la enfermedad precipita su marcha con una rapidez imponente? ¿Esperais semanas enteras y aun meses algunas veces para observar los síntomas y efectos de una dósis al decillonésimo? ¿quedará el médico en inaccion dejando á su enfermo víctima del padecimiento, y en la incertidumbre de saber si el remedio que se administró ha sido escogido convenientemente, lo que no puede decirse hasta despues de la revolucion completa de los síntomas? Nótese que ciertas dósis necesitan cinco ó seis semanas y aun mas para desarrollar todos sus síntomas, y si entonces descubrís que no habeis administrado el remedio precisamente conveniente, habeis perdido un tiempo precioso, y apurado en solo pérdidas la fuerza y paciencia de vuestro enfermo.

Seguramente es un gran defecto abrumarle con demasiados remedios, que muchas veces no hacen mas que empeorar su estado, y es un crimen asesinarle con éllos: pero ¿será menos grande el matarle por la inaccion y falta de socorros? Este inconveniente del método homœopático es tanto mas

grave y freeuente cuanto que reina toda-vía una incertidumbre grande y una densa obscuridad en los efectos provocados por los remedios homœopáticos, y que, como dice Hahnemann, *la eleccion del remedio conveniente es extremamente dificil de hacer aun para el hombre mas egercitado en la observacion de los síntomas morbíficos y de los producidos por el uso de los medicamentos*; porque existe muchas veces una complicacion de síntomas, que encuentra otros análogos en diferentes remedios, lo que hace al práctico encontrarse en la mayor perplejidad, no teniendo ningun motivo de dar la preferencia á un medicamento sobre otro.

No existe, pues, un médico sabio y experimentado, que mientras reconoce la virtud de las dósis homœopáticas, no dé, en una circunstancia urgente, la preferencia á un remedio alopático cuya eficacia le ha revelado la experiencia; encontrará ademas en él la ventaja de saber con prontitud si ha comprendido bien ó mal la naturaleza del mal, y la de poder reparar en muy poco tiempo su error si por desgracia se ha engañado en el uso del medicamento.

Los homœopatistas desprecian toda suerte de *paliativos*, y por consecuencia por agudos que sean los padecimientos del enfermo, le dejan estóicamente presa del dolor mas bien que administrarle un *antídoto* ó *calmante* que le procure un instante de ali-

vio: esto descompondria, segun éllos, la marcha de la curacion homœopática, haciendo imposible el distinguir los síntomas del remedio paliativo de los del radical.

Falta mucho sin embargo para que la teoría homœopática se halle sólidamente establecida en sus principios y consecuencias, porque la experiencia demuestra que los remedios de quienes se esperaban efectos conformes á los precedentes, justificados por el método, desarrollan síntomas diametralmente opuestos y aun algunas veces no producen ninguno; es pues preciso volver á empezar con nuevos ensayos tan inciertos y problemáticos como los primeros, &c. El tratamiento alopático, por el contrario, en las enfermedades crónicas señaladamente y aun en aquellas en que no es del todo conveniente, ocasiona á lo menos algunos cambios en el estado del enfermo, que pueden ilustrar de nuevo al médico, mientras que el homœopático, si no produce un alivio gradual, deja dormir el mal, sin dar al médico ningun medio de salir de la incertidumbre en que se ha metido.

Existen ademas ciertas enfermedades, las fiebres intermitentes, por egemplo, para cuya curacion la medicina homœopática se ve obligada á confesarse frecuentemente impotente y desprovista de toda eficacia.

La experiencia me ha demostrado, en mas de una circunstancia, que las dósis ho-

mœopáticas producen un alivio inmediato, y efectúan la curacion sin ninguna reaccion; pero tambien he conocido frecuentemente que no provocaban ningun efecto sensible, ó que despues de haber comenzado á producir un ligero alivio, se hacian totalmente impotentes é ineficaces, y me veía entonces precisado á volver al método ordinario. Hahnemann me objetaria sin duda, que en la preparacion que yo empleaba estaba la armonía homœopática destruida ó mal observada; y yo podria responderle: que el tratamiento alopático en estos diferentes casos ha tenido un éxito perfectamente bueno, sin ningun inconveniente para el enfermo: luego la Homœopatía no es, ni será jamás un sistema general y exclusivo, pues que se puede conseguir buen éxito por otros medios.

Una experiencia, no de ayer, sino de muchos años, y una comparacion atenta y escrupulosa me han convencido de que la medicina racional, conforme á los documentos de la ciencia y á las lecciones de la observacion y prudencia, era de uso *mas general y eficaz que la Homœopatía*; no por esto se entienda que quiero hablar de esa *medicina alopática practicada* por los ignorantes, *charlatanes ó empíricos*, que se limitan á prescribir para todas las enfermedades remedios violentos y desprovistos de toda influencia curativa, ó que copiando

inconsideradamente mil recetas, y apurando todo el formulario del código farmacéutico, no hacen mas que añadir otra enfermedad á la que ya padece el enfermo. ¡Ay pobres pacientes, que no teneis la eleccion de un médico sabio é ilustrado, de un verdadero alopatista! no titubeeis entonces en poneros en manos de la Homœopatía mas bien que someteros á ese bárbaro método: ella será siempre menos cruel y mortífera, mas conforme á las leyes de la naturaleza, y tendreis sin duda mejor suerte de curacion.

El médico racional da abiertamente la preferencia al método ordinario, porque es mas seguro en sus resultados, y un instrumento que le es mas familiar; pero toda vez que la medicina ordinaria sea peligrosa, insuficiente ó inerte, no titubeará en hacer uso de la Homœopatía: así, por egemplo, en muchas enfermedades nerviosas agudas, sujetas á periodos regulares y previstos, en las que los remedios enérgicos podrian ser peligrosos, ensayará de buena gana las dósis homœopáticas, lo hará igualmente en las enfermedades crónicas inveteradas, que se han manifestado rebeldes al procedimiento ordinario; pero en las que ofrecen una complicacion de síntomas graves, ó amenazan un peligro urgente, en los casos de *hemorragias*, *asfixias*, *convulsiones*, *asma*, *sofocante*, *croup*, *cólicos violentos* ú otros análogos, el médico no irá á confiar la salvacion de su

enfermo á una dósis homœopática que tenga ciertamente un efecto menos pronto que el mal: por otra parte es siempre dificil, si sucede la agravacion de síntomas, el distinguir si ésta proviene del remedio ó de la enfermedad.

La medicina ordinaria tiene mas de un recurso: puede llegar á conseguir su objeto por diversos caminos; mientras que la Homœopatía, segun su propia confesion, no conoce mas que un solo medio de hacer la curacion, y este es el de echar mano del medicamento que provoca síntomas semejantes á los de la enfermedad que se quiere curar. No se resigna uno facilmente á reducir los límites del arte, ni á renunciar á procedimientos seguros, que en diferentes casos no dejan al práctico mas que la dificultad en la eleccion, y que casi siempre aseguran el alivio y la curacion del enfermo. Es preciso saber obrar en caso de necesidad á expensas de algunos órganos de importancia secundaria, que no tienen que sufrir mas que una ligera alteracion, para excitar una reaccion saludable, y salvar órganos mas preciosos, que estan seriamente amenazados y próximos á sucumbir; por egemplo, por los *vegigatorios* y otros exutorios, *los purgantes*, *vomitivos*, las *emisiones sanguíneas*, &c.

¿Qué poder tiene tampoco el método homœopático en todas aquellas enfermedades en que existe una *verdadera debilidad*

muscular? por egemplo, despues de una abundante pérdida de sangre, de excesos en el trabajo ó en los placeres, de una dieta rigurosa, de la extenuacion por una larga enfermedad, &c. ¿Un millonésimo ó billonésimo de una sustancia cualquiera repararian el abatimiento de la naturaleza, produciendo el mismo efecto que el vino, caldo, carne y los fortificantes interiores y exteriores?

La Homœopatía no me ha dado jamas buenos resultados en los *viejos*; ni ha producido alivio en las *muchas enfermedades* que los afligen, ni he podido reparar la debilidad general que se siente en esta edad: es probable que su organismo no esté ya dotado de la susceptibilidad necesaria para percibir las dósis homœopáticas; mientras que él vino, la quina y los confortantes de toda especie me los han dado felices.

La he hallado igualmente impotente en las *enfermedades caquécticas inveteradas*, tales como la *sifilis*, *hidropesía*, *escrófulas*, *obstrucciones acompañadas de desorganizacion*, &c.: ¿no era mi deber renunciar en estos casos á un métódo que me negaba resultados felices, y que no daba señales de accion, para recurrir á procedimientos cuya eficacia cierta é inmediata me ha demostrado cien veces la experiencia?

En diferentes casos de *lesiones accidentales*, en que el cirujano no tiene necesidad de operacion manual, y debe atenerse á la

práctica médica, el tratamiento homœopático es peligroso muchas veces por su inercia; y si no se recurre á las prescripciones del método *antipático* ó *derivativo*, la lesion se empeora y agrava lejos de caminar á su curacion.

Llamado un médico para curar, por egemplo, una *optalmia traumática* con equimosis ¿dará, en lugar de hacer poner al enfermo en la cama, mantenerle en descanso y obscuridad, de emplear sucesivamente las fomentaciones frias, sanguijuelas, vegigatorios y de usar los calomelanos y el beleño, dará, digo, la preferencia al método homœopático, administrándole una gota de *acónito* al trillonésimo? ¿Y qué sucederá? el trillonésimo de *acónito* no hará ningun mal; pero mientras esta inaccion empeorará la lesion orgánica, sobrevendrá la inflamacion, el órgano visual se destruirá enteramente, y en fin se atrofiará el ojo.

¿Me limitaria yo en una *hérnia extrangulada* á mandar una dósis de *nuez vómica* ú otro medicamento al *decillonésimo* con la firme confianza de que los accidentes se calmarian y la hérnia se *reduciria por sí misma*? No seguramente; y aun cuando yo tuviese el convencimiento de que el decillonésimo de *nuez vómica* acabaria por obrar felizmente, daria, sin embargo, la preferencia á un procedimiento mas pronto y no menos cierto.

La alopatía con sus remedios *específicos*, *paliativos*, y *derivativos*, es incontestablemente mas fértil en recursos que la Homœopatía con su método único y lento: es falso que aquella socorre siempre la parte enferma á costa y expensas de órganos secundarios; solo la puede suceder el tener que obrar sobre éllos para producir un feliz entrenimiento.

Fuí llamado para cuidar á una señora de edad de treinta y seis años que padecia, de mucho tiempo antes, *dolores en el pecho* extremamente rebeldes, acompañados de cólicos alguna vez agudos. Ensayé el método homœopático, y haciendo seguir á la enferma un régimen conveniente, la mandé en seguida y con intérvalos marcados las diluciones de *mercurio soluble*, *pulsátila y sosa*: apuré sucesivamente y con prudencia un gran número de remedios homœopáticos sin obtener el menor resultado; entonces me ví en la precision de renunciar á un tratamiento tan impotente, recurrí á los medios *alopáticos*, y en quince dias se halló libre de todos sus males.

He tenido que curar á una señora afligida de una hinchazon en el paladar, que supuraba alguna vez: esta señora sufrió un tratamiento homœopático por espacio de un año con el *arsénico*, *carbon*, *belladona*, &c. La hinchazon no habia disminuido ni una línea; la prescribí el uso alopático del *muriate de*

oro, y en algunas semanas consiguió una curacion completa.

Otra señora de una constitucion débil y nerviosa estaba incomodada desde su juventud de *almorranas* y *de una extrema sensibilidad del bajo vientre*, acompañadas de *extreñimiento* casi contínuo. Se recurrió al tratamiento homœopático para librarla de esta debilidad abdominal; la enferma observó un régimen dietético muy severo, se eligieron y administraron las dósis homœopáticas con mucha atencion; pero despues de algun tiempo no resultó el menor efecto sensible; ordené entonces el uso de una agua mineral gaseosa ferruginosa, del café de bellotas, y agua fria para bebida, é *injecciones por el recto*: se restablecieron completamente sus funciones digestivas, así como la libertad completa de vientre, y quedó radicalmente curada.

¿Cuántas veces sucede que los mas fervorosos homœopatistas recurren á los procedimientos usuales de la medicina ordinaria? Hay muy pocos que en casos urgentes se atrevan á cargar con la terrible responsabilidad de despreciar los caminos prontos y ciertos de la *alopatía* para esperar los resultados de una dósis *homœopática*, la cual, segun su propia confesion, no podria producir efecto hasta mucho tiempo despues de enterrado el enfermo. Hahnemann mismo se ha visto obligado á convenir, en que es

preciso recurrir en ciertos casos bastante comunes á los medios *antipáticos*. Así es que recomienda en el *sarampion* y en las *fiebres. ardientes*, acompañadas de dolores de costado, poner al enfermo en una temperatura fria; y permite el uso de los *baños calientes* en los casos de *envenenamiento por el opio*; reconoce que el *alcanfor* es un excelente paliativo para la grippe, y le recomienda tambien como el *preservativo* mas poderoso del *cólera asiático*; y no puede negar la eficacia de las *conmociones eléctricas* para la curacion de las *paralisis*. En los casos de asfixia por el rayo, por extrangulacion ó inmersion ¿recurre Hahnemann á las dósis homœopáticas? Ciertamente que no; es necesario que haga lo que nosotros, que emplee los medios *excitantes*, las *sacudidas eléctricas*, las *fricciones*, &c.; de otro modo no volveria jamás á la vida un moribundo. Estrechado con hechos tan poderosos y positivos se vé forzado á rendir homenage á la verdad.

No es preciso abstenerse de los remedios *paliativos* porque los médicos ignorantes abusen de ellos; ni tampoco deben proscribirse los *específicos* porque los homœopatistas hagan de ellos un uso exagerado. Estos últimos son sin duda de un efecto mas general, y mas elevado rango en la medicina, que los *antipáticos*; pero no debe creerse que el uso de aquellos esté limitado al pequeño

número de casos admitidos por Hahnemann.

La medicina no tiene siempre el privilegio de poder conseguir la curacion: demasiadas veces conoce con desesperacion que le está prohibido este noble objeto: ella no tiene otro cuidado que calmar y apaciguar el dolor. A vista de los progresos y estragos lentos, pero seguros, de un *escirro del estómago* ó de la *matriz*, de una *tisis pulmonal*, y aun de los accesos de la *hidrofobia*, *del tétanos*, &c. despues de algunos ensayos de medios desesperados, ¿será á la Homœopatía á la que el médico irá á pedir sus últimos y débiles recursos? No, sin duda; conoce demasiado bien que ella es impotente para dar al paciente una hora de calma ó un minuto de espera en medio de su martirio; mientras que es bien cierto que algunas dósis altas de *beleño ó de opio* pondrán sobre los hombros del enfermo el manto de un entorpecimiento benéfico.

Hahnemann ha notado que los medios *paliativos* en los casos de asfixia, tan luego como hayan despertado la sensibilidad é irritabilidad físicas, bastaban para restituir á todos los órganos vitales su actividad y funcionabilidad normales. La experiencia me ha demostrado que este fenómeno se reproduce en una porcion de casos diferentes en que se hace uso de los remedios *antipáticos*. Estos excitan una reaccion, que no solamen-

te vuelve los órganos afectados á la regularidad de sus funciones, sino que tambien los libra completamente de la causa morbífica que los afligia.

Los remedios *antipáticos* causan tambien un efecto excelente en aquellas *indisposiciones repentinas* que no provienen de causas antiguas ni profundas. Una taza de té ó de café, el uso de algunos aromas, del gengibre, ó de pequeñas naranjas verdes, conocidas con el nombre de chinas, basta para hacer cesar las debilidades de estómago que resultan de una indigestion: diariamente me sucede calmar con algunos granos de extraeto de beleño y algunas gotas de opio una porcion de dolores agudos que sobrevienen bruscamente y sin eausas determinadas; el alivio se consigue al instante, y los dolores no vuelven á aparecer ya: no debo estos feliees resultados mas que á la especie de revulsion producida por el opio, bastante poderosa para volver á poner el organismo en estado normal. Con las diluciones la curacion homœopátiea no sueederia sino despues de la cesaeion natural del mal.

En caso de *indigestion*, euando encontrais un estómago sobrecargado de materias en descomposicion y humores espesos, ¿ireis á dar un billonésimo ó decillonésimo de una sustancia cualquiera, que justamente no podrá excitar aecion alguna individual á causa de la presencia de materias extrañas que lle-

nan el estómago, porque agrade á Hahnemann y á algunos de sus adeptos erigir á la Homœopatía en sistema exclusivo y general, cuando teneis la potencia tan simple, positiva y penetrante del vomitivo?

No hay medio: cuando Hahnemann quiere ser consecuente consigo mismo, cuando quiere insistir en hacer de su grande y bello descubrimiento un nuevo arte médico, un sistema general y exclusivo, y arrancar de raiz la medicina racional, es necesario que sea *homœopatista* hasta la temeridad, hasta el homicidio, y que no emplee mas que las dósis homœopáticas en los casos mas urgentes, sin recurrir jamás á algunos de los medios antipáticos. Si admite su uso en un solo caso ¿por qué no le ha de admitir en otros? ¿por qué desecha tan tercamente la aplicacion de *sanguijuelas* y todas las *emisiones sanguíneas* en general hasta en los casos de *verdadera inflamacion* de los órganos? ¿No es porque no se encuentra ya estrechado tan de cerca por el argumento irresistible de la muerte, que llega á herir con su guadaña de bronce la fragil elevacion de su sistema? ¿es porque espera ganar tiempo? su enfermo escapará quizá; pero padecerá mucho mas tiempo que si hubiese sido tratado por la alopatía. No siendo mortal el padecimiento y no agravándole su sistema, la naturaleza será bastante poderosa para hacer la curacion; pero entonces no vengais á decirnos que

vuestro método es la manera de curar mas *segura, pronta y durable.*

Por lo demas, muchos homœopatistas muy distinguidos no siguen la terquedad de Hahnemann relativamente á las *emisiones sanguíneas*; conocen como yo que los remedios homœopáticos, por ejemplo, las diluciones de acónito, mercurio y otras no tienen ninguna eficacia en las *inflamaciones agudas verdaderas, acompañadas de alteracion de la materia orgánica;* que es necesario practicar una *sangría general ó local*, sopena de producir una grande alteracion en el organismo, y hasta de poner la vida en peligro. Si Hahnemann reconoce la eficacia del *acónito* en las enfermedades cutáneas *agudas*, en la *pulmonía*, y encuentra la razon de ello en la diminucion *antipática del calor*, ¿cómo puede negar el resultado absolutamente *idéntico* de la sangría, cuyo efecto es rebajar el calor que entretiene la inflamacion de los órganos, disminuyendo la masa sanguínea, cuya abundancia excita la accion inflamatoria?

¿Cómo es que Hahnemann lleva la inconsecuencia paradógica hasta negar la eficacia de las emisiones sanguineas en un número muy grande de casos? La misma naturaleza se encarga de decirle con claridad que miente, pues que muchos individuos deben solo la cesacion de violentos dolores cefalálgicos á las epistaxis ó un flujo hemorroidal.

¿La salud de una buena mitad del género humano no está sometida á una pérdida periódica de sangre? y la supresion de los flujos mensuales es una causa general de alteracion en la salud de las mugeres.

Tambien fui llamado hace poco con mucha priesa para un caso de *apoplegía sanguínea* en un hombre de edad, pero robusto y de una constitucion *pletórica*: la enfermedad era ocasionada por excesos en la comida. Hahnemann hubiera mandado probablemente una dilucion de *acónito*, *belladona* ó *nuez vómica*, y tambien probablemente el enfermo no hubiera vuelto jamás de su apoplegía. Yo practiqué una sangría, y prescribí una aplicacion de sanguijuelas al cuello y detras de las orejas, haciéndole administrar algunas lavativas purgantes; el cerebro se desembarazó al momento, y al dia siguiente mi enfermo estaba en pie.

Condena agriamente Hahnemann el uso del opio. Yo sería de su opinion si no prohibiese mas que su uso inmoderado é intempestivo: sé muy bien que la duracion de su efecto es limitada, que los dolores vuelven á aparecer luego que su accion ha cesado, y que para quitarlos de nuevo es necesario dar dósis mas altas de él, que pierden muy luego todas sus virtudes cuando se repiten con demasiada frecuencia; pero manejado hábilmente, este remedio es un excelente *paliativo*, que siempre calma la impacien-

cia de los enfermos, y da tiempo para áplicar los grandes medios *específicos*: es en este sentido un socorro muy eficaz en las afecciones espasmódicas, en las neurálgias, cardiálgias, dolores nerviosos de tripas, &c.

A presencia de hechos semejantes no podré yo reconocer jamás la eficacia exclusiva del método *homœopático*, le emplearé todas las veces que crea conseguir resultados felices; pero no repudiaré, ni echaré por el suelo los recursos poderosos de alivio y curacion que me ha enseñado el método racional.

Sí, existe la potencia homœopática; yo la he percibido, conocido y experimentado: no la puedo negar; pero la alopatía, la *buena, la verdadera alopatía* no es una quimera, ni un error.

La potencia motriz del vapor es incontestable, pero ¿quién se imaginaria por esto negar la del viento norte y del oeste? Los varcos de vapor cubren nuestros rios y costas; pero no renuncian por esto á izar una vela al lado de su tubo fumívoro cuando el viento sopla de buena parte.

Hahnemann deberia contentarse con haber hecho un servicio inmenso al arte y á la humanidad, sin pretender la gloria fútil de fundador de un sistema perecedero. ¿Por qué negar el poderío de los hechos? ¿por qué desconocer la verdad? Una obstinacion tan insensata y una ceguedad tan extraña

son indignas de un talento vasto y elevado como el suyo.

Es preciso conocerlo: la Homœopatía está lejos de haber cumplido todas las brillantes promesas que habia prodigado con tanta pompa; muchas esperanzas han sido fallidas, y mas de un hombre de buena fe ha debido hallar en ella amargos desengaños. Que no venga su inventor á decir, que consiste en que no se han sabido reconocer los verdaderos síntomas de la enfermedad, ó que no se ha acertado á aplicar un remedio que provocase otros semejantes, porque todas las desventajas de la alopatía pueden con mas razon atribuirse á las faltas ó ignorancia del médico, que no hubiera dejado de obtener la curacion del enfermo si hubiese sabido discernir el verdadero caracter de la enfermedad y tratarla de un modo conveniente.

El doctor aleman anatematiza á todo médico ilustrado que, aun despues de un largo estudio teórico y práctico de la Homœopatía, reconozca su insuficiencia á la cabecera del enfermo. Este médico, dirán los homœopatistas, no tiene fé bastante, ni conoce bien profundamente nuestro método; no sabe elegir los remedios convenientes, ni los administra á dósis elevadas á una potencia bastante enérgica.

Mi creencia está seguramente lejos de ser completa, porque para mí la palabra de un hombre, y sobre todo, de un sistemático y

apasionado, no es autoridad suficiente, y no creo mas que en los hechos de la experiencia. Seguidme pues á la cabecera del enfermo, hacedme ver y tocar la infalibilidad de vuestra Homœopatía, y entonces podré creerla; pero si las dósis homœopáticas son frecuentemente inertes, no vengais á responderme que consiste en que ni vosotros ni yò tenemos el talento de discernir los verdaderos síntomas, y hallar sus análogos en los medicamentos; os detendré para deciros, y qué ¿quereis proscribir mi método porque no está siempre rodeado de buenos resultados? ¿pero el vuestro es siempre cierto? ¿quereis hacer de la medicina una ciencia todavía mas obscura y menos positiva que lo que es actualmente? os lamentais de que nosotros marchamos entre tinieblas, teniendo apenas algun resplandor para guiarnos, y os esforzais en apagar estas antorchas vacilantes para dejarnos en una obscuridad mas completa.

Reusar el admitir nuevas verdades, asi como negar las antiguas es propiedad de un talento limitado ó apasionado. Todas están hermanadas, y no sucede con ellas lo que con las perlas de un collar, que se reservan las mas hermosas para adelante y las menos preciosas para detras del cuello.

Todo médico sistemático debe inspirar poca confianza: la pasion es mala consejera de la medicina.

El práctico que tiene á su disposicion un círculo mas vasto de conocimientos y métodos experimentales, y que, dotado de sangre fria, sabe escoger con la mayor precision el remedio que conviene mejor segun la naturaleza del mal que tiene que tratar, aquel será el mas hábil y por lo tánto el mas feliz en sus curas.

El mayor elogio que pueden hacer los homœopatistas de la alopatía es el acusarla de recurrir á una *multiplicidad de remedios*, y de emplear ya los *específicos*, ya los *derivativos*, ya los *antipáticos*, ya los *antagonistas*, *contraestimulantes*, alterantes, &c. Tal debe ser la marcha de la verdadera alopatía ó mas bien de la medicina racional, porque la naturaleza no es uniforme ni en sus medios, ni en sus extravíos, y es la guia que se debe seguir, la única que no engaña.

Los homœopatistas caminan con tan mala fé é impudencia en su propio panegírico como en sus ataques contra la alopatía; pero la ciencia no es mas fiadora de las faltas perpetradas con la autoridad de un diploma que la religion de los crímenes cometidos con sotana y roquete. Todas las injurias, todas las invectivas, vomitadas por Hahnemann contra la medicina *alopática*, apoyándose con furor sobre recetas groseras, formuladas en algunos pueblos por esculapios ignorantes, son argumentos bien

pobres contra la medicina racional.

¿Qué diria Hahnemann si se le antojase á mi barrendero hacerse homœopatista, y recetar dósis homœopáticas, y si yo no tomase otras armas para combatir la Homœopatía que los yerros cometidos por este homœopatista improvisado, diciendo *ab uno disce omnes?*

Gritais mucho y haceis gran ruido con vuestras curas maravillosas; por Dios, que el charlatan en la feria da tantos mas chascos cuando mas alborota con sus trompetas y gran tambor, y cuanto mas dotado está de voz extentoria para anunciar las curaciones infalibles de su milagroso bálsamo.

Vosotros decís: todos los dias curamos enfermedades tratadas despues de mucho tiempo sin buen resultado por los alopatistas. Lo que importa solamente es saber de qué manera estaban tratadas: y si lo eran por ignorantes, ¿qué merito teneis en curarlas? Toda la enfermedad era el mal médico: cesando la causa, cesa el efecto naturalmente; luego no hay en esto nada de que pueda gloriarse la Homœopatía.

Venid á una experiencia escrupulosa: hagamos una clínica unidos, tomando por jueces hombres ilustrados y francos, y cada uno será juzgado segun su mérito; entonces reconoceré yo de buena gana con vosotros *que en ciertos casos la Homœopatía es la sola manera de hacer la curacion: que*

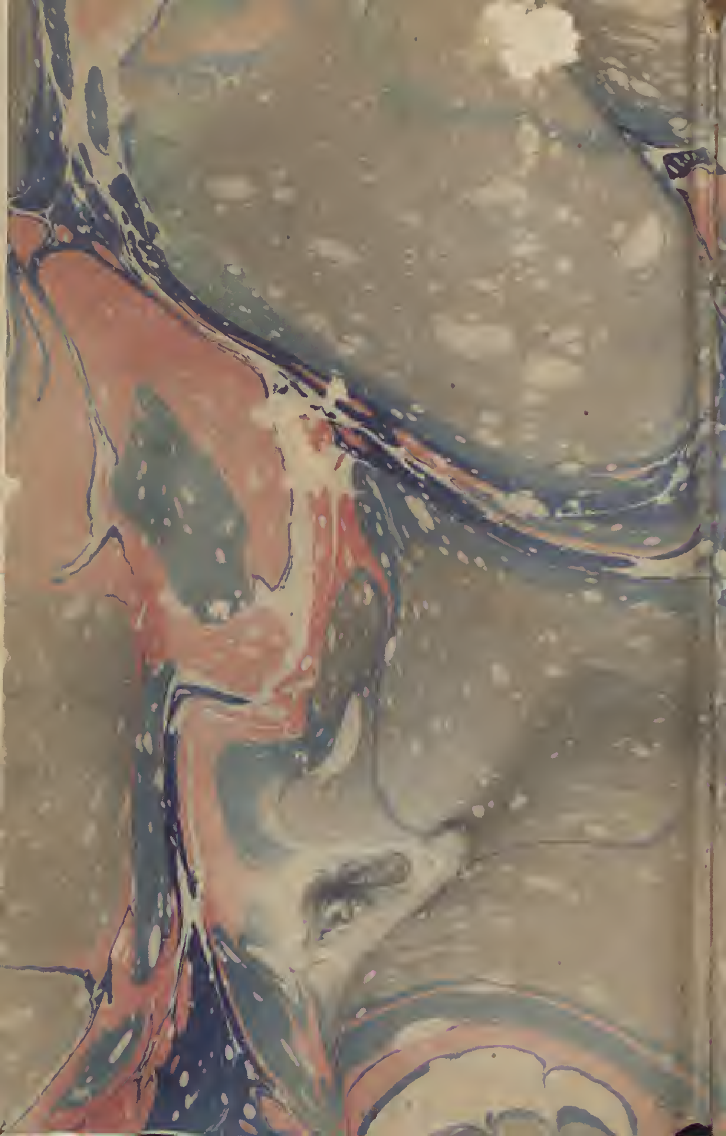
hay otros en que ésta podrá ser el fruto indiferentemente de la Homœopatía ó de la alopatía; pero allí tambien os probaré que en *casos muy numerosos la Homœopatía es impotente y por eso mismo peligrosa*, pues que su inercia deja tiempo al mal para desarrollarse y hacer estragos irreparables *en los mismos casos en que un tratamiento alopático habria obtenido un resultado tan pronto como cierto.*

Entonces os vereis quizá precisados á convenir *en que la Homœopotía puede muy bien ser un medio poderoso, un ramo útil de la medicina; pero que ni es, ni puede ser jamás un método universal y exclusivo: que la alopatía es un medio mas general y activo que aquella, y que si un mal alopatista hace mas daño que un mal homœopatista es porque el arma de que aquel se sirve es de mas peso y alcance.*

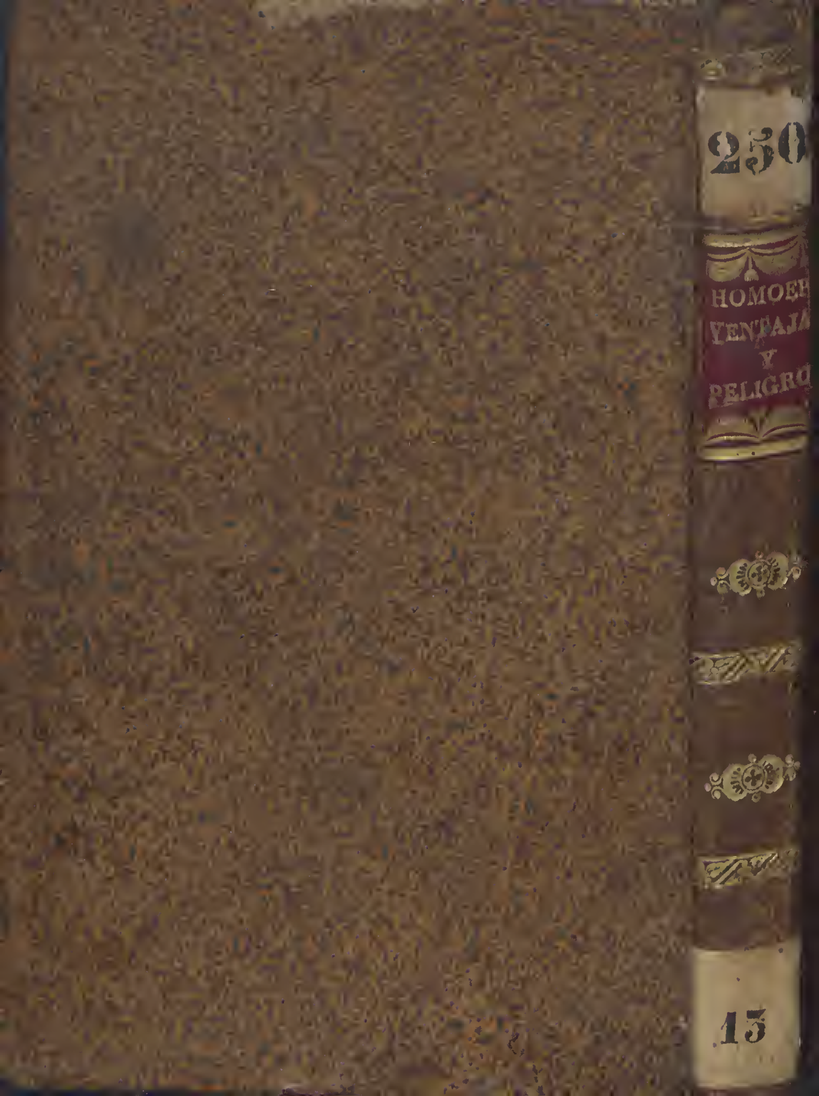
El verdadero médico no sigue exclusivamente ningun método ni sistema; sabe sacar de todos, los hace igualmente concurrir al noble objeto que se propone, fija su vista con rapidez en el inmenso círculo de la ciencia, y sabe hallar en él los medios curativos de que tiene necesidad; y este es uno de los secretos que no se aprenden en los libros, en los establecimientos de enseñanza, ni en los hospitales: es un sentido artístico que forma los grandes poetas, los grandes capitanes, pintores y escultores.

TABLA
DE LAS MATERIAS.


Bibliot




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987894
i 29851816


250
HOMOEP
VENTAJA
Y
PELIGRO
13